

Colores Aleixandre



as puertas
de la tarde

Envejecer con esplendor

Dolores Aleixandre

Las puertas de la tarde

Envejecer con esplendor

2ª edición

SAL TERRAE
Santander – 2007

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal).

© 2007 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198
Fax: 942 369 201
salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es

Diseño de cubierta:
Fernando Peón / <fpeon@ono.com>

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 978-84-293-1732-9
Dep. Legal: BI-159-08

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

*A los religiosos Camilos
y a los profesionales de cuidados paliativos
de «Tres Cantos»,
que, con el corazón en las manos,
cuidan y acompañan a quienes están en tránsito
más allá de la tarde.
Con mi admiración y agradecimiento.*

Introducción



*«A las puertas de la mañana y de la tarde
tú las haces gritar de júbilo» (Sal 65,9).*

Soy consciente de que la propuesta de *envejecer con esplendor* resulta provocadora o, cuando menos, ilusa, porque conecta dos términos que, desde una experiencia generalizada, resultan contradictorios: ¿cómo concertar la luminosidad del *esplendor* con el *envejecimiento*, irremediablemente asociado a la sombría decadencia y a la decrepitud, si no es ignorando sus muchos inconvenientes y fastidios, evidentes para todos y temidos de manera casi unánime?

La sola perspectiva de envejecer desencadena infinitas ansiedades y preocupaciones: miedo al relevo laboral, a la pérdida de relevancia social, a la dependencia, al deterioro de la salud o de la imagen corporal...* El ansia de recu-

* Este último miedo origina una variadísima oferta de medicinas antiedad (*sic*), soluciones dermoestéticas para «prevenir el estrés oxidativo celular» (antes sólo se oxidaban las cerraduras) a base de «anticelulíticos desincrustantes (?) antinódulos», «tensores de arrugas con liposomas reestructurantes y exfoliantes» o tratamientos con algas del Mar Muerto y ventosas chinas. En suma, una guerra sin cuartel por mante-

perar el tiempo que se considera perdido, junto con el deseo de rescatar todo aquello que no se aprendió o las aficiones que no se cultivaron, son también objeto de un sinfín de ofertas y desencadenante de un frenesí de viajes (para quienes pueden permitírselos), asociaciones, cursos, talleres, conferencias o «universidades de mayores». Aflo-
ran también otras preocupaciones más hondas: temor a la soledad, a la pérdida de la autonomía y la estima social, ansiedad ante la fugacidad del tiempo, rechazo ante la finitud y la perspectiva de la muerte... Sobre la vejez pesa la sentencia de ser un tiempo de regresión, pérdida e inactividad, carente de expectativas y de proyectos y habitada irremediabilmente por la amargura y la nostalgia; sólo se le permite una «revancha recreativa» que empuja a un ocio vacío y a aturdirse en el consumo y la exterioridad.

Pero frente a este imaginario social que intenta asimilarlos y tragarnos, emerge el lenguaje bíblico, desafiándonos con sus imágenes de crecimiento y fecundidad:

*«Plantados en la casa del Señor,
florecen en los atrios de nuestro Dios,
todavía de viejos producen frutos,
siguen llenos de frescura y lozanía»* (Sal 92,14-15).

Me atrevo a pensar que forma parte de esa «frescura» el distanciarnos y transgredir como creyentes la algarabía de los modelos culturales dominantes y hacernos responsables de diseñar un modelo cristiano de envejecimiento.

nerse joven o parecerlo. «Envejecer... ¿te lo puedes permitir?», pregunta un anuncio de cosmética masculina, consiguiendo que nos surja inmediatamente otra pregunta en torno al resultado que obtendrá quien decida no permitírselo. Pero hay que reconocer que los que pasamos de los 60 constituimos un mercado potencial importantísimo, y no es de extrañar que los publicistas busquen cómo acertar con nuestros deseos, temores o carencias.

Existe un discurso emergente, que podríamos llamar «de exhortación», que recomienda con insistencia (nunca ha estado la tercera edad tan aconsejada...) aceptar los efectos de la edad y conocer los propios límites, evitar la tendencia al aislamiento y al desinterés, mantener la elasticidad de espíritu y la apertura intelectual, esforzarse por estar en buena forma física, organizarse y estructurar el tiempo, cultivar aficiones que desarrollen la creatividad, participar en algún voluntariado... Estoy básicamente de acuerdo con todo ello, pero me ocurre como con la frase «Descanse en paz» de las esquelas y necrológicas: me resulta tan plana y poco estimulante la imagen de una eternidad dedicada fundamentalmente a «descansar» como la de una vejez aplicada estoicamente a conservar y estirar el mayor tiempo posible lo que se vivió sin esfuerzo en otras etapas.

Y es que estoy convencida de que el Evangelio posee un poderoso potencial capaz de ensanchar nuestras estrechas perspectivas y convocarnos a un *esplendor* compatible con lo que Pablo llamaba con realismo el «*desmoronamiento del hombre exterior*» (2 Co 4,16).

«*En medio de la noche se oyó una voz: ¡Llega el novio! ¡Salid a su encuentro!*» (Mt 26,6). Es una convocatoria perentoria a salir del sueño de la distracción y la trivialidad que quizá nos han amarrado a lo accesorio demasiado tiempo y que nos pro-voca a vivir a la espera de lo esencial, atraídos por lo que nos atañe incondicionalmente. Ahí está, a mi manera de ver, la oportunidad emergente que se presenta ante nosotros cuando nos encontramos (y que no nos pregunten cómo) perteneciendo al gremio de «adultos mayores»: las invitaciones del Evangelio son siempre las mismas, y nada en ellas está dirigido a una edad determinada; pero en esta etapa recuperan el carácter de apremio con que fueron pronunciadas. Los años pueden

hacer el papel de aquellos siervos de la parábola de los invitados: salen a nuestro encuentro por los caminos que íbamos recorriendo distraídamente y nos urgen de parte del Rey a que acudamos, sin más demoras ni pretextos, a sentarnos al banquete que él ha preparado para nosotros (Mt 22,1-14).

Habéis oído, podríamos decir glosando las palabras de Jesús: «Cultivad el arte de envejecer, aceptad lúcidamente vuestro ritmo vital»; pero yo os digo: «Atreveos a esperar lo que os parece imposible, preparaos para el encuentro con Aquel que sólo desea de vosotros confianza y agradecimiento».

Habéis oído: «Asumid vuestra historia, reconciliaos con vuestro pasado»; pero yo os digo: «Dad crédito a la promesa que os arrastra hacia un futuro que desbordará vuestras previsiones».

Habéis oído: «Llenad vuestras tinajas con el agua de la paciencia y de la resignada aceptación»; pero yo os digo: «Abríos a la llegada del Dios sorprendente que guarda el buen vino para lo último».

Porque si os contentáis con pactar con las consecuencias de la vida caduca, eso ¿qué gracia tiene? No, abríos al desmentido de que la muerte tiene la última palabra. Os lo anuncia el Primer nacido de entre los muertos, el que es la Fuente que os hace vivir.

Optar por situarse en esa perspectiva supone el ejercicio de un cierto «descaro teológico», de la decisión de llevar la fe, la esperanza y el amor hasta sus últimas consecuencias, dando crédito a la promesa evangélica de vida en abundancia y, por tanto, también de «vejez en abundancia». No es algo que podamos conseguir a fuerza de empeño, sino una tarea emprendida con «determinación determinada», a sabiendas de que lo que se consiga se recibirá como un don gratuito. Tampoco será una actitud en la

que nos encontremos de repente, sino el estilo cristiano de ir haciendo el tránsito de un paisaje vital a otro y de ir recorriendo ese camino con sabiduría, paciencia y lentitud, como a mayores conviene. Y si este tiempo trae consigo efectos costosos y difíciles de asumir, no se agota ahí todo su horizonte: «Uno de los hechos maravillosos de la vida es que todo termina llevando consigo el potencial para un nuevo comienzo», afirma Joan Chittister.

Estas páginas pretenden acompañar en esa travesía a este grupo, tan numeroso en nuestra Iglesia, de personas diversamente calificadas (mayores, viejos, ancianos, jubilados, tercera edad, abuelos...) a quienes nos urge vivirla marcados y sostenidos por el Señor y su Evangelio.

Ante nosotros está la tarea –altamente contracultural, por cierto– de descubrir ese «potencial para un nuevo comienzo» que haga posible una *vejez con esplendor*, en presencia del Dios que puede hacernos gritar de júbilo en las puertas de la tarde.

A mí me resulta fascinante el intentarlo.

* * *

- Cada capítulo comienza con una introducción al tema, que se completa en el apartado «*Voces en las puertas*» con textos de diferentes procedencias.
- «*Cruzando el umbral*» ofrece la compañía de algunos personajes bíblicos para ir más allá de la sola reflexión e invitar a una dimensión más orante y contemplativa.
- La «*Tertulia de pensionistas*» presenta distintos testimonios, opiniones, anécdotas, cuentos, poemas y propuestas para facilitar el intercambio y el diálogo.

Confesiones inconfesables



Estoy muy contenta de haber escrito este libro. Algunos de los anteriores han nacido de enhebrar artículos publicados en diferentes revistas, tratando con mucho esfuerzo de darles unidad y disimular las costuras. Éste, en cambio, ha nacido a partir de un título que llegó solo y empezó a provocarme para que lo llenara de contenido.

Hecha esta primera confesión, me quedan otras:

Quizá he incluido demasiados textos ajenos. Esto, en otras ocasiones, ha sido un recurso vergonzante al que he acudido cuando ya había dicho todo lo que quería sobre el tema que me habían encargado y tenía que cumplir con el número de caracteres que me exigían. O sea, que eran «textos objeto» destinados a rellenar caracteres. Pero como este libro me lo he encargado yo misma y carecía de extensión obligatoria, los he puesto, sencillamente, porque los encontraba sugerentes e iluminadores. Y ahí venía el problema: de algunos sólo tenía anotado el autor y ninguna referencia más, pero he decidido citarlos aunque resulte poco riguroso: me he dicho a mí misma que el rigor académico nunca ha sido mi fuerte, y comprenderán que no voy a cambiar a estas alturas de la vida. Para no quedar tan mal, he puesto en nota a pie de página aquellos de los que disponía de la referencia completa.

Tampoco he conseguido que los capítulos sean simétricos en cuanto a extensión, que quedaría tan ordenado.

Después de unos cuantos intentos de estirar y encoger, los he dejado como la inspiración y el corazón me han aconsejado.

Al acabar el libro y pasar el buscador, me han salido pocas alusiones a «nietos»: es la consecuencia de mi condición de célibe, que me familiariza con la gente mayor de la vida religiosa y me deja sin experiencia de «abuelitud». Nada es perfecto.

Mi impresión, al releerlo ya acabado, es que todo son variaciones sobre un mismo tema, pero no lo adelanto, no sea que vayan a devolver el libro a la librería. Quien lea esto está en su derecho de pensar que para qué, entonces, tantas páginas; pero pondere también el mérito que tiene decir lo mismo de tantas maneras diferentes.

Gran parte del libro está escrita en los largos tiempos que he pasado acompañando a un hermano muy grave, primero en un hospital, y más tarde en la unidad de cuidados paliativos de la residencia «San Camilo». Después de esta etapa de proximidad al mundo de los enfermos y ancianos y de ver lo que he visto, reconozco saber muy poco de la «gran vejez» y carecer de la experiencia de achaques serios (los míos, hasta ahora, son de cuello para arriba: sorda de un oído y la voz cascada). Digamos que lo que pretendo es ayudar a preparar esas etapas porque, cuando llegan, los libros sirven de poco, y sólo queda dejarse caer en la misericordia de Dios.

Una última confesión: en el fondo, me pregunto quién va a comprar este libro, habida cuenta de la resistencia casi generalizada a reconocerse mayor (recuerden que no hay planta de «Tercera Edad» en El Corte Inglés...), y no digamos a mentar la muerte. ¿Se atreverá alguien a tomarlo del mostrador de la librería, corriendo el riesgo de ser visto por otros compradores? Y tampoco se decidirán a regalárselo a otra persona, no sea que se lo tome como una

ofensa al sentirse incluido en un gremio al que no le hace ninguna gracia pertenecer. Con un poco de suerte, pienso para animarme, quizá encuentre algún comprador en el anonimato de Internet.

En todo caso, lo he pasado estupendamente escribiéndolo, y pienso releerlo como si fuera de otro autor, en busca de ayuda para aprender a envejecer lo más esplendorosamente que me sea concedido.

Índice



<i>Introducción</i>	7
<i>Confesiones inconfesables</i>	12
1. Abróchense los cinturones	17
2. La pregunta del viejo rico	26
3. Las vendas de Lázaro	36
4. El ballestero tuerto	45
5. Asesoría de inversiones	54
6. Por fin, ya es sábado	64
7. Imprevistos y diseños	74
8. Tengo una pregunta para usted	83
9. Re-conocer: otro nombre para el agradecimiento ..	93
10. Una habitación con vistas	101
11. Sara y Nicodemo: una pareja de escépticos	110
12. Inconvenientes y oportunidades	119
13. Mayores en movimiento	128
14. Dinos una palabra	140
15. Fotos de familia	151
16. La primera en llegar	163
17. Ensayo general	174
18. Las manos del trapequista	184

Abróchense los cinturones



Las tajantes recomendaciones que recibimos al iniciar un vuelo tienen un tono de advertencia seria: nos comunican que estamos afrontando un momento de cierta gravedad y nos recuerdan que el despegue y el aterrizaje son momentos de riesgo y de inestabilidad para los que hay que prepararse y disponerse. El «abróchense los cinturones» es el equivalente en el tercer milenio al imperativo «cíñete» que escuchó el profeta Jeremías de parte de Dios (Jr 1,17), y el gesto equivalía en Israel a disponerse para acometer un trabajo, un viaje o un combate. En nuestra cultura, quizá lo más parecido sería el «fajarse» de los toreros, o sea, lo contrario de la flojera, el descuido o la imprevisión (sería impensable un torero saliendo a la plaza con guayabera, bermudas y chanclas).

No están de más las advertencias, teniendo en cuenta que es frecuente el intento inútil de esquivar la realidad del paso del tiempo y sus consecuencias, desoír sus avisos y disimular sus efectos. Puestos a elegir, posiblemente preferiríamos que se nos colara imperceptiblemente bajo la puerta, evitándonos el trago de tomar conciencia de ello, preparar su llegada, ponernos en pie y salir a su encuentro bien ceñidos. «*Enséñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato*» (Sal 90,12), pedía el orante del salmo; y Oseas ridiculiza a Israel cuando intenta escabullirse de la conciencia del tiempo que está viviendo: «*¡Tiene la cabeza llena de canas, y él sin enterarse...!*» (Os 7,9). En otra ocasión recurre a una imagen de

genial ironía: *«Cuando su madre estaba con dolores, fue una criatura torpe que no supo ponerse a tiempo en la embocadura del alumbramiento...»* (Os 13,13). Y eso puede pasarnos también a nosotros si nos negamos a traspasar el umbral que la vida nos pone delante e intentamos eternizarnos en una etapa «fetal» anterior, sin reconocer que estamos ante la posibilidad de un alumbramiento, aunque lleve consigo dolores de parto.

¿En qué consistiría entonces «abrocharse el cinturón» y «ceñirse»? De entrada, en la decisión de asumir la propia existencia, habitarla y comenzar a negociar los cambios que el paso de la edad va a introducir en ella. Nos guste o no, estamos ante una etapa diferente de las anteriores en la que, junto a evidentes pérdidas, se nos presentan nuevas oportunidades. Y disponernos también a afrontarla desde una actitud de radical confianza: algo así como si le firmáramos a Dios un cheque en blanco en el que le expresamos que, sea como sea este tiempo, estamos seguros de su presencia y su compañía. Cuesta firmar ese cheque, y hay que tomarse tiempo para hacerlo. Tiempo para tomar conciencia de los miedos, celos y resistencias que nos produce la vejez; tiempo para que no se nos queden dentro algunas secretas pretensiones del estilo de «Si hubiera sido yo el responsable del diseño del final de la vida, lo habría hecho de otra manera muy distinta, sin decrepitudes ni despojamientos: un paso al más allá rápido, airoso y sin experimentar la disminución...». Mejor sacar a la luz las murmuraciones retorcidas que se nos esconden en el sótano: pase que seamos caducos y tengamos que tragarnos la inevitabilidad de la muerte...; pero el Creador podía haber escogido otro «formato» para la etapa que le precede. Dice el Génesis que *«vio que todo era bueno»*, pero ¿seguro que esa declaración de bondad y belleza incluía también la vejez, tan llena de fealdades y estropi-

cios? ¿Por qué «le salió» tan incierta, tan imprevista, tan poco uniforme, de manera que la vemos llegar con incertidumbre, y el cortejo que suele acompañarla queda fuera del alcance de nuestras previsiones? ¿Por dónde empezarán las «goteras»?; nos preguntamos. ¿Qué parte de nuestro organismo empezará a fallar? ¿Mantendremos la cabeza o nos volveremos turulatos y desmemoriados? ¿De cuántas prótesis tendremos que echar mano, además de la casi consabida dentadura? ¿Tendremos que depender de otros o nos valdremos por nosotros mismos? ¿Duraremos mucho o nos iremos sin darnos cuenta ni sufrir?...

Son demasiados interrogantes, y estamos en nuestro derecho de refunfuñar y quejarnos: si algo sorprende al leer la Biblia, es la libertad y frescura con que sus personajes protestan, se enfadan con Dios y le increpan, y ello no supone en ningún caso una interferencia en su relación con Él, quizá porque lo que Dios teme es el silencio y la incomunicación de sus hijos, no sus cuestionamientos e impertinencias. Siguiendo la vieja tradición de Israel de una total carencia de autocensura a la hora de hablar con Dios (no hay más que recordar a Job o a Qohélet...), muchos personajes no dudan en enfrentarse con Dios, entran en clara confrontación con sus planes y hablan de Él con imágenes que hoy consideraríamos casi blasfemas. Le acusan de no cumplir sus promesas, de comportarse con ambigüedad, de ser enemigo de inocentes. Le increpan: *acuérdate de mí, ocúpate de mí, muestra mi inocencia, castiga a mis enemigos...*; le preguntan incansablemente *por qué y hasta cuándo*; le reprochan que les haya dejado en situaciones de ignominia, vergüenza, humillación o deshonor; le expresan abiertamente la rebeldía de quien se siente tratado injustamente... Su trayectoria vital (que suele ser también la nuestra) podría ser descrita como un arco que une dos extremos: el del *no* y el del *amén*, y esas

dos posturas marcan todo un itinerario espiritual. Porque, a pesar de sus protestas, la desesperanza no tiene nunca la última palabra: un Dios silencioso y enigmático los condujo, a través de «cañadas oscuras», a la tierra de la fidelidad y la obediencia, al *amén* como actitud vital de rendición, consentimiento y absoluta confianza. Como si, después de preguntar tantas veces a Dios: «¿De qué parte estás?», hubieran escuchado la única respuesta que Él suele dar, aunque sea en medio de la noche: «*Contigo*».

Estamos convocados a esa única seguridad, a ese abandono rendido de quien decide fiarse perdidamente de Otro, considerar el propio futuro y sus inciertas circunstancias «asunto Suyo» y abandonarse en Sus manos. El dicho de Jesús, «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados... tomad sobre vosotros mi yugo*» (Mt 11,28), parece, de entrada, una incongruencia: ¿cómo va a aliviarnos del cansancio el ponernos debajo de un yugo? Pero no es el yugo lo que alivia, sino el saberse caminando a dos con el otro, tenerlo siempre al lado, compartiendo lo que venga. Y es eso lo que hace que el Evangelio, con sus atrevidas propuestas de dejar atrás los miedos, sea una «pesada carga ligera»: crees que eres tú quien lo lleva, pero es él quien te lleva a ti.

Voces en las puertas

Podemos leer este texto intercalando detalles de nuestra situación concreta al afrontar el envejecimiento (van entre paréntesis):

«Desde el centro del mundo, en el que Él se adentró al morir, construyen las nuevas fuerzas una tierra transfigurada. En lo más profundo de la realidad ya han sido vencidos el pecado, la banalidad (la vejez) y la muerte; pero se requiere todavía el pequeño tiempo que llamamos la

“historia después de Cristo” hasta que en todas partes, y no sólo en su cuerpo, se deje ver lo que ya ha acontecido realmente. Porque Él no comenzó a salvar, a curar, a transfigurar el mundo en los síntomas de la superficie, sino en las raíces más internas, nosotros, gentes de la superficie, pensamos que no ha pasado nada. Porque aún siguen corriendo las aguas del sufrimiento y de la culpa (o porque experimentamos la decadencia y la limitación), suponemos que aún no ha sido vencido el manantial del que brotan. Porque la maldad sigue trazando arrugas en el rostro de la tierra, deducimos que en el corazón más profundo de la realidad ha muerto el amor. Pero todo es apariencia, aunque la tomemos por la realidad de la vida. Resucitado, está en el esfuerzo anónimo de todas las criaturas que, sin saberlo, se esfuerzan por participar en la glorificación de su cuerpo. Está en cada lágrima y en cada muerte como el júbilo y la vida escondidos que vencen cuando parecen morir. Por eso nosotros, hijos de esta tierra, tenemos que amarla (incluida esta etapa del envejecimiento). Aunque sea todavía terrible y nos torture con su penuria y su sometimiento a la muerte» (Karl Rahner).

Cruzando el umbral

CON EL ORANTE DEL SALMO 73

Este Salmo nos pone en contacto con un orante en crisis, atormentado por las preguntas ante todo lo que no entiende de la vida y del modo de proceder de Dios. Su crisis debió de empezar un día escuchando cantar en el templo: «*¡Qué bueno es Dios para el honrado, el Señor para los limpios de corazón!*». Porque le vinieron a la memoria rostros de gente honrada y justa y, a pesar de ello, deshecha por el dolor. Y junto a ellos vio a los causantes de gran parte de aquel sufrimiento, satisfechos, triunfadores, son-

rientes... De pronto, un ejército de dudas, preguntas y rebeldías asaltó la ciudadela donde vivía protegido por sus dogmas y abrió brecha en sus murallas: *«Entonces, ¿para qué purifico mi conciencia, para qué aguanto todo el día y me corrijo cada mañana...?»*.

Su vida creyente le pareció inútil, sus palabras sobre Dios le sonaron a vacías, los cimientos sobre los que había apoyado sus creencias se desmoronaban, dejándole sin nada en que apoyarse.

Posiblemente tardó en superar su noche oscura y pasó una larga etapa de silencio. Hasta que un día tomó su cálamó y se decidió a comunicar el doloroso proceso por el que había pasado y la nueva situación en que ahora se encontraba: *«Mi corazón se agriaba, y me punzaban los riñones; era un necio y un ignorante; era un animal ante ti... Meditaba yo para entenderlo, pero me resultaba muy difícil ¡hasta que **entré en el misterio de Dios!**»*. Es una postura dinámica que revela su decisión de ir más allá de lo que su razón le hacía ver como definitivo, dejando abierta la situación y emplazándola a su final, a la instancia definitiva que revelará la verdad de las cosas.

El sabio-teólogo no ha hecho más que encender una pequeña luz para ayudar al caminante en medio de la noche de su fe. No le elimina la oscuridad ni le soluciona sus problemas: lo único que hace es ponerse a su lado e invitarle a entrar con él «en el misterio», a ir más allá de la estrecha racionalidad, a asomarse a una ventana desde la que se ve otro horizonte, a echar raíces en otra tierra hasta ahora desconocida, a hacerse capaz de adoración y de asombro.

Cuando leemos hoy sus palabras, lo mismo que quienes las leyeron entonces, presentimos que estamos cerca de alguien que no habla de memoria y nos damos cuenta de que estamos rozando una experiencia relacional que ex-

cede el mundo de las ideas y de las teorías: *«Yo siempre estaré contigo; agarras mi mano derecha, me guías según tus planes, me llevas a un destino glorioso. Aunque se consuman mi carne y mi mente, Dios es la roca de mi mente, mi lote perpetuo...»*. Las circunstancias que provocaban las dudas no han cambiado; lo que ha cambiado ha sido la actitud del orante a partir de su decisión de no contentarse con la superficie de las cosas. Se ha atrevido a apostar por la confianza: debajo de las apariencias existe un nivel para el que hacen falta otros ojos y otra escucha más profunda, porque pertenece a la esfera del misterio.

El sabio que se había hecho teólogo se ha vuelto un místico. Seguramente, Jesús nos estará diciendo: *«Ve y haz tú lo mismo...»* (Lc 10,37).

Podemos releer este salmo modificando sus circunstancias: *«Oigo decir: “Dios es bueno para el anciano, el Señor protege a los que se adentran en la vejez”, pero yo siento envidia de los jóvenes, porque pienso que son ellos los que tienen la vida por delante...»*.

Sólo si nos decidimos a no quedar atrapados en las ideas culturales dominantes en torno a la vejez y «entramos en el misterio» de que, más allá de sus pérdidas, traiga consigo posibilidades inéditas de crecimiento en otros aspectos de nuestra vida, podremos orar diciéndole a Dios: *«Tú siempre estarás conmigo; agarras mi mano derecha, me guías según tus planes, me llevas a un destino glorioso. Aunque se consuman mi carne y mi mente, Tú eres mi roca, mi lote perpetuo...»*.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Ya es hora de despertarse del sueño, porque ahora tenemos la salvación más cerca que cuando empezamos a

crear. La noche está avanzada, el día se echa encima: dejemos las actividades propias de las tinieblas y pertrechémonos para actuar en la luz» (Rm 13,11-12).

UN TESTIMONIO

«Un periodista me preguntó: “¿Cómo es un día normal de su vida?” Contesté: “Me levanto a las siete, hago diez minutos de gimnasia, preparo el desayuno...” El entrevistador me interrumpió:

»“¿A las siete? ¿Y para qué tan temprano?” Esta pregunta, a espetaperro, como diría mi admirado Delibes, me descolocó. Al joven periodista no le parecía “normal” que los viejos se levanten tan temprano, porque la opinión predominante es que el viejo no tiene nada que hacer y que lo normal es que se quede en cama, aunque no duerma. No se concibe que una actividad matinal no obligatoria ayude a envejecer y a proyectar una jornada. Tener un proyecto, por modesto que sea, es vital para llenar de ilusión y de curiosidad el día que empieza. No sé si el joven y afable periodista se creía las inspiradas respuestas de la vieja «enrollada», esforzándose por no incurrir en el gimoteo del anciano taimado y quejumbroso. Siempre es más agradable el trato con los viejos marchosos, aunque faroleen, que con los taciturnos y apocalípticos» (Teresa Pamiès, Escritora, 88 años)¹.

UNA OPINIÓN

«La longevidad es el más novedoso, único recurso sin explotar, don y reto creativo del siglo XXI.

1. *El Ciervo*, Junio 2003, 8.

»Es el tiempo para el mayor paso de gigante de nuestras almas: los negocios ahora son del tamaño del alma. La empresa es la exploración sobre Dios»².

UNA ANÉCDOTA

«Un hombre dijo: “El momento más grave de mi vida estuvo en la batalla del Marne, cuando fui herido en el pecho”. Otro hombre dijo: “El momento más grave de mi vida ocurrió en un maremoto de Yokohama, del cual me salvé milagrosamente, refugiado bajo el alero de una tienda de lacas”. Y otro hombre dijo: “El momento más grave de mi vida acontece cuando duermo de día”. Otro dijo: “El momento más grave de mi vida ha estado en mi mayor soledad”. Y otro dijo: “El momento más grave de mi vida fue mi prisión en una cárcel del Perú”.

»Y el último hombre dijo: “El momento más grave de mi vida no ha llegado todavía”»³.

UNA PROPUESTA

Como es muy conveniente hablar del proceso de envejecimiento con naturalidad y sin dramatismo, podríamos dialogar sobre cómo entiende cada uno eso de «abrocharse el cinturón» o «ceñirse», y las diferencias que ve entre la orden a Jeremías y la profecía de Jesús a Pedro: «*Cuando eras joven, te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras...*» (Jn 21,18).

2. A. BRENNAN – J. BREWI, *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2002, 91.

3. César VALLEJO, *Antología poética*, Madrid 1996, 147-148.

2

La pregunta del viejo rico



Imaginemos que han pasado muchos años (¿40?, ¿50?...) desde que aquel personaje que las narraciones evangélicas califican como «joven rico» se acercó a Jesús acuciado por una inquietud que lo devoraba y le preguntó: «*Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*» (Mc 10,17). Aquel día se había arrodillado ante el Maestro con respeto, como si viera en él su último recurso para encontrar respuesta a la cuestión que le urgía resolver. No se dirigía a él como otros personajes oprimidos por la enfermedad, sino a partir de un malestar interior: ¿por qué, a pesar de tenerlo todo y llevar una vida intachable, seguía insatisfecho? No le preocupaba la vida terrena: tenía resuelta su subsistencia; él preguntaba por una vida «otra», que le diera el sentido y la plenitud que le estaban faltando. Había llamado a Jesús «*Maestro bueno*», no tanto como un reconocimiento de su bondad, sino porque intuía en él una autoridad capaz de orientarle a la hora de conseguir esa vida que buscaba; pero Jesús le había remitido, sin más contemplaciones, a los mandamientos. Aunque es verdad que, cuando él le contestó que los había guardado desde su juventud, Jesús fijó en él su mirada con cariño, acentuando la comunicación personal con alguien que andaba buscando a Dios.

Los cuatro imperativos que recibió como respuesta (*ve, vende, da, sígueme...*), le desconcertaron: él planteaba su inquietud por la vida eterna en términos de posesión (*¿cómo heredar...?*) ¡Si hasta los mandamientos los había guardado...! Y aunque Jesús había recogido sus mismos códigos de lenguaje, los había orientado en otra dirección: no hacia el acrecentamiento, la posesión o la herencia, sino hacia la desapropiación, el vaciamiento y la entrega. Eso era «*lo que le faltaba*».

El estupor se apoderó del muchacho: se sentía ante una encrucijada en la que se le invitaba a dejar atrás todos los caminos ya frecuentados, para adentrarse en uno absolutamente nuevo y lleno de incógnitas: ¿cambiar el *hacer* que todos le recomendaban por el *des-hacerse* de sus bienes?; ¿atreverse a creer una palabra que afirmaba que la vida plena, feliz y excesiva que iba buscando estaba más en el *dejar* que en el *poseer*?; ¿admitir su propuesta de renunciar a todo aquello que hasta ese momento constituía su seguridad y su riqueza?... Sintió vértigo y se alejó despacio, consciente de que los ojos del Maestro continuaban fijos en él, esperando quizá que se diera la vuelta.

Han pasado muchos años, y el mismo personaje se acerca de nuevo a Jesús (admitamos, como licencia narrativa, que para éste no han transcurrido...). No viene a él corriendo, sino con un caminar pausado. Tampoco se arrodilla, pero en su mirada está la misma actitud interrogante de cuando era joven. Sigue llevando en el corazón la misma pregunta en la que podemos reconocernos en este tiempo en que nos ronda la vejez: ¿es posible vivir, a pesar de hallarnos en esta etapa, una vida «eterna», desbordante y plena, a pesar de las limitaciones del tiempo, la fragilidad y la caducidad de las relaciones humanas, más allá también de las gratificaciones que nos han dado hasta ahora el hacer, el poseer o el significar? No nos satisface la expli-

cación de que viviremos esa vida «en la eternidad»: ¿no podremos empezar a vivirla ya ahora, en medio de de las carencias, despedidas y desprendimientos que van haciéndose presentes en nuestra existencia cotidiana?

Exploremos la respuesta primera que le dio al joven, porque el Maestro no acostumbra a cambiar de claves: «Esa *vida* se encuentra –vino a decirle– al *dejar, soltar, abandonar, ceder y rendirte*, no al *retener y guardar*».

Extrañas actitudes las que Jesús propone, tan a contrapelo en una cultura como la nuestra que nos presenta unánimemente la apropiación, en cualquiera de sus formas, como meta de la existencia. Él, imperturbable, presenta su alternativa: *perder, vender, dar, dejar, no almacenar, no atesorar, no retener ávidamente, desapropiarse, vaciarse...* (*desasirse*, dirá San Juan de la Cruz).

Darle crédito y aceptar, aunque sea a regañadientes, que las pérdidas y disminuciones que acompañan el envejecimiento pueden ser un camino de *vida* significa que nuestra mentalidad tiene que convencerse de ello, y nuestra voluntad decidirse a confiar a fondo perdido en esa lógica que supera la nuestra. Porque, según la sabiduría del Evangelio, Jesús no nos salvó por su fuerza y su poderío, sino por su vaciamiento (Flp 2,6-11) y su pobreza: «*Él, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza*» (2 Co 8,9).

Para transitar por sus caminos tendremos que ir aprendiendo a «*gloriamos en nuestras debilidades*» (2 Co 12,9) o, por lo menos, irnos amigando con pérdidas y menguas. Una cosa era saberlo de oídas (y «de leídas»...); pero cuando llega la etapa del decrecer, empezamos a saberlo de una manera existencial que nos toca en lo más hondo de nuestra corporalidad. Dos caminos se abren entonces ante nosotros, los mismos que ante el joven rico: aferrarnos a lo que teníamos y éramos (con pocas posibilidades ya de éxi-

to, a decir verdad) o dejarle a él el volante, la brújula y el mapa de carreteras y confiar en su convicción de que las pérdidas pueden ser ocasión de ganancia, aunque no lleguemos a entender ni por qué ni cómo. No necesitaremos mucho esfuerzo, porque los «gestores de desposesión» que acompañan a la edad son expertos en hacer su trabajo, y lo nuestro consistirá, sobre todo, en fiarnos y no oponer resistencia.

Quizá el joven que fuimos prefirió invertir en las acciones del «yo» y sus poderíos, que prometían pingües beneficios; pero con el paso de los años esas acciones se han devaluado y hemos descubierto que sus promesas «no eran para tanto...».

Estamos a tiempo de soltar las ataduras que nos retenían y de iniciar, despojados y libres, un camino nuevo junto al Maestro.

Voces en las puertas

En las afirmaciones siguientes, P. Teilhard de Chardin explora los aspectos activos y pasivos de la existencia humana:

«Las potencias de disminución son nuestras verdaderas pasividades. Su número es inmenso; sus formas, infinitamente variadas; su influencia, continua. Unas son de *origen interno*, y otras de *origen externo*. Las pasividades de la disminución *externas* son todos nuestros obstáculos. Sigamos mentalmente el curso de nuestra vida y las veremos surgir por todas partes. He aquí la barrera que detiene o la muralla que limita. He aquí la piedra que desvía o el obstáculo que frena. He aquí el microbio o la palabra imperceptible que matan al cuerpo o infectan al espíritu. Incidentes, accidentes de toda gravedad y de toda suerte,

interferencias dolorosas (molestias, choques, amputaciones, muertes...) entre el mundo de las “demás” cosas y el mundo que irradia a partir de nosotros.

»Las pasividades de disminución *internas* forman el residuo más negro y más desesperadamente inútil de nuestros años. Unas nos acecharon y nos apresaron en nuestro primer despertar: defectos naturales, inferioridades físicas, intelectuales o morales, por las que el campo de nuestra actividad, de nuestros goces, de nuestra visión, se ha visto limitado implacablemente desde el nacimiento y para toda la vida. Otras nos esperaban más tarde, brutales como un accidente, solapadas como una enfermedad. Todos, un día u otro, tuvimos o tendremos conciencia de que alguno de estos procesos de desorganización se ha instalado en el corazón mismo de nuestra vida. Unas veces son las células del cuerpo las que se rebelan o se corrompen. Otras son los propios elementos de nuestra personalidad los que parecen discordantes o emancipados. Y entonces asistimos, impotentes, a depresiones, rebeliones, tiranías internas, allí donde no hay influencia amiga alguna que pueda venir en nuestra ayuda. Porque, si bien podemos evitar más o menos completamente las formas críticas de estas invasiones que vienen del fondo de nosotros mismos a matar irresistiblemente la fuerza, la luz o el amor de que vivimos, hay una alteración lenta y esencial a la que no podremos escapar: la edad, la vejez, que de instante en instante nos sustrae a nosotros mismos para empujarnos hacia el fin. Duración que retrasa la posesión, duración que nos arranca la alegría, duración que hace de todos nosotros unos condenados a muerte. He aquí la pasividad formidable del transcurso del tiempo...

»¡Dios mío, me resultaba dulce, en medio del esfuerzo, sentir que al desarrollarme yo mismo aumentaba este apresamiento en que me tienes!; ¡y me era dulce, además,

bajo el brote interior de la vida, o entre el juego favorable de los acontecimientos, abandonarme a tu Pro-videncia! Haz que, tras haber descubierto la alegría de utilizar todo crecimiento para hacerte, o dejarte crecer en mí, acceda tranquilo a esta ultima fase de la comunión en el curso de la cual te poseeré disminuyéndome en Ti. Tras haberte percibido como Aquel que es “un más yo mismo”, haz que, llegada mi hora, te reconozca bajo las especies de cada fuerza, extraña o enemiga, que parezca querer destruirme o suplantarme. Cuando sobre mi cuerpo (y aun más sobre mi espíritu) empiece a señalarse el desgaste de la edad; cuando caiga sobre mí desde fuera, o nazca en mí por dentro, el mal que empequeñece o que nos lleva; en el minuto doloroso en que me dé cuenta, repentinamente, de que estoy enfermo y me hago viejo; sobre todo en ese momento en que sienta que escapo de mí mismo, absolutamente pasivo en manos de las grandes fuerzas desconocidas que me han formado..., Señor, en todas esas horas sombrías, hazme comprender que eres Tú (y sea mi fe lo bastante grande) el que dolorosamente separa las fibras de mi ser para penetrar hasta la médula de mi sustancia y exaltarme en Ti»⁴.

Cruzando el umbral

CON JACOB

«Aquella misma noche se levantó Jacob, tomó a sus dos mujeres con sus dos siervas y a sus once hijos y cruzó el vado de Yabboq. Les tomó y les hizo pasar el río e hizo pa-

4. P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino: ensayo de vida interior*, Taurus-Alianza, Madrid 1981.

sar también todo lo que tenía. Y se quedó Jacob solo. Y alguien estuvo luchando con él hasta el amanecer. Pero, viendo que no le podía, le tocó en la articulación del fémur y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Éste le dijo: “Suéltame que ha amanecido”. Jacob le respondió: “No te suelto hasta que me hayas bendecido”. Dijo el otro: “¿Cuál es tu nombre?”. Le respondió: “Jacob”. Y le dijo: “En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios, y a los hombres los podrás”. Jacob le preguntó: “Dime, por favor, tu nombre”. “¿Para qué me preguntas mi nombre?”. Y le bendijo allí mismo. Jacob llamó a aquel lugar Penuel, pues se dijo: “He visto a Dios cara a cara y tengo la vida a salvo”. Al amanecer había pasado Penuel y cojeaba del muslo» (Gn 32,23-32).

«Jacob se quedó solo»: todo lo que posee, mujeres, hijos, siervas, ganado, todo aquello que era el fruto de la bendición que había arrancado con engaños a su padre ciego, lo ha dejado en la otra orilla. Se adentra solo en la noche y comienza a luchar con un personaje misterioso que al principio no habla. La oscuridad se hace aún más terrible cuando no hay palabras y cuando no es posible identificar a través de ellas al agresor. Pero Jacob no se rinde, continúa luchando hasta que consigue entrar en diálogo con el desconocido y hacerle hablar. Antes del amanecer, las palabras pronunciadas son la primera luz proyectada sobre la escena: al combate sucede un intercambio de palabras, y en ellas Jacob reconoce a alguien capaz de bendecirle. Había escuchado un imperativo poderoso: «¡Suéltame!», y sólo cuando consiente en *soltar* recibe la bendición y el nombre nuevo.

Lo mismo que él, también nosotros exigimos conocer qué *bendición* puede esconderse detrás de ese *soltar* cuan-

do las experiencias de pérdida comienzan a hacerse más frecuentes e inevitables, y nuestro organismo psíquico y somático desarrolla garras y tentáculos para evitar ser despojados. Conocemos ya bien nuestras reacciones instintivas de retener lo que nos ha ido dando seguridad a lo largo de la vida y cómo tratamos de defender con uñas y dientes aquello en lo que, quizá durante demasiado tiempo, apoyamos nuestro yo: eficacia, reconocimiento, saberes, haceres y costumbres, campos de decisión y autonomía. *Quedarse solo* es una imagen elocuente de lo que puede suponer la etapa de reducción de actividad: de pronto, mucho del equipaje que nos acompañaba «se queda del otro lado», y pequeñas o no tan pequeñas limitaciones se convierten en nuestras compañeras de viaje: muy a destiempo, según nuestra percepción; a su hora normal, según los que nos rodean. ¿No será el momento de decidimos a *soltar* y emprender la aventura de ser conducidos?

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«*Que el día del Señor no os sorprenda como si fuera un ladrón*» (1 Ts 5,4).

UN TESTIMONIO

«He vivido en guerra conmigo mismo durante años, y ha sido terrible, pero ahora estoy desarmado. Ya no tengo miedo de nada, porque el amor expulsa al miedo. Estoy desarmado del deseo de tener razón y de justificarme a mí mismo descalificando a los demás. Ya no vivo en guardia, celosamente crispado sobre mis posesiones. Acojo y comparto. No me aferro ni a mis ideas ni a mis proyectos: si

me presentan otros mejores, e incluso no mejores sino sencillamente buenos, los acepto sin dificultad. He renunciado a hacer comparaciones, y lo que es bueno, verdadero y real es siempre a mis ojos lo mejor. Por eso ya no tengo miedo, porque cuando no se posee nada, ya no se tiene miedo. Si estamos desarmados y desposeídos, si nos abrimos al Dios Hombre que hace todo nuevo, entonces Él hace desaparecer toda la negatividad del pasado y nos devuelve un tiempo nuevo en el que todo es posible»⁵.

UNA OPINIÓN

«Muy probablemente, cada día seremos más técnicos, más sabios, más racionales, más hombres. Más todo. Y cada día, si Dios quiere, seremos más cristianos. Esto significa que cada día seremos más pobres. El auténtico progreso de la historia no está en la sabiduría, ni en la técnica, ni en la racionalización, ni siquiera en un cierto humanismo humano. El hombre avanza en pobreza, en un progreso de pobreza y de perfecta alegría, hacia el Señor de toda alegría»⁶.

UNA ANÉCDOTA

Cuenta Eduardo Galeano que en la isla de Vancouver los indios celebraban torneos para medir la grandeza de los príncipes. Los rivales competían destruyendo sus bienes. Arrojaban al fuego sus canoas, su aceite de pescado y sus huevos de salmón; y desde un alto promontorio echaban al mar sus mantas y sus vasijas. Vencía el que se despojaba de todo⁷.

5. Patriarca ATENÁGORAS, en *Christus* 191 (Juillet 2001), 285.

6. J.M. BALLARÍN, *Francesco*, Sígueme, Salamanca 1978, 228.

7. E. GALEANO, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid 1999, 126.

Comentar estos testimonios de dos mujeres ancianas:

- «Cuando me miro al espejo, me digo a mí misma: “¡Eres una mujer muy vieja!”; pero cuando no me miro, nunca pienso que lo soy. Yo creo que el alma siempre es joven, ¿están de acuerdo?».
- «Soy perfectamente consciente de que, a causa de mi enfermedad inmunológica incurable, estoy viviendo con tiempo prestado; así y todo, vivo como si fuese a vivir por mucho tiempo: por ejemplo, planto arbustos que tardarán todavía muchos años en crecer. ¿Por qué te vas a privar de una hora de belleza por el hecho de que no sepas si podrás disfrutarla?»⁸.

8. A. BRENNAN –J. BREWI, *Pasión por la vida...*, cit., 86.

3

Las vendas de Lázaro



«Jesús exclamó con voz potente: “¡Lázaro, sal fuera!”.
El muerto salió del sepulcro. Tenía las manos y los pies
vendados y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:
“Quitadle las vendas para que pueda andar”»
(Jn 19,43-44).

Imaginemos que estamos asistiendo a la escena y que ante nuestros asombrados ojos aparece un hombre envuelto en vendas de la cabeza a los pies, aprisionado por ellas e incapacitado para alejarse de la tumba en la que ha estado sepultado. Obedientes a la orden de Jesús, algunos de los presentes se ponen a desatar las vendas, que caen al suelo y dejan a Lázaro libre para respirar, moverse libremente y caminar. Intentemos por un segundo momento identificarnos con el personaje y tratar de poner nombre a las vendas que nos paralizan y entorpecen para caminar con normalidad y hasta con garbo en este momento de nuestra vida. Vendas asfixiantes de temores y aprensiones ante la perspectiva de los estragos de la vejez: fragilidad física, soledad, deterioro de la inteligencia... Vendas de tantos mitos y engaños como rodean esa etapa de la vida y que, como correas apretadísimas, aprisionan y distorsionan su imagen social: “los años vuelven a las personas im-

productivas, rígidas y resistentes a cualquier aprendizaje”; “los viejos se vuelven difíciles de tratar y tienden a aislarse”; “de mayores, estaremos irremisiblemente enfermos y dependientes de los demás”...

Después de reconocer y poner nombre a tanta ligadura, es tiempo de escuchar la voz que ordena con autoridad: *¡Quitadle las vendas!*, y dejar que sean la *verdad*, la *sensatez* y la *confianza* las encargadas de esta tarea de liberación. La *verdad* agarra sus tijeras y comienza a cortar vendas mientras nos recuerda: «No os dejéis envolver en falsedades, acostumbraos a adoptar posturas de acuerdo con la verdad. Las personas mayores constituyen un grupo muy diverso, no es cierto que en su mayoría estén socialmente aisladas: son muchas más los que mantienen un contacto cercano, frecuente y satisfactorio con vecinos, amigos o familiares. Hay una “intimidad familiar a distancia”: en España, más de un millón de mayores de 65 años viven solos, y 8 de cada 10 son mujeres. Envejecer bien depende en mayor medida de los estilos de vida que de la propia edad, y la personalidad se mantiene relativamente constante a lo largo de la vida. También es otro mito lo de que los mayores no están en disposición de trabajar o lo hacen de forma poco productiva: una proporción importante está dispuesta a seguir realizando aportaciones activas a la sociedad. Tampoco es cierto que no se puedan aprender cosas nuevas: con información y motivación adecuadas, es posible ponerse al día. En resumen, aunque la sociedad vea a los mayores como enfermos, inactivos y tristes, las encuestas revelan que la mayoría de ellos se ven a sí mismos como divertidos y sabios»⁹.

9. F. REY MARTÍNEZ, «Envejecer en femenino: las diferencias»: *Crítica* 936 (Junio 2006), 34.

Toma la palabra y las tijeras la **sensatez**: ¿Es que no habéis constatado montones de veces que la realidad se parece muy poco a lo que habíais imaginado sobre ella? Si de algo se encarga la vida, es de sorprendernos y pillarnos de improviso. Podéis atormentar vuestras neuronas visualizando en pantalla imágenes deprimentes de una ancianidad desdentada y achacosa, y a lo mejor os morís sin enteraros, y el único achaque que padecisteis fue una rodilla un poco fastidiada. «Más vida se pierde a través del pensamiento que a través de una herida abierta», ha dicho alguien.

Y finalmente, si dejamos a la **confianza** que haga en nosotros su trabajo de desatar nudos, respiraremos más tranquilos al ver que los mil fantasmas que nos auguraban pérdidas, soledades, decrepitudes varias y dolores sin cuento emprenden la huída al recordar que sólo para el *hoy* tenemos fuerza, y que para todo lo demás sólo se nos ofrece esta seguridad: «*Te basta mi gracia*» (2 Co 12,9). Y quizá decidamos, en vez de acumular temores y prever desgracias, echar el resto en una fe cada vez más confiada en Aquel con cuya promesa contamos:

*«Escuchadme, casa de Jacob,
resto de la casa de Israel,
con quien he cargado desde que nacisteis,
a quien he llevado desde que salisteis de las entrañas:
hasta vuestra vejez yo seré el mismo,
hasta las canas yo os sostendré;
yo lo he hecho, yo os seguiré llevando,
yo os sostendré y os libraré»* (Is 46, 3-4).

¿Por qué no dejar que la convicción «*Entre tus manos están mis azares, mi suerte está en tu mano*» (Sal 31,15) acalle nuestras ansiedades y se vaya convirtiendo en el murmullo de nuestro corazón? ¿Por qué no atrevemos —¡que ya va siendo hora...!— a renunciar a nuestra obsesión

por controlarlo todo y aprovechar la incertidumbre sobre la etapa final de nuestra vida, para adentrarnos en esa tierra que mana la leche y la miel del abandono? Como el orante del Salmo 23, caminamos a oscuras en medio de la noche, pero, también como él, podemos sosegarnos al escuchar el cayado con el que el Pastor va golpeando el camino para orientarnos en medio de este valle desconocido que recorreremos por primera vez.

Voces en las puertas

LIBERARSE DE LA VENDA DEL AUTODESPRECIO

«La primera vez que comprendí el significado de la expresión “ser cristiano” —dice Henri Nouwen— fue leyendo el pasaje evangélico sobre el bautismo de Jesús: *“En cuanto Jesús salió del agua, los cielos se abrieron, y el Espíritu en forma de paloma descendió sobre él. Y se oyó una voz del cielo: “Tú eres mi hijo amado, en el que he puesto todas mis complacencias”*. He leído estas palabras durante años, las he comentado... y he llegado a la convicción interior de que las palabras *“Tú eres mi amado”* revelan la verdad más íntima de todo ser humano. La voz que desde arriba y en nuestro interior nos dice: *“Tú eres mi amado”* no es fácil escucharla en un mundo lleno de voces que gritan: “Tú no vales para nada, no eres atractivo. Eres un ser despreciable. No eres nadie mientras no seas capaz de demostrar lo contrario”. Esas voces negativas son tan fuertes y constantes que es fácil darles crédito. Es la trampa de la infravaloración. Al cabo de muchos años he podido constatar que la trampa más peligrosa de nuestra vida no es el éxito, la popularidad o el poder, sino el autodesprecio»¹⁰.

«Hacerse biófilo y no necrófilo, amor a la vida contra amor a la muerte. Las manifestaciones de la biofilia, su síndrome experimentable, se traduce en forma de amor activo y atracción por todo lo que es “vida” y crecimiento de esa vida: amistad, cooperación, participación en proyectos comunes y creativos, gusto en compartir, solidaridad, amor a la naturaleza y a la gente... Y en forma de oposición y lucha contra todo lo que amenaza esa vida: injusticia, dominación, destrucción del hombre y la naturaleza; en forma de compasión y solidaridad real con la víctimas... La necrofilia tiene, a su vez, sus propias manifestaciones en la atracción e impulsos hacia lo que, de un modo u otro, son formas de muerte: dominación, uso de la fuerza para someter, gusto en humillar a los demás, agresividad destructiva (es decir, todo sadismo manifiesto o camuflado); o autodesprecio, ausencia de amor hacia uno mismo, destructividad dirigida de mil maneras hacia mi propio yo (es decir, todo masoquismo más o menos explícito o inconsciente). Un necrófilo puro es un loco; un biófilo puro es un santo. Nosotros, por lo general, no somos ni locos ni santos, sino el escenario de esa dura confrontación en la que el Espíritu de Jesús, el gran biófilo de la historia, nos llama a ir pasando de la muerte a la vida, de la necrofilia a la biofilia, por el amor»¹¹.

10. H. NOUWEN, *Tú eres mi amado. La vida espiritual en un mundo secular*, PPC, Madrid 1992, 19-25.

11. J.A. GARCÍA, «El corazón del hombre. Conexión entre desprendimiento y seguimiento»: *Communio* 6, 198.

Cruzando el umbral

CON GEDEÓN

Este personaje del AT puede convertirse en modelo de liberación de *la venda del miedo*. Ya en su vocación el narrador nos lo presenta atemorizado, alegando su propia pequeñez y la de su tribu. Pero nada de ello es obstáculo para que Dios lo envíe a enfrentarse con Madián:

*«El Señor dijo a Gedeón: “Levántate y baja al campamento de los madianitas, porque lo he puesto en tus manos. Si tienes miedo, baja con tu escudero”». La orden no es: «si tienes miedo, **no** bajes», sino «baja» con la frágil compañía de un escudero. «Bajó, pues, con su criado hasta la extremidad de las avanzadillas del campamento. Madián, Amalec y todos los hijos de Oriente habían caído sobre el valle numerosos como langostas, sus camellos innumerables como la arena de la orilla del mar. Se acercó Gedeón, y he aquí que un hombre contaba un sueño a su vecino. Decía: “He tenido un sueño, una hogaza de pan de cebada rodaba por el campamento de Madián, llegó hasta la tienda, chocó contra ella y la volcó de arriba abajo”. Su vecino respondió: “Eso no puede significar más que la espada de Gedeón, hijo de Joas el israelita. Dios ha entregado a sus manos a Madián y a todo su campamento. Cuando Gedeón escuchó la narración del sueño y su explicación, se postró, volvió al campamento de Israel y dijo: “Levantaos, el Señor ha puesto en nuestras manos el campamento de Madián”» (Jc 7,9-15).*

Precioso texto en el que alguien es capaz de vencer el miedo precisamente en el lugar que se lo provocaba. Es precisamente ahí donde escucha una palabra que le devuelve el ánimo y eso despierta en él la adoración a Dios y el valor para idear una estrategia con la que derrotar a los enemigos.

«¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo es que no tenéis fe?» (Mc 4,41), decía Jesús a sus discípulos atemorizados en medio de la tormenta. Lo mismo que ellos, también nosotros sentimos miedo ante las incertidumbres de lo que nos toca vivir; pero siempre depende de nosotros la decisión de mirar la realidad solamente como una amenaza o conceder crédito a la fe que nos asegura que Alguien está a nuestro lado para sostenernos en medio de los embates de la vida. Según sea nuestra respuesta, nos hundiremos o nos sentiremos acompañados por Aquel que puede hacernos llegar a salvo a la otra orilla. La fe en el Señor Resucitado es la fuente de seguridad que destierra nuestros miedos.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas; ahora, en la vejez y las canas, no me abandones, Dios mío» (Sal 71, 17-18).

UN TESTIMONIO

«La cuestión sobre la muerte, o la aclaramos, o todo carece de sentido. La inmensa mayoría de los humanos está convencida de que la muerte es el fatídico y horroroso final de todo. No nos da por considerar que la muerte es un glorioso amanecer. En tiempos tenebrosos como los actuales, constituye una auténtica bienaventuranza el que alguien salga al paso y le dé por hablar de días que amanecen. Es lo que hizo el pensador Antonio Oliver con unos modales verdaderamente iluminadores, pues todo él era un gran perseguido por la luz: “Somos hombres disparados

hacia Dios, todo lo humano desemboca en Dios”, afirmaba. Oliver fue un mágico y prodigioso “misionero de la muerte”»¹².

UNA OPINIÓN

«La vida no debería medirse en paquetes de diez años: las décadas suponen una tiranía, y pasar de una a otra encierra implicaciones artificiales. El hecho de que las supuestas cifras cruciales sean los treinta años y los setenta implica la aceptación de que a partir de esos hitos seremos diferentes de lo que hemos sido antes; que, de repente, todos nos veremos transformados de alguna manera. Nuestro cuerpo no reconoce la diferencia: desde el punto de vista de la biología, la última mañana de los cincuenta y nueve es muy parecida a la primera mañana de los sesenta. Y, sin embargo, nuestra mente ya ha iniciado por sí misma un nuevo ritmo. Pensamos que somos más viejos. Pero el hecho de que esta autoimagen generada por obra del calendario sea un artificio cultural no significa que tenga que afectar a la percepción de nosotros mismos. Nos rendimos ante esta autopercepción»¹³.

UN CUENTO

El halcón «vendado». Un rey recibió como obsequio dos pequeños halcones y se los entregó al maestro de cetrería para que los adiestrara. Pasados unos meses, el maestro informó al rey de que uno de los halcones estaba perfectamente, mientras que al otro le sucedía algo: no se había

12. J. TERRASSA, *La muerte, plenitud de vida. Diálogo con el P. Antonio Oliver*, Lleonard Muntaner, Palma de Mallorca 1996, 14-16.

13. S.B. NULAN, *El arte de envejecer*, Taurus, Madrid 2007, 23.

movido de la rama donde lo dejó el día que llegó. El rey mandó llamar a curanderos y sanadores para que vieran al halcón, pero nadie pudo hacerle volar. Encargó entonces la misión a miembros de la corte, pero sin resultado: el halcón seguía inmóvil. Entonces decidió ofrecer una recompensa a quien hiciera volar al halcón, y a la mañana siguiente lo vio volando ágilmente por los jardines. El rey ordenó: «Traedme al autor de este milagro». Cuando le presentaron a un campesino, le preguntó: «¿Cómo hiciste volar al halcón? ¿Eres un mago?». Intimidado, el campesino respondió: «Fue fácil, mi rey. Sólo corté la rama, y el halcón voló. Se dio cuenta de que tenía alas y se echó a volar».

UNA PROPUESTA

Podemos comentar hasta dónde estamos influenciados por este tipo de opiniones:

«Si lo joven es bueno, lo viejo debe de ser malo.

Si los jóvenes lo tienen todo, los viejos deben de estar perdiéndolo.

Si lo joven es creativo y dinámico, lo viejo debe de ser tonto y serio.

Si lo joven es hermoso, lo viejo debe de ser feo.

Si lo joven es excitante, ser viejo debe de ser aburrido.

Si los jóvenes están llenos de pasión, los viejos deben de ser indiferentes.

Si los niños son nuestro mañana, los viejos deben de ser nuestro ayer»¹⁴.

14. Deepak CHOPRA, *Cuerpos sin edad, mente sin tiempo*, Ediciones B, Barcelona 2006, 199.

El ballestero tuerto



La imagen del ballestero aparece en una carta de San Juan de Ávila, un hombre sabio y santo del siglo XVI:

«Querellémonos de nosotros, que, por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas para, con todo nuestro pensamiento, mirar a sólo él. ***Cierra el ballestero un ojo*** para mejor ver con el otro y acertar en el blanco, ¿y no cerraremos nosotros toda la vista a lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor y asiéntelo en Dios quien quiere alcanzar a Dios»¹⁵.

La diferencia entre nosotros y el ballestero está en que una cosa es cerrar un ojo voluntariamente, y otra que el ojo (posibilidades, opciones, perspectivas...) «se te cierre» sin contar contigo y te encuentres, de la noche a la mañana, convertido en un «ballestero tuerto» que no es que elija cerrar un ojo libremente, sino que ya no puede abrirlo. Todos llevamos infinitamente mejor que el desprendimiento nazca de la decisión de nuestra voluntad

15. «Carta a una señora en tiempo de Adviento», en *Obras completas del Beato Juan de Ávila*, I, Madrid 1952, 563.

a que sea la vida (los otros, las circunstancias, la edad...) la que nos «desprenda» de cualquier posesión, porque entonces no nos queda más remedio que encajarlo. Podemos entonces luchar encarnizadamente por cambiar lo que ya no tiene posibilidad de ser cambiado. «En lugar de desarrollar la creatividad, afirma J.A. García-Monge, nos peleamos con las circunstancias y gastamos nuestra energía en ello. Aceptar con sano realismo, asumir los datos, permite encauzar nuestra creatividad para ver los acontecimientos desde otras perspectivas. Dejarnos fluir es permitir a nuestra atención buscar aspectos nuevos, lecturas diferentes que den paso a nuestro crecimiento personal»¹⁶.

El «balletero» que somos se encuentra, por tanto, entre dos opciones: lamentarse indefinidamente por la visión perdida o aprovechar la circunstancia para centrar la atención en ese «blanco» que se nos descubre, por fin, como «lo único necesario». Decía François Mauriac que el paso del tiempo provocaba en él un desinterés en sentido absoluto ante todo lo que le distraía y desviaba de un solo pensamiento. El secreto está en acertar con el verdadero «blanco» en el que concentrar nuestra atención: si «el solo pensamiento» resulta ser el Señor y la gente, podemos dar la bienvenida a todo aquello que nos reduce el marco existencial, porque lo que aparentemente nos limita nos está haciendo el gran favor de «*recoger y asentar nuestro amor*». Pero para eso necesitamos ejercitar mucho ese convencimiento que tenía Jesús, y que tanto recalca Ignacio de Loyola, de que Dios está trabajando constantemente en nosotros (Jn 5,17; EE 236) y de que «no somos quién» para guiar su trabajo, lo mismo que la arcilla no pide cuentas al alfarero por la forma que está recibiendo ni le dicta el momento de finalizar su obra (Is 45,9-11).

16. J.A. GARCÍA-MONGE, «Elegir mi vida»: *Sal Terrae* (Abril 2004), 307.

Voces en las puertas

1. «Cuanto más vivo, más cuenta me doy del impacto que mi actitud tiene sobre mi vida. Mi actitud es para mí más importante que los hechos. Es más importante que el pasado y la educación, más que el dinero, las circunstancias, los fracasos o el éxito; más de lo que otras personas piensen, digan o hagan. Es más importante que las apariencias, los dones o las destrezas. Levantará o hará fracasar a una empresa, una iglesia o un hogar. Lo admirable es que, día a día, es nuestra la elección de la actitud que asumiremos en respuesta a cualquier situación. No podemos cambiar nuestro pasado, no podemos cambiar el hecho de que la gente actúe de determinada manera. No podemos cambiar lo inevitable. Poseemos un único recurso, y es nuestra actitud. Estoy convencido de que la vida esta constituida por un 10% de lo que me ocurre y un 90% de cómo reacciono ante ello. Y eso ocurre en cada uno de nosotros. En todo momento somos responsables de nuestra actitud, y de ella dependen enteramente nuestras reacciones» (Ch. Swindoll).
2. «Nos jugamos la madurez en el adecuado manejo de pensamientos, emociones y conductas, además de la capacidad de lectura, significado y sentido que otorgamos a los acontecimientos. [...] Saber existir en mi vida es saberme mucho mayor en la capacidad de reaccionar y de dar sentido que los condicionamientos que la apresan. Tal vez sin poder sentirme libre de ellos, pero sí sabiéndome capaz de otorgarles un horizonte redimensionador. En este acontecimiento ¿qué persona soy y quiero ser? Nuestra existencia no es pura y mera consecuencia dictada por los acontecimientos. Cada

acontecimiento es una pregunta abierta, aunque en ocasiones muchas personas la perciban como cerrada, que espera nuestra respuesta realista y profunda, reto y posibilidad de un crecimiento personal. [...] Somos más grandes que nosotros mismos y poseemos recursos no actualizados que pueden ser estimulados por situaciones vitales, tal vez no buscadas ni queridas, pero que nos permiten sacar fuerzas de flaqueza»¹⁷.

3. «Existe una primera opción, tan leve que incluso nos figuramos hacerla solos; llegamos a creer que escogemos nosotros solos. Y esto nos permite sentirnos importantes, buenos, libres y generosos, porque hemos tenido un hermoso gesto: escoger galeras cuando podíamos haber escogido la buena vida. Esta opción, que se sostiene más o menos tiempo, termina deshecha. Entonces, tras tanto hablar de pobreza, nos encontramos finalmente en cueros. Y, lo que es peor, vacíos. Como una bestezuela. Y sin libertad para escoger otra cosa; estamos atados al banco de galeras. La libertad cristiana no es avanzar a toda vela al empuje del viento. En lo más profundo, tampoco es poder escoger. Tiene que ser una libertad que inicie la libertad del cielo ya en esta tierra: ser plenamente hombres y caminar hacia Dios. Nadie conoce el camino, sólo él lo conoce. *“No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros...”* De nuevo daban vueltas por la cabeza de Francesco estas palabras. No había escogido. Le habían escogido. Aquella primera opción no fue radicalmente suya: se la habían hecho desde arriba. Le habían escogido, su vida estaba marcada por otro. Y él había

seguido con buena fe y libremente. Ésta debe ser la libertad que viene de Dios»¹⁸.

Cruzando el umbral

CON SAN PABLO

«Sabemos que con los que aman a Dios, con los que él ha llamado siguiendo su propósito, él coopera en todo para su bien. [...] ¿Cabe decir más? Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra? Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con él no nos lo regale todo? ¿Quién será el fiscal de los elegidos de Dios? Dios, el que perdona. ¿Y a quién tocará condenarlos? ¿A Cristo Jesús, el que murió o, mejor dicho, resucitó, el mismo que está a la derecha de Dios, el mismo que intercede en favor nuestro? ¿Quién podrá separarnos de ese amor de Cristo? ¿Dificultades, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada? Dice la Escritura: “Por ti estamos a la muerte todo el día, nos tienen por ovejas de matanza” (Sal 43,23). Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó. Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de ese amor de Dios, presente en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,31-39).

18. J.M. BALLARÍN, *Francesco*, Sígueme, Salamanca 1978, 196.

DETENERNOS...

en las certezas que comunica el texto:

*sabemos
estoy convencido
todo lo superamos
nada puede privarnos...*

en la imagen de Dios que comunica:

*coopera en todo para nuestro bien
está a favor nuestro
nos ha entregado a su Hijo
nos ama
nos hace presente su amor en Cristo Jesús*

en la fuerza de las preguntas hechas en tono de desafío,
como partiendo de quien posee la respuesta:

*¿Cabe decir más?
¿Quién podrá estar en contra?
¿Quién será el fiscal...?
¿Quién podrá separarnos...?*

Así comenta A. Sève este texto:

«Acoger la seguridad de fe que nos comunica la afirmación inicial: “*Sabemos que con los que aman a Dios..., Él coopera en todo para su bien*”. Podemos dejar que la rotunda convicción de Pablo penetre en nosotros y vaya derribando las barreras de resistencias y escepticismos que posiblemente nos habiten: *él coopera en todo para mi bien...* Son palabras que pueden ir adentrándose como una pequeña luz creciente en nuestra mente, en nuestras ideas, en nuestro corazón. A nosotros nos toca “estar ahí”, sin tratar de buscar evasiones que nos apartarían de aquello que Dios quiere que vivamos en ese preciso instante. A Dios le corresponde ordenar todas las cosas para nuestro

bien, Él trabaja para nosotros y con nosotros, ¡tenemos un buen compañero!

»Nosotros vivimos en la fe y no vemos nada de este poder que trabaja por nosotros, capaz de hacer que todo fructifique para nuestro bien, pero lo sabemos y creemos que no estamos nunca solos en la tarea de vivir. Él es providencia, a nosotros nos corresponde encarnar la atención y la valentía. “Dios ordena todas las cosas”, trabaja y se esfuerza para que, al final, todo sea para mi bien. Cualquier otro amigo o compañero podría ser igualmente generoso y comprensivo, pero sólo Dios no puede fracasar en aquello que quiere hacer por nosotros»¹⁹.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Acuérdate de tu Hacedor durante tu juventud, antes de que lleguen los días aciagos y alcances los años en que dirás: “No les saco gusto”. Antes de que se oscurezca la luz del sol, la luna y las estrellas, y a la lluvia siga el nublado. Ese día temblarán los guardianes de casa y los robustos se encorvarán, las que muelen serán pocas y se pararán, las que miran por las ventanas se ofuscarán, las puertas de la calle se cerrarán y el ruido del molino se apagará, se debilitará el canto de los pájaros, las canciones se irán callando, darán miedo las alturas y rondarán los terrores. Cuando florezca el almendro y se arrastre la langosta y no dé gusto la alcaparra, porque el hombre marcha a la morada eterna y el cortejo fúnebre recorre las calles. Antes de que se rompa el hilo de plata, y se destro-

19. A. SÈVE, *Ama tu vida*, San Pablo, Madrid 1997.

ce la copa de oro, y se quiebre el cántaro en la fuente, y se raje la polea del pozo, y el polvo vuelva a la tierra que fue, y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio. Vanidad de vanidades –dice el Predicador–, todo es vanidad» (Qo 12,1-8).

UN TESTIMONIO

«Yo, mutilado capilar. Los peluqueros me humillan cobrándome la mitad. Hace unos veinte años, el espejo delató los primeros claros bajo la melena encubridora. Hoy me provoca estremecimientos de horror el luminoso reflejo de mi calva en vidrieras y ventanas y ventanillas. Cada pelo que pierdo, cada uno de los últimos cabellos, es un compañero que cae y que antes de caer ha tenido nombre, o por lo menos número. Me consuelo recordando la frase de un amigo piadoso: “Si el pelo fuera importante, estaría dentro de la cabeza y no fuera”. También me consuelo comprobando que en todos estos años se me ha caído mucho pelo, pero ninguna idea, lo que es una alegría si se compara con tanto arrepentido que anda por ahí»²⁰.

UNA OPINIÓN

«A mis 75 años me dieron un consejo que me habría gustado recibir a los 60: “Sustituye tus impresiones de decaimiento y decrepitud por otras de exploración y descubrimiento”»²¹.

UNA ANÉCDOTA

«Michael De Bakey tiene más de 96 años y ha sido reconocido durante cuarenta años como el cirujano cardiovas-

20. E. GALEANO, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid 1999, 208.

21. A. SÈVE, *Inventar el otoño. Meditaciones para la tercera edad*, Verbo Divino, Estella 1991, 22.

cular más importante del mundo. Al comentar con su mujer la asombrosa vitalidad de su marido y preguntarle por el secreto “algo más” que había en él, su respuesta fue que ese “algo más” no era ningún misterio: “Es amor”, dijo, como si representara lo más obvio del mundo. “Vivimos con amor. Mi marido está rodeado del amor de sus pacientes”»²².

UNA PROPUESTA

En su libro *Pasión por la vida*, de muy recomendable y provechosa lectura, sus autoras, A. Brennan y J. Brewi, dos religiosas psicólogas norteamericanas, insisten con razón en que la vejez no es algo que sucede sin más, sino una oportunidad para emprender el viaje más importante de nuestra vida, y por eso hay que vivirlo con plena conciencia y total participación: «No es demasiado tarde más que cuando se ha decidido que es demasiado tarde». Un buen tema de conversación sería iluminarnos mutuamente acerca de los proyectos de cada uno al respecto.

22. S.B. NULAND, *El arte de envejecer*, Taurus, Madrid 2007, 73.

5

Asesoría de inversiones



Existe una constatación que parece elemental pero que no lo es en absoluto: «Todo a la vez no se puede». Cuando somos jóvenes, vivimos un vago sueño de omnipotencia y creemos tener delante un abanico inmenso de posibilidades. Todas las opciones están abiertas, y nos creemos capacitados para arremeter con casi todas. «No renuncies a nada», dice un anuncio publicitario. El paso del tiempo nos resitúa en otra perspectiva, y empezamos a saber experiencialmente que nuestra energía es limitada y que, al empezar a escasear, urge concentrarla allí donde más «réditos» produzca, y abandonar las inversiones que se demuestren poco rentables.

Como si fuera un asesor financiero que informa a su cliente de las causas del declive de sus recursos, el profeta Baruc avisa:

«¿A qué se debe, Israel, que estés aún en país enemigo y envejecas en tierra extranjera?

Es que abandonaste la fuente de la sabiduría. Si hubieras seguido el camino de Dios, habitarías en paz para siempre. Aprende dónde se encuentra la prudencia, el valor y la inteligencia; dónde se encuentra la vida larga, la luz de los ojos y la paz» (Bar 3,11-14).

Otro profeta del destierro, el 2º Isaías emplea la misma estrategia de asesoramiento:

«¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos; prestad oído, venid a mí: escuchadme y viviréis» (Is 55,1-3).

En el Evangelio son frecuentes las imágenes «financieras» (dinero, tesoro, riquezas...), y Jesús se queja a veces de que nosotros, tan astutos para todo lo que son ganancias, no desplegamos la misma sagacidad para administrar los bienes del Reino y nos comportamos con torpeza y necedad, en vez de aprender de aquel personaje de la parábola de Lucas al que conocemos como «el administrador infiel» (Lc 16,1-13), pero al que Jesús calificó de inteligente y puso como ejemplo de astuto inversor: *«Os digo que con el dinero sucio os ganéis amigos, de modo que, cuando se acabe, os reciban en la morada eterna» (Lc 16,9).*

¿Cómo aprovecharnos de la sensatez de estos consejos? Ante todo, tomando conciencia de que tenemos entre manos un caudal valioso de cualidades, capacidades afectivas, experiencia acumulada, y unos sentidos que el paso del tiempo puede entorpecer por un lado y mejorar por otro: nuestros ojos pueden seguir expresando afecto aunque tengamos cataratas, y es posible una actitud acogedora hacia los otros a pesar de llevar un aparato para la sordera.

Éstas serían algunas decisiones de alta rentabilidad:

- Cancelar la cuenta corriente en la que solemos ingresar quejas, añoranzas y nostalgias varias, porque es un despilfarro inútil de energías que no conduce a ninguna parte, no nos resuelve nada ni mejora ningún aspecto de nuestra vida. Cancelar también la lucha por apa-

rentar menos años de los que tenemos, otro intento que nos desgasta tontamente. Dedicar el tiempo que necesitamos (cuanto más breve, mejor) a hacer duelo de nuestra imagen pasada y a dar la bienvenida a la que nos devuelven en este momento el espejo y la mirada de los demás.

- Plantar cara a la estafa de quienes intentan deslumbrarnos con ofertas engañosas, como si al hacernos mayores nuestro único interés fuera evitar al máximo el contacto con nuestra interioridad y agitarnos en medio de un frenesí de actividades vacías, viajes estrambóticos y entretenimientos más propios de adolescentes que de gente madura.
- Informarnos, por ejemplo, sobre los Bancos de tiempo y actividades de trueque, una iniciativa original basada en el intercambio de habilidades y conocimientos, que fomenta la colaboración entre personas de diferentes generaciones y permite afrontar de otra manera los contratiempos de la vida cotidiana. Surge de la idea de relacionar a gente dispuesta a poner sus dones al servicio de los demás de forma gratuita, como algo distinto y a la vez complementario al voluntariado, pero con un enorme potencial para destacar valores revolucionarios en un mundo obsesionado por el dinero. En realidad, se trata de recuperar la tradición de nuestras abuelas en los pueblos, donde lo que todo el mundo hacía era echarle una mano al vecino cuando lo necesitaba. A este intercambio desinteresado de favores, que habitualmente realizamos de un modo informal con vecinos, amigos y familiares, se le ha dado nombre y estructura de funcionamiento para que pueda participar quien lo desee.

- Arriesgar en valores relacionales: hacernos un «mapa de relaciones» y tratar de descubrir, entre las personas que nos rodean, en cuáles encontramos verdadera ayuda para vivir en la dirección del Evangelio. Quizá no coincidan necesariamente con las que hablan en «lenguaje cristiano», pero puede que en ellas encontremos anónimamente rasgos de Jesús, gestos que nos lo recuerdan, actitudes que nos invitan a vivir de una manera más auténtica, a juzgar y actuar en claves de generosidad, de sencillez de vida, de atención a los demás... Alegrarnos de conocer a esas personas que nos ayudan a descubrir cualidades y valores ocultos y que quizá aún no hemos descubierto.

Podemos leer el siguiente texto de Ben Sira poniendo rostros concretos a esas personas «intelligentes» por las que, según el sabio, vale la pena madrugar y visitar con tanta frecuencia que «se desgasten sus umbrales»:

«Si quieres, hijo mío, llegarás a sabio;

si te empeñas, llegarás a sagaz;

si te gusta escuchar, aprenderás,

si prestas oído, te instruirás.

Asiste a la reunión de los ancianos

y, si hay uno sensato, pégate a él.

Procura escuchar toda clase de explicaciones,

no se te escape un proverbio sensato;

observa quién es inteligente y madruga para visitarlo,
que tus pies desgasten sus umbrales» (Eclo 6,32-34).

- Descubrir nuestra propia interioridad, esa capacidad que hay en nosotros de interpretar y vivir la propia vida desde dentro, de detenernos, de distanciarnos de los acontecimientos e intentar su lectura, de formular

las propias interpretaciones de lo que sucede. «Dentro de ti hay un lugar silencioso e inviolable al que puedes retirarte en cualquier momento para ser tú mismo», decía el *Siddharta* de H. Hesse. Vivir en contacto con esa parte oculta o semioculta aún para nosotros mismos, que es la verdaderamente interesante, porque es la más íntima, profunda y personal de cada uno. En palabras de Pedro Arrupe, «Es el secreto del maravilloso amor trinitario, que irrumpe cuando quiere en la vida de cada uno de una manera inesperada, inexpressable, irracional, irresistible, pero a la vez maravillosa y decisiva».

Voces en las puertas

CUANDO LAS PÉRDIDAS SE CONVIERTEN EN GANANCIAS

«El transcurso de nuestra vida es una inevitable sucesión de pérdidas. Ellas nos cambian la vida y las raíces: lo que antes era el centro de nuestra vida (una persona, una posición, un trabajo, un estilo de vida...) ya no existe. Lo que nos daba identidad, sentido y dirección, confort y apoyo, desaparece. Nuestra vida ya no volverá a ser la misma, pero la función de la pérdida es liberarnos para avanzar hacia el futuro clausurando el pasado. Entonces esa pérdida, una vez aceptada y encajada, se convierte en un don precioso. Ya no somos los mismos de antes, pero podemos convertirnos en alguien completamente nuevo. Estamos en disposición de aprender precisamente cuando no tenemos nada, cuando nos parece que no nos queda nada. Y es que poseemos en lo más profundo de nosotros mismos algo que nadie puede quitarnos y que es imposible perder, dones en abundancia nunca descubiertos ni tocados antes,

un aliento que está esperando que le abramos la puerta. Aún más: todo aquello que hemos ido desarrollando en el centro de nosotros mismos: el valor, la esperanza, la serenidad, la absoluta confianza en Dios más allá de los cambios de suerte, está ahora en nosotros como el oro escondido en una mina, para ser extraído, contemplado y admirado y para brillar como nueva vida. Tenemos en nosotros el material en bruto de la vida para ser tomado.

»Con frecuencia, sólo la pérdida permite valorar toda esa riqueza acumulada. Es ella la que nos reduce a nuestro principal recurso: nosotros mismos. Privados de la seguridad del pasado, nos vemos obligados a permanecer solos, a encontrar en nuestro fondo la fuerza espiritual que nos permite sobrevivir a lo que parecía insoportable y a confiar en Dios, que nos hizo para vivir erguidos. La pérdida es, irónicamente, la ocasión de la novedad, la puerta abierta a otras zonas del alma que permanecen aletargadas en nosotros, pero en las que está latiendo la vida.

»Es una invitación a comenzar otra vida, a concentrar nuestras energías y volvernos en otra dirección. La vida no es un camino solo: son muchos caminos, muchos de ellos inexplorados; y cuando llega la pérdida, Dios como creador viene a nosotros abriéndonos caminos que pueden conducirnos hacia la nueva creación que tiene comenzada en cada uno. Tenemos que preguntarnos qué va a ser de nosotros cuando el haber escogido ser una cosa ha hecho imposible otras opciones. Tenemos que preguntarnos qué hay en nosotros sin terminar y comenzando a ser, todo aquello que la voluntad de Dios quiere completar en nosotros»²³.

23. Joan CHITTISTER, *Doce momentos en la vida de toda mujer: la historia de Rut hoy*, Sígueme, Salamanca 2004, 21-30.

Cruzando el umbral

CON ZAQUEO

El personaje de Zaqueo puede iluminar en qué consiste ese cambio de inversiones al que nos estamos refiriendo. En el comienzo de la escena se nos ofrecen datos acerca de dónde tenía invertido su capital personal: si *«era jefe de publicanos y rico»*, quiere decir que hasta ese momento el poder y la riqueza eran sus objetivos vitales. Al final de la escena escuchamos con asombro el cambio de orientación de sus bienes: *«La mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si he estafado a alguien, le devolveré cuatro veces más»* (Lc 19,8). Zaqueo, al tirar la casa por la ventana, devolver todo el dinero del que se había apropiado indebidamente y dar a los perjudicados el cuádruplo, estaba entrando en otro tipo de «sagacidad financiera» que le dejaba en números rojos la cuenta corriente, logrando en cambio que Jesús declarase emocionado: *«Hoy ha entrado la salvación en esta casa»* y entregara a Zaqueo el más valioso bono del tesoro: el nombre de *«hijo de Abraham»*. Había llegado a coincidir, quizá sin saberlo, con la sabiduría que proponía Jesús:

«No atesoréis riquezas en la tierra, donde roen la polilla y la carcoma, donde los ladrones abren brecha y roban. Atesorad riquezas en el cielo, donde no roen polilla ni carcoma, donde los ladrones no abren brechas ni roban. Pues donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6,19-20).

Podemos dedicar un tiempo a preguntarnos dónde está nuestro tesoro y, por lo tanto, nuestro corazón; cómo estamos invirtiendo los talentos que se nos han entregado: nuestras cualidades, saberes, tiempo, energías, ternura... Porque estamos a tiempo de aprovechar todo eso al servi-

cio de los que más lo necesitan, en vez de despilfarrarlo o enterrarlo bajo tierra.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

*«Nuestros años se acabaron como un suspiro.
Aunque uno viva setenta años,
y el más robusto hasta ochenta,
su afán es fatiga inútil
porque pasan aprisa y vuelan.
Enséñanos a llevar buena cuenta de nuestros años
para que adquiramos un corazón sensato»* (Sal 90,10-12).

UN TESTIMONIO

«Tengo mis facultades mentales perfectamente. En esto soy un privilegiado. Casi me siento avergonzado de tener tanta suerte. Procuro compensarlo con una paciente afabilidad. Todavía mis ojos miopes, bastante gastados, me permiten leer mucho. Es mi gran afición. Uso muy poco la televisión, nada la radio y, en razón de mi edad, me mantengo ajeno a la informática. Prefiero enterarme de las cosas por la prensa escrita y las revistas, sobria pero suficientemente. No me dejo captar por el sensacionalismo. Procuro seguir aquella escondida senda “por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido”»²⁴.

UNA OPINIÓN

«En casi todos los trasteros o desvanes hay viejos baúles, y en su interior se conservan los recuerdos de los que nos

24. J.M. Díez Alegría, en *El Ciervo*, Junio 2003, 7.

han precedido: vestidos, papeles, cartas, objetos obsoletos... Me gusta imaginar que existe en algún lugar, conservado en la memoria de cada familia, un baúl similar que, en lugar de guardar objetos, conserve valores y sentimientos que ya no están de moda. En una aburrida tarde de lluvia, todos suben al desván. Los niños, al ver el baúl cubierto de polvo, se ponen a saltar a su alrededor mientras piden que lo abran. Al hacerlo, meterán rápidamente sus pequeñas manos dentro. Un silencio estupefacto y, después, gritan maravillados: “Mamá, ¿qué es esto tan bonito?”. “Y esto, ¿para qué sirve, papá? Nunca lo había visto...”. Es probable que los padres tengan que hacer memoria. “Déjame ver... Ah, sí, es el sentido del honor”. “¡Mira! Aquí está el esfuerzo, el sacrificio...! Los bisabuelos los usaban siempre... ¡Y allí, en el fondo mira, la vergüenza!”. “¿Qué es?”. “Es lo que hace que nos pongamos colorados”. “¿Por el calor?”. “No, porque se ha hecho algo que no está bien, algo opuesto a la conciencia”. “¿Y qué es la conciencia?”»²⁵.

UN CUENTO

«Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba maravillado quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo. La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra

25. Susanna TAMARO, *Más fuego, más viento*, Seix Barral, Barcelona 2001, 83.

diciéndome: “¿Puedes darme alguna cosa?” ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza...! ¡Pedirle a un mendigo...! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo y te lo di. Pero ¡qué sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón...! ¡Qué amargamente lloré por no haber tenido corazón para dártelo todo...!»²⁶.

UNA PROPUESTA

Comentar esta reflexión de A. Boadella: “Cuando uno va viendo que la cuenta atrás se hace más corta, empieza a sintetizar, trata de buscar lo esencial y rechaza lo que considera marginal; desea llegar a la síntesis con una ferocidad nueva, no se distrae tanto como antes».

26. R. TAGORE, *Obra escogida*, Aguilar, Madrid 1972, 201.

6

Por fin, ya es sábado



Hemos heredado de los griegos la idea de que necesitamos descansar, porque no podemos trabajar incesantemente, y que el reposo tiene como fin adquirir nuevas energías para nuevos esfuerzos; de ahí vienen las palabras re-ectorio, re-creo, re-staurante... Según esa mentalidad, si el trabajo no nos cansara, no necesitaríamos tiempos de pausa. Para la mente bíblica, en cambio, todo el esfuerzo que dedicamos a mantener y acrecentar la creación está orientado hacia el Sábado, que es el día para la vida, en el que el israelita aprende a relacionarse con el tiempo, no para poseer, sino para ser y para dar. «El mundo es el dueño de nuestras manos –dice A. Heschel–, pero el Sábado nos recuerda que nuestro corazón pertenece a Otro. Durante seis días a la semana luchamos contra el mundo arrancando sus riquezas a la tierra; en Sábado prestamos especial cuidado a la semilla de eternidad plantada en el alma»²⁷.

A esa misma comprensión del tiempo corresponde el modo bíblico de medirlo: en el primer relato de la creación se repite seis veces que Dios crea los días de la semana po-

27. A.J. HESCHEL, *El Sabat y el hombre moderno*, Paidós, Buenos Aires 1964, 21.

niendo la tarde como punto de partida. La manera como nosotros contamos el día no es la de Dios, porque ponemos la mañana como comienzo de la jornada: primero el amanecer, la salida del sol; a continuación, y progresivamente, la gloria del mediodía, el declinar del crepúsculo y las sombras de la noche. Lo que el Génesis proclama, en cambio, es que primero hay una víspera, y después una mañana. Para Dios el día comienza en la oscuridad nocturna y se mueve hacia la mañana, hacia la luz, hacia el llamear de la zarza ardiente y el sol de mediodía. Hay un abismo entre estas dos maneras de medir el tiempo: una jornada que desciende hacia la noche o una jornada que empuja hacia la mañana. Lo que importa es el sentido que Dios da al movimiento de los días y cómo de este orden hace un símbolo para nosotros, orientándonos hacia la luz.

Si adoptamos esta perspectiva podemos considerar que, después de haber pasado seis días de la semana de nuestra vida dedicados a un trabajo que ha reclamado casi toda nuestra atención, «entramos en el descanso», otro término bíblico que evoca la esencia de la vida buena: felicidad, tranquilidad, paz y armonía, liberación de ansiedades y agobios. Es a esas «aguas del descanso» adonde el Pastor conduce a su rebaño, según el Salmo 23.

Pero es tan absoluta la valoración del rendimiento productivo y de la actividad, con su séquito de tensiones y preocupaciones que, cuando se llega al tiempo sabático, que podría ser como esa tierra que mana leche y miel, tan añorada en el desierto, nos invade la nostalgia de los ajos y cebollas de Egipto, es decir, de las etapas en que nos quejábamos tanto de estrés. En el Salmo 1 se compara al israelita fiel con un árbol plantado junto a corrientes de agua: *«da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; cuanto emprende tiene buen fin»*. La «tarea del árbol», su manera de dar fruto, no es agitarse, moverse o hacer cosas,

sino permanecer, dejarse nutrir desde las raíces, permitir que la savia circule por su tronco, abandonarse al sol, al viento y a la lluvia y ofrecer, sin retenerlos, los frutos de sus ramas. Los árboles saben «vivir en Sábado».

«Hay que aprender a madurar como el árbol —dice R.M. Rilke—, que no apura sus savias y que está confiado en medio de las tormentas de primavera, sin la angustia de que no pueda llegar un verano más. Llega, sin embargo. Pero solamente llega para los que tienen paciencia y viven despreocupados y tranquilos como si ante ellos se extendiera la eternidad».

Voces en las puertas

EL «TRABAJO» DE LÁZARO

«En la escena de la unción en Betania, Lázaro aparece compartiendo la mesa con Jesús. Su único cometido en la historia parece ser el de testimoniar que ha sido devuelto a la vida por él. Es un personaje-testigo que anticipa lo que va a sucederle a Jesús: su muerte y su resurrección. Lázaro es, por tanto, un personaje pascual, un resucitado. El don de la vida que le ha sido devuelta se celebra con un banquete. No se van a la sinagoga ni al templo.

»El sentido anticipador de Lázaro viene de atrás. Ya en el comienzo (Jn 11,1), cuando se informa de que estaba enfermo, Lázaro es propuesto como un personaje al servicio del signo de Jesús. Desde el primer momento, Jesús actúa con él en función de ese signo. Adelantándose, interpreta: *“Esta enfermedad no es de muerte, sino para la gloria de Dios”*. Y más tarde: *“Lázaro, nuestro amigo, duerme”*. La referencia a la enfermedad evoca, narrativamente, otras enfermedades y dolencias que Jesús ha ido curando. El

lector espera que Jesús le cure; pero hay un elemento de sorpresa, y Jesús deja intencionadamente que la enfermedad de Lázaro llegue hasta el final, hasta la muerte: de este modo se va entretejiendo sutilmente la suerte de Lázaro con la suerte de Jesús.

»Lázaro es la persona transformada por el efecto de la Pascua anticipada en el signo de la Vida que es Jesús. Él es signo universal de los pobres y necesitados, primeros en alcanzar los efectos pascuales. Lázaro no tiene más mérito que el de ser alguien amado por Jesús. El narrador lo presenta como un personaje enfermo (11,1.2.3). Personaje paradójico que, cuanto más claramente sea signo de la vida humana frágil y vulnerable, tanto más lo será de la Vida Resucitada que da Jesús. Es un personaje sin palabra propia. Son sus hermanas las que le prestan su palabra, las que se quejan por él ante Jesús y las que le lloran. Son las mujeres las que se hacen cargo de este símbolo de humanidad frágil y necesitada, pobre, ante Jesús. El narrador, al presentarlo junto a Jesús en el banquete en su honor, no le concede palabra, ni lo aísla de las dos mujeres, ni le propone acciones que realizar, itinerario de fe que seguir o confesión que verbalizar. Sigue siendo un pobre que, enriquecido con la Vida, don de Jesús, es sólo personaje-testigo suyo.

»Lázaro es símbolo de lo humano pobre en cuanto necesitado y frágil, dependiente y sin voz. Él no merece nada. Todo le es dado. Lázaro puede representar a la comunidad (cristiana y humana) en todas aquellas personas a las que llega gratuitamente la pascua de Jesús. Lázaro, por ser compañero de mesa de Jesús, pertenece a la casa, al banquete. ¿Se podría decir que la permanencia de los pobres entre nosotros, de la que habla Jesús, tiene que ver también, o incluso de modo principal, con esa vulnerabilidad y necesidad típicas de la naturaleza humana?

»En la casa pascual, donde se celebra a Jesús, Vida y Resurrección, tienen un puesto de honor los que, como Lázaro, sin hacer nada testimonian el amor de Jesús, la preocupación de los demás (sus hermanas) y los efectos anticipados de una nueva forma de Vida donada por Jesús. Cuando éste responde a Judas sobre los pobres, es preciso incluir entre ellos a Lázaro y a los que él simboliza. Por tanto, forma parte del banquete como representación de lo humano necesitado y pobre. La comunidad pascual lo asume como personaje compañero y amigo de Jesús al que debe su nueva vida. No sabemos si era el anfitrión. El narrador le coloca junto a Jesús. No aparece como *pater familias*. Es una forma nueva, pascual, de ser humano y relacional. Nada sabemos de sus relaciones familiares y sociales, exceptuando los lazos de hermandad con las dos mujeres. Una nueva forma, pascual, de ser comunidad y rendir homenaje a Jesús. Es el primer agraciado. Él es también una forma de exceso y lujo pascual paradójico. Siendo el muerto, es el vivo»²⁸.

Cruzando el umbral

CON EL ORANTE DEL SALMO 127

*«Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas*

28. M. NAVARRO PUERTO, «Placer y felicidad, signos de la Pascua»: *Vida Nueva* 2.133 (18 Abril 1998).

Es inútil que madruguéis, que retraséis el descanso, que comáis un pan de fatigas: Dios lo da a sus amigos mientras duermen.

El Señor como herencia te dará hijos; como salario, el fruto del vientre

son saetas en mano de un guerrero los hijos de la juventud; dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba: no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza».

Podemos pensar que, salvo casos excepcionales de madurez anticipada, este salmo no se entiende más que a partir de los cuarenta años por lo menos, es decir, cuando estamos ya un poco de vuelta de nuestros sueños de omnipotencia y de eficacia, cuando sospechamos bastante de nuestras propias fuerzas y cuando ya no nos comemos el mundo, porque ha sido él quien nos ha dado bastantes bocados a nosotros. Y por eso es un momento privilegiado de la vida espiritual, porque nos sitúa ante una encrucijada: podemos tirar por el camino del desánimo y del escepticismo, lamentando secretamente la frustración de los propios proyectos de omnipotencia y ocultándolo bajo toda clase de disfraces espirituales. Si echamos a andar por ese camino, probablemente acabaremos en la cuneta de una resignada mediocridad o de una amargura encubierta.

Pero la Palabra nos señala otro camino, que es el que adopta el orante del Salmo 127: el de quien ha recuperado una «segunda ingenuidad», ha dejado de preocuparse por sus propios resultados y se ha abierto a la contemplación asombrada de lo que Dios es capaz de hacer si uno le deja.

El salmista contrapone dos maneras de relacionarse con Dios: la primera pone el acento en el propio esfuerzo: *construir, cansarse, guardar, vigilar, madrugar, retrasar el descanso...*, y el resultado es considerarse ante Dios como

un *albañil* o un *centinela*. En la segunda, el protagonista, Dios, es quien *da*, y la relación con Él es de *amigos, fruto del vientre, hijos...*, y eso que Dios *da*, frente al *pan de fatigas*, se recibe como una *herencia* o un *salario* no conquistados ni merecidos. Es una invitación a una receptividad que supone una «sinfonía de actitudes»: conciencia reconciliada de la propia pobreza, tranquilo abandono, confiada apertura en la acción de Dios. Tenemos una tendencia impulsiva a ser protagonistas y a sentirnos salvadores universales, a conjugar el verbo *hacer* en todos sus tiempos y modos, como si de ello dependiera la sentencia de nuestra vida. Procuramos presentarnos ante los otros revestidos de las plumas de pavo real de nuestras obras, realizaciones y proyectos, y llegamos a creernos que somos lo que hacemos. Por eso las palabras del Salmo nos resultan escandalosas o, al menos, incomprensibles: sentimos que nuestros quehaceres y esfuerzos quedan relativizados por sus afirmaciones tajantes: «*Son inútiles vuestros desvelos, tareas y madrugones*», escuchamos con asombro. Su mensaje central nos desconcierta: lo que hacemos no parece servir de mucho, puesto que todo es un regalo de Dios. Y, encima, ni siquiera somos capaces de reconocerlo mientras nos lo está haciendo: *nos lo encontramos al despertar*. Y es precisamente eso lo que nos resulta difícil de aceptar: que exista un nivel en nuestra vida sobre el que no tenemos poder, en el que no cuentan nuestras preocupaciones, ansiedades y desvelos. Sólo el Señor «se ocupa» de él, y lo único que espera de nosotros es que seamos tan confiados como los niños, que tienen la tranquila audacia de vivir despreocupados porque se saben cuidados y protegidos.

Es evidente que las palabras de Jesús no nos invitan a la pereza ni a la inconsciencia: van derechas a cambiar esa actitud tan nuestra de agobiarnos por el futuro, de querer

solucionar por la vía de la ansiedad o de las cavilaciones todo aquello que escapa a nuestro control.

Si actualizamos el Salmo en nuestras propias circunstancias, pensemos qué puede significar en lo concreto de nuestra vida *construir una casa, guardar una ciudad; qué es madrugar y velar hasta muy tarde, comer el pan de la fatiga...* y qué sentido le encontramos a la expresión «*Dios lo da a sus amigos mientras duermen*».

Podemos escuchar como dirigidas a cada uno de nosotros estas preguntas: «¿Te ha servido de algo el agobio alguna vez? ¿Has solucionado alguna preocupación durante el insomnio?». Y orar con el salmista diciéndole al Señor: «Tú me colmas de tus dones mientras duermo». Esta oración no nace de la pasividad inerte, sino de la acción sosegada y el dinamismo fecundo que siguen a la conciencia de agradecimiento.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Oí una voz del cielo que decía: “Escribe: Dichosos los que en adelante mueran como cristianos. Ciertamente, dice el Espíritu: podrán descansar de sus trabajos, pues sus obras los acompañan”» (Ap 14,13).

UN TESTIMONIO

«¿Hay muchos placeres que se puedan comparar con una lenta sobremesa tras el desayuno, con el fondo del jardín bajo el sol o bajo la lluvia? Paseo por el campo y estoy al corriente de cuándo florecen las jaras y las encinas; leo o releo lo que más me apetece —teología, historia contemporánea, la novela y la poesía clásicas— y escribo despacio,

sin agobios, generalmente sobre cuestiones relacionadas con la justicia, tratando desde una perspectiva teórica los problemas que me han apasionado en la práctica durante más de cincuenta años. Y casi constantemente, pienso. Creo que uno de los regalos que me ha traído la jubilación es el de poder pensar a todas horas o, más exactamente, el de vagar libremente con el pensamiento. Hasta el punto de que alguna vez se me ha ocurrido que la jubilación es, sobre todo, un tiempo para disfrutar pensando»²⁹.

UNA OPINIÓN

«Milton, en uno de sus poemas, va hablando de su larga ceguera: “*Al pensar cómo mi luz se vio apagada...*” se pregunta si él y los que son como él, privados de estar enteros, han podido servir de algo; y concluye que Dios no precisa el talento y las obras de todos los seres, sino que “*también sirven los que sólo están y esperan*”»³⁰.

UNA ANECDOTA

A. de Saint-Exupéry cuenta la historia de dos jardineros amigos que tenían poco que decirse, pero paseaban juntos al acabar el trabajo contemplando las plantas, los árboles y el cielo: «Si uno de ellos inclinaba la cabeza y tocaba una planta observando el paso de una oruga, el otro la inclinaba también; y cuando se abrían las flores, participaban de la misma alegría. Las circunstancias de la vida llevaron a uno de ellos a un país lejanísimo, y pasó mucho tiempo sin que su amigo tuviera noticias suyas. Por fin, después de

29. J. JIMENEZ VILLAREJO, en *El Ciervo*, Junio 2007, 19.

30. JAVIER MARIAS, «A los que sólo están y esperan»: *El País Semanal*, 2-8-1998.

largos años, llegó una carta suya: sólo Dios sabía gracias a qué navíos, diligencias y caravanas había llegado hasta él. El jardinero, ya viejo, la abrió con manos temblorosas y leyó: “Esta mañana he decidido podar mis rosales”. Después de muchos días se decidió a contestar a su amigo y, tomando una pluma, escribió con su letra ya vacilante: “También yo hoy he decidido podar mis rosales”»³¹.

UNA PROPUESTA

Pensar si nos sentimos identificados con alguna de estas confesiones:

«Había algo así como una especie de cinta transportadora durante la primera mitad de mi vida. Después del Instituto, ingresé en la Facultad de Medicina; después fui médico interno, siguió mi boda, la casa y los tres chiquillos. Ahora mis hijos han crecido, estoy a punto de jubilarme, y la cinta transportadora está atascada. ¿Y ahora qué?, ¿a dónde voy desde aquí?».

«Fui una hija, y ahora mis padres han muerto; fui una esposa, y ahora estoy divorciada; fui una madre, y ahora mis hijos han crecido y viven en distintos lugares del país; fui profesora, y ahora estoy jubilada...; así es que ¿quién soy ahora?»³².

31 A de SAINT EXUPERY, *Citadelle*, Gallimard, Paris 1948, 527

32 A BRENNAN – J BREWI, *Pasión por la vida Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2002, 47

Imprevistos y diseños



La vida es un tejido en el que se van entrecruzando dos hilos que podemos llamar «el de los diseños» y «el de los imprevistos». Con el *hilo de los diseños* (de los planes, proyectos y previsiones...), manejado por la lanzadera de nuestra mente controladora, imaginamos el futuro, ideamos programas, tratamos de modificar voluntariamente nuestros comportamientos, reacciones y conductas...; y está muy bien que sea así, porque «*Dios fue el que al principio hizo al hombre y lo dejó en manos de su propio albedrío*» (Eclo 15,14). Cuando se nos impone el horizonte del envejecimiento, necesitamos poner en ejercicio nuestra capacidad de afrontar esa etapa y diseñar cómo queremos vivirla. El nuevo estado es un «desconocido existencial» para el que no se nos imponen reglas rígidas ni modelos obligatorios: disponemos de la capacidad de hacer proyectos sobre él, percibiéndolo como lugar posible de creación de una historia que será nueva, aunque guarde coherencia con lo que vivimos en el pasado.

Somos dueños de nuestra propia historia, no es ella la que nos conduce y posee. Nadie puede decidir desde fuera cómo va a ser nuestra vejez, y es una equivocación compararse con otros: nadie puede vivir vidas ajenas, sólo podemos vivir la propia con los recursos y capacidades de

que disponemos. Se trata de jugar del mejor modo posible con las cartas que Dios nos ha dado en esta partida que es la vida. Así nos lo aseguran muchas personas sabias:

«No existe una única forma de envejecer, sino que esta dependerá de cómo la persona interprete y experimente los hechos relativamente azarosos que sucedan a lo largo de su ciclo vital y del tipo de afrontamiento que emplee para resolverlos. [...] Nada nos exime de nuestra propia responsabilidad frente al envejecimiento: de cada uno depende en buena medida cómo sea su vejez»³³.

«El envejecimiento es un fenómeno fluido y cambiante: las arenas de la edad se mueven bajo nuestros pies, adaptándose a nuestro modo de vivir y de ser»³⁴.

«La experiencia no es lo que te ocurre; es lo que haces con lo que te ocurre», dice certeramente Aldous Huxley.

Pero, junto a ese esfuerzo necesario y saludable, la sabiduría bíblica nos recomienda no olvidar el «hilo de los imprevistos»:

«El hombre planea su camino, pero es el Señor quien dirige sus pasos» (Pr 16,9).

«Muchos proyectos hay en el corazón del hombre, pero es el designio del Señor el que permanece» (Pr 19,21).

«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos los míos, pues como distan los cielos de la tierra, así distan mis caminos de vuestros caminos y vuestros pensamientos de los míos» (Is 55, 8-9).

33 J MARTIN VELASCO, «Aprender a envejecer» *Crítica* 936 (Junio 2006), 35

34 Deepak CHOPRA, *Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo*, Ediciones B, Barcelona 2006, 94

Esta «distancia» entre planes y realidades aparece claramente en el tejido vital de los personajes del Evangelio, en especial en los protagonistas de las parábolas: en algunos predomina el hilo del «diseño» (aquel constructor juicioso que antes de construir una torre calcula si tendrá bastante dinero para acabarla; el administrador sagaz que supo calcular cómo hacer frente al despido a base de ganarse a los acreedores de su amo...). De otros, en cambio, se alaban sus reacciones ante lo «imprevisto»: venderlo todo para comprar el campo en que se había encontrado un tesoro; atender al hombre herido, aunque eso supusiera romper con el itinerario programado (no así el sacerdote y el levita, no así...). El hijo menor, en su vuelta a casa, había ensayado un discurso para el encuentro con su padre (*«trátame como a uno de tus jornaleros...»*). pero le pilló por sorpresa la desmedida ternura de su padre, que lo cubría de besos y le organizaba un banquete de bienvenida.

Los que habían trabajado en la viña desde el amanecer tenían su propio programa de retribución y no supieron abrirse a la generosidad imprevisible del dueño hacia los que habían llegado en la hora undécima; y los mendigos que dormían fuera de la ciudad, al abrigo de su muralla, no podían creerse que vinieran a buscarles para ser comensales del banquete del rey.

Pedro y los otros pescadores galileos habían diseñado una vida de trabajo en torno al lago, las barcas y los peces, pero llegó el imprevisible Jesús y los invitó a ser pescadores de hombres. Y la tumba de Pedro no está, como quizá él soñó, en el modesto cementerio de Cafarnaún, sino que fue enterrado en Roma, la capital del Imperio, después de su martirio. El propio Jesús se mueve también entre diseños e imprevistos: en su llegada a una ciudad pagana, tenía el firme propósito de pasar inadvertido; pero la mujer sirofenicia, que rompió su propósito de pasar de incógni-

to, consiguió cambiar sus ideas sobre la prioridad debida a los judíos y le arrebató la sanación de su hija. Posiblemente debió de creer que iba a tener más tiempo para anunciar el Reino, pero la conspiración contra él, la detención, condena y ejecución le sorprendieron antes de lo que él había imaginado.

Buena falta nos va a hacer en esta etapa de «*envejecencia*» ir haciéndonos expertos en el manejo de estos dos hilos. Pero hay algo más importante aún, y es ir poniendo en las manos del Maestro Tejedor ese tapiz que es nuestra vida, para que sea Él quien diseñe su forma, su urdimbre y sus colores.

Voces en las puertas

Timothy Radcliffe nos invita a caer en la cuenta de que la Eucaristía fue la gran victoria de Jesús ante los «imprevistos» que se hicieron presentes en el final de su vida. A partir de la nueva situación, Jesús hizo otro «diseño»: el de su propia vida entregada como Alianza definitiva con nosotros:

LA CENA DE JESÚS Y LAS SITUACIONES DE CRISIS

«Lo paradójico de la Eucaristía reside en que la Cena tuvo lugar en un momento en que los discípulos habían perdido el hilo de la historia. Es evidente que llegaron a Jerusalén albergando la esperanza de que el Mesías iba a ponerse al frente de una rebelión contra los romanos. Lo mismo que los discípulos de Emaús confesarán más tarde a Jesús: “Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel...” (Lc 24,21). Pero todo se vino abajo en el momento de la Cena: Judas había vendido a Jesús, Pedro estaba a punto de negarle, y el resto de los discípulos iban a huir.

»En eso consiste lo extraño de la paradoja: nuestra historia comienza precisamente en el momento en que la historia está tocando a su fin, y el sacramento de nuestra esperanza nos narra una historia en la que la esperanza estaba perdida. Y lo que resulta aún más sorprendente: las palabras que nos permiten recordar esa historia, los Evangelios, nacieron también en tiempo de crisis, cuando se estaba esfumando la esperanza en una inminente venida de Cristo. No habríamos escuchado nunca hablar de Mateo, Marcos, Lucas o Juan si los Evangelios no hubieran surgido precisamente a partir de aquel desconcierto y de aquella crisis.

»Por eso, cada vez que nos reunimos en torno a la Eucaristía, recordamos que nuestra esperanza está fundada sobre una situación histórica de pérdida. El relato de la Cena ha brotado de la segunda crisis de quienes vivieron la desaparición de otra historia. Por eso, en tanto que cristianos, no debemos temer las crisis que atravesamos hoy: las crisis son “la especialidad de la casa”, la Iglesia surgió de una de ellas, y son ellas las que la renuevan y rejuvenecen. [...] Ninguna crisis será tan grave como la vivida por Jesús en la Cena: estaba sentado a la mesa junto a Judas, el traidor, junto a Pedro, la piedra sobre la que iba a fundar su Iglesia y que estaba a punto de negarle, y le rodeaba un grupo de discípulos que iban a abandonarlo y a huir para salvar sus vidas. Y fue precisamente en medio de esta crisis donde tuvo lugar el nacimiento de la Iglesia, y lo celebramos todos los días. Recordemos: no podemos temer las crisis, porque son ellas las que nos renuevan.

»Jesús fue entregado: en el momento de la Eucaristía recordamos su manera de encajar la traición y de convertirla en don. Él aceptó libremente aquella coyuntura terrible y la transformó en tiempo de gracia. La víctima pasiva actuó de manera creativa: “Vosotros os habéis apoderado de mi cuerpo para entregarlo, habéis hecho de él una mer-

cancía que sólo vale treinta monedas de plata. Pero mirad: esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros”. Nuestra fe nos empuja a apoderarnos de ese momento de traición y de vergüenza para, ayudados por la infinita creatividad de Dios, hacer de él un tiempo de don y de gracia. Si dejamos a Dios poner su mano sobre su Iglesia, Él la transfigurará con su propia belleza.

»Paseando hace unos días junto a la costa, me bombardearon unas gaviotas que lanzaban desde arriba los moluscos que llevaban en el pico para romper su concha y picotear su parte más blanda. Algo así hace Dios en los tiempos de crisis: rompe la cáscara dura de nuestra suficiencia para llegar a nuestra parte más tierna, a lo más vulnerable de nuestras vidas. Por eso podemos vivir con alegría los momentos de crisis»³⁵.

Cruzando el umbral

CON EL SAMARITANO DE LA PARABOLA

Todos los personajes de la parábola (Lc 10,30-37) se mueven entre los «diseños» y los «imprevistos»: podemos suponer cuál sería el plan de cada uno de ellos:

- El hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó, seguramente habría trazado su itinerario y calculado el tiempo que iba a tardar en su trayecto; el asalto de los bandidos lo interrumpió indefinidamente.
- En la conducta del sacerdote y del levita también se adivina un proyecto: llegar a Jerusalén y participar dignamente en el culto del templo. El encuentro con el

35 Th RADCLIFFE, «Les prêtres et la crise de désespoir au sein de l'Eglise» *La Documentation Catholique* 2 322 (17 Oct 2004)

hombre herido no cambia su itinerario: al verlo, dan un rodeo y continúan su camino.

- Del proyecto del samaritano que aparece en escena no sabemos nada, pero podemos suponer que lo tendría: nadie emprende un viaje «a la deriva» (¿se dirigiría a Jerusalén a vender algún producto de Jericó?; ¿continuaría su viaje hasta Samaría, dando también un rodeo para no correr el riesgo de sufrir un enfrentamiento con los judíos?...). Pero a él el encuentro con el herido le trastorna absolutamente los planes: se acerca, lo cuida, lo carga en su cabalgadura, lo lleva a la posada, se compromete a financiar su recuperación...

En torno a él existiría probablemente la misma mentalidad que la que ahora nos rodea: «Si te detienes a cuidar de un desconocido medio muerto, te expones a echar a perder tus planes, tu tranquilidad, tu tiempo, tu aceite, tu vino y tus denarios». Pero en su reacción se revela la obstinada lógica de Jesús: «No midas, no calcules, deja que el amor te desapropie: serán los otros quienes te devolverán tu identidad, justo cuando tenías la impresión de que estabas perdiendo tu vida».

Jesús nos sigue dirigiendo el mismo imperativo que al escriba: «*Ve y haz tú lo mismo*».

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«El rey David era ya viejo, de edad avanzada; por más ropa que le echaban encima, no entraba en calor. Los cortesanos le dijeron: “Que busquen una muchacha soltera, que atienda y asista a vuestra majestad; cuando duerma en vuestros brazos, vuestra majestad entrará en calor”»
(1 Re 1,1-2).

UN TESTIMONIO

«Creo que ha comenzado el principio de mi final, e internamente me estoy moviendo en un proceso en el que hay que distinguir entre “expectativas” (todo aquello que se puede deducir o proyectar: datos objetivos sobre la enfermedad, sobre otros casos y tratamientos...) y “esperanzas” (lo que se cree y, por tanto, no se ve; lo que parece imposible: una virgen o una anciana serán madres; una montaña se traslada de lugar; el león y el cordero... y tantos otros cantos de los profetas...). Y este proceso hace que en muchos ratos lo viva desconcertadamente, pues en muchos momentos las expectativas se van achicando cada vez más y más, como si me dijeran que deje de soñar y que sea realista ante la evidencia del hecho tan constatable de que cada día respiro peor. [...] Por eso esta carta y lo que en ella voy escribiendo se va moviendo en esta cambiante situación entre las expectativas y las esperanzas»³⁶.

UNA OPINION

«La mayoría de los hombres de cada generación, aun de aquellos que dedican su vida a pensar, viven y mueren bajo la impresión de que la vida es simplemente cuestión de entender más y más, de modo que, si se les concediera vivir más tiempo, su vida seguiría siendo un continuo crecimiento intelectual. ¿Cuántos de ellos han tenido la madura experiencia de descubrir que llega un momento crítico en el que todo se invierte, después del cual la cuestión consiste en entender más que hay algo que no puede ser entendido?» (S. Kierkegaard).

36 J M FERNANDEZ DE HENESTROSA, SJ, *Cartas desde el altiplano interior*, Cristianismo y Justicia, EIDES 45, Barcelona 2005, 27

«Cuando un alto dignatario vaticano preguntó al anciano Juan XXIII por qué tenía tanto interés en aprender el alemán a su edad, contestó con una pícaro sonrisa: “Verá, es que de mi predecesor he heredado, entre otras cosas, también los canarios. Pero tanto él, que disfrutaba a diario con ellos, como Sor Pasqualina, que los atendía, sólo les hablaban en alemán. Y yo no tengo más remedio que aprender este idioma para que podamos entendernos”»³⁷.

UNA PROPUESTA

Ahora se habla mucho del *coaching*, o proceso de asistencia que una persona (el *coach*: tutor, consejero o entrenador) le brinda a otra para que éste pueda hacer frente en mejores condiciones a diversas situaciones de la vida personal, relacional o laboral. Podemos hacer un *rol-playing* en que el cada uno, por turno, haga de *coach* y aconseje al otro/a que acude a él con alguno de estos problemas: «¡Cómo no voy a estar deprimido, si me han llegado a la vez la jubilación, la artrosis y el comienzo de las cataratas...!». «A pesar de que ahora es cuando mejor estoy dando las clases, me las quitan y me ponen a catalogar una biblioteca...». «Precisamente cuando pensaba dedicarme al bordado de Lagartera, me tiembla el pulso con el dichoso Parkinson...». «¡Con la de planes que tenía de salir y ver cosas, me dan estos lumbagos que me dejan baldada...!». «Estaba encantado de jubilarme para dedicarme a mi afición favorita, que es la filatelia, pero resulta que tengo un problema en la mácula y no distingo los sellos...».

37. R. QUARDT, *Un hombre entre los hombres*, Studium, Madrid 1962, 96.

Tengo una pregunta para usted



El título, formulado con el lenguaje de un programa de TV, evoca una sentencia de San Juan de la Cruz: «Al atardecer de la vida, te examinarán del amor». Y también un poema de Pedro Casaldáliga:

«Al final de la vida me dirán:
¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres»

Ninguno de los dos es original: ya se lo había dicho Jesús al escribir que le preguntaba por el principal mandamiento de la ley: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo*» (Lc 10,27).

Pablo enumera algunas de las características de ese amor: «*El amor es paciente, es bondadoso; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no es arrogante; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...*» (1 Co 13,6-8).

Al avanzar en vida y en años, podemos hacernos más conscientes de que no acabamos de aprendernos bien la pregunta clave del examen y de que quizá nos hemos equivocado de temario: dedicamos un gran esfuerzo a sacar

buena nota en materias que ahora se nos revelan como bastante inútiles, porque giraban en torno a nuestro yo y sus poderes (autoafirmación, búsqueda de reconocimiento y aprobación, posesiones...). La buena noticia es que, si hemos estado opositando con empeño para salir airoso ante esas preguntas que nos hacía el entorno, ahora estamos a tiempo de reorientar nuestro aprendizaje en la dirección acertada.

Podemos preguntarnos por las posibilidades que ofrece la vejez para especializarse en algunas de esas cualidades del amor. Éstas serían algunas:

- ***El cuidado.*** «¡Ten cuidado!» es una advertencia que se escucha a partir de cierta edad por parte de familiares y allegados: Ten cuidado al bajar las escaleras...; agárrate a la barandilla...; ten cuidado en los pasos de cebra...; ten cuidado con el colesterol... «¡Cuídate!», decimos hoy con frecuencia en las despedidas. Como regla general, la realidad es que procuramos cuidarnos; quien estuvo poco atento a los mensajes de su cuerpo, ahora no tiene más remedio que atender a sus reclamaciones; quien siempre pretextó no tener tiempo para ocuparse de su salud, ahora espera más o menos pacientemente en la cola del centro de salud; quien batía records de velocidad en su aseo personal, empieza a conocer la precaución de no resbalarse al salir de la ducha.

Esa nueva sensibilidad que se nos crea en torno a necesidades que antes nunca habíamos experimentado puede convertirse en algo obsesivo que nos enrosque en torno a nuestros achaques reales o imaginarios y en el relato pormenorizado y diario de los mismos. Pero encierra también el potencial de hacernos más capaces de percibir mejor lo que los otros necesitan y escapar por esa puerta del encerramiento en nosotros mismos.

Y puede crear una mayor atención y delicadeza hacia los que nos rodean, intuyendo lo que experimentan, sienten o echan de menos. Las propias limitaciones y carencias tienen en ese caso un «efecto radar» que nos conviertan en hombres y mujeres pendientes de los otros, exquisitos a la hora de descubrir necesidades no expresadas.

- ***La escucha*** podría ser una segunda especialidad de amor en la tercera edad: si la actividad febril y la multiplicidad de ocupaciones nos hizo ir por la vida con un apresuramiento poco receptivo, el freno que nos imponen la jubilación y la disminución de fuerzas puede derivar, en vez de en añoranza por lo que antes hacíamos y ya no hacemos, en una nueva disposición para esas cualidades que requiere la escucha de los demás: tiempo, disponibilidad, apertura, vaciamiento para entrar en lo ajeno... «Ser una de esas personas a las que uno se acerca como a un rincón inundado de sol en invierno», recomienda A. Sève.
- ***La ternura*** que comprende y disculpa sería una tercera especialidad del amor en esta etapa. Una ventaja del paso de los años es la amplitud de perspectivas, la mirada benévola sobre las debilidades propias y ajenas que da la experiencia acumulada. Lo evoca esta versión de J.I. González Faus sobre la escena de la mujer sorprendida en adulterio: «Le presentaron a Jesús a una humanidad sorprendida en flagrante infidelidad, y le preguntaron: “La justicia manda eliminar a las tales. Tú ¿qué dices?”. Jesús contestó aquello de que “el que de vosotros esté sin pecado, que le tire la primera piedra”. Y los acusadores se fueron retirando, comenzando por los más viejos. Entre esos estábamos nosotros.

Pero, mientras se retiraban, Jesús les gritó: “¡No os marchéis, que yo a vosotros no os condeno!”. Entonces los acusadores fueron volviendo, sin sus piedras, y le dijeron a Jesús: “Maestro, si tú no nos condenas, tampoco nosotros la condenamos a ella”. Y Jesús se volvió a la mujer y le dijo: “Si estos no te condenan, tampoco te voy a condenar yo...”».

Voces en las puertas

EN TORNO AL CUIDADO

«Cuidar significa entretener una relación amorosa con la realidad y con cada ser de la creación. Es investir corazón, afecto y subjetividad en esta sensibilidad. Las cosas son más que cosas que podemos usar. Son valores que podemos apreciar, son símbolos que podemos descifrar. Cuidar significa implicarse con las personas y las cosas, darles atención, colocarse junto a ellas, sentirlas dentro del corazón, entrar en comunión con ellas, valorarlas y comprenderlas en su interioridad. Todo lo que cuidamos es lo que amamos. Y todo lo que amamos, lo cuidamos. Bien enseñaban los antiguos que la esencia del ser humano reside en el cuidado. Si el ser humano no demuestra cuidado desde su nacimiento hasta la muerte, se desestructurará, se debilitará y acabará muriendo. Más que pensar, amar y criar, precisa saber cuidar, condición para todas sus demás expresiones. El cuidado funda el *ethos* mínimo de la humanidad. El cuidado es la actitud ética adecuada para con la naturaleza y para con la morada común, la Tierra. El cuidado salvará el amor, la vida, la convivencia social y la Tierra. El nuevo milenio solamente será inaugurado cuando triunfe la ética del cuidado esencial. Alrededor de los

valores de la justa medida y del cuidado esencial se construirán los pactos sociales y ecológicos que asentarán en bases firmes la nueva sociedad mundial emergente»³⁸.

EN TORNO A LA ESCUCHA

«Sólo desde una experiencia de acogida incondicional llegamos a expresarnos en total transparencia delante de alguien que no nos juzga ni nos protege, que no nos obsesiona con su paciente tolerancia ni con su benevolencia condescendiente, sino que es capaz de sumergirse en nuestro mundo subjetivo y participar de nuestra propia experiencia. Cuando presentimos que alguien se arriesga a entrar en nuestros problemas, nos ayuda a verbalizarlos y acompaña nuestra narración sin anticiparse, sin empeñarse en adivinar, frenar o alterar nuestra experiencia, estamos siendo visitados, aunque no nos demos cuenta de ello, por la presencia materna de Jesús, que no quiere dejarnos huérfanos»³⁹.

EN TORNO A LA TERNURA

«“La hormiga traerá pedacitos de pan al elefante encadenado a su brutal delicadeza” (César Vallejo). El grado de humanidad (o de barbarie) de nuestro mundo se mide por el grado de sensibilidad ante el dolor humano. Y es la ternura la mejor expresión de esa sensibilidad y humanidad. Pero ¿qué es la ternura? Todos sabemos lo que es, pero nos resulta difícil definirla. La visión del poeta nos da una pri-

38. L. BOFF, en la Revista *Envío* 216 (Marzo 2000).

39. M. MARROQUÍN, «El acompañamiento espiritual como pedagogía de la escucha», en (C. Alemany – J.A. García-Monge [eds.]) *Psicología y Ejercicios ignacianos*, Vol. I, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander 1990, 182-193.

mera aproximación al tema de la ternura. El “pedacito de pan” es un gesto de ternura que relaciona dos mundos diferentes, el de la brutalidad y el de la pequeñez, porque la ternura es, ante todo, un concepto y una experiencia relacional. La polaridad elefante-hormiga nos habla de la ternura como encuentro, y la emoción producida por ese encuentro se visualiza en un gesto, en una acción, en un “pedacito de pan”. La ternura es un concepto relacional que nos compromete a ver el mundo de manera diferente y relacionarnos con los otros seres también de manera diferente. Y como la ternura, al igual que los “pedacitos de pan” del poeta, se produce en el corazón, es ahí, en el corazón, donde se limpian los ojos para ver la realidad que nos envuelve. Aquí también vale el “sólo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”, de *El Principito*. No es lo mismo ver con odio o indiferencia que con ternura y cariño. Un buen punto para nuestro examen de conciencia podría ser cómo vemos a los “extracomunitarios” en Europa. Extraña forma de llamar a un ser humano. ¿No está este hecho señalando la necesidad de ternura en nuestras personas y en nuestra sociedad para que haya acogida y paz? Ternura es lo contrario de la apatía, de la indiferencia y de la violencia. Es el amor que abraza, envuelve, protege y salva»⁴⁰.

Cruzando el umbral

CON LAS BIENAVENTURANZAS

Un relato de los Padres del desierto nos ayuda a comprender mejor la bienaventuranza de los misericordiosos:

40. M. DÍAZ MATEOS, *Un espacio para la ternura: miradas desde la teología*, en (N. Martínez-Gayol [ed.]) UPComillas, Madrid 2006, 89-90.

«Un joven discípulo fue enviado por su *abba* a visitar a otro hermano que tenía un huerto en el Sinaí. El joven discípulo, al llegar, pidió al propietario del huerto: “Padre, ¿tienes algunos frutos para llevarle a mi maestro?”. “Claro que sí, hijo mío; toma todos los que desees”. El joven discípulo añadió: “¿Habrá también aquí algo de misericordia, Padre?”. “¿Qué es lo que dices, hijo mío?”. El joven repitió: “Pregunto si habrá aquí algo de misericordia, Padre...” Hasta tres veces hizo el joven la misma pregunta sin que el propietario del huerto supiera qué responderle. Finalmente, murmuró: “¡Que Dios nos ayude, hijo mío!”. Y, tomando su hatillo, abandonó el huerto y se adentró en el desierto diciendo: “Vayamos en busca de la misericordia de Dios. Si no he podido dar una respuesta a un joven hermano, ¿qué haré cuando sea Dios mismo quien me interroge?».

«Algo de misericordia»: ésa es la dracma que Dios, como aquella mujer que barría su casa, buscará por nuestros rincones; y el talento con el que apresurarnos a negociar para cuando nos lo reclame el Dueño a su retorno; y nuestra única inversión sensata, como la de aquel administrador que supo hacerse amigo de quienes iban a recibirle y se ganó la felicitación de su Señor...

«El reino de los cielos –podía haber dicho Jesús– se parece a un hombre que antes de regresar a su país, después de un largo viaje en tierra extranjera, cambió todas sus monedas por las únicas que en adelante iban a serle válidas». Pablo no tiene duda sobre cuáles son esas monedas: *«Ahora nos quedan la fe, la esperanza y el amor: estas tres. Pero la más grande es el amor»* (1 Co 13,13).

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Ahora vemos confusamente en un espejo, mientras que entonces veremos cara a cara; ahora conozco limitada-mente, entonces conoceré como Dios me ha conocido. Así que esto queda: fe, esperanza, amor; estas tres, y de ellas la más valiosa es el amor» (1 Co 13,12-13).

UN TESTIMONIO

El Abbé Pierre, fundador de los Traperos de Emaús y del movimiento «Insurrección de la bondad», ha muerto en 2007 a la edad de 95 años. A una pregunta de la TV francesa: «¿Qué es lo más importante de su vida?», su contestación fue inmediata: «Los otros».

Poco tiempo antes, había pedido dejar de figurar en el palmarés de las personas más amadas por los franceses. Pero aún le tocó recibir la Gran Cruz de la Legión de Honor y escuchar estas palabras del Presidente de la República: «Esta prestigiosa distinción viene a coronar su combate contra la exclusión, la miseria y la injusticia. Recompensa a un hombre fuera de lo común, a una figura emblemática que ha dedicado su vida a defender los derechos y la dignidad de las personas».

UNA OPINIÓN

«Larry Scherwitz, psicólogo de la Universidad de California, grabó las conversaciones de casi seiscientos hombres, de los cuales una tercera parte sufría de enfermedades cardíacas; los demás estaban sanos. Al escuchar las grabaciones, contó el número de veces que cada uno utilizaba las palabras “yo”, “mi” y “mío”. Comparando sus resultados con la frecuencia de la enfermedad, Scherwitz

descubrió que quienes más usaban los pronombres de primera persona corrían mayor riesgo de tener problemas cardíacos. Por añadidura, tras seguir a los sujetos varios años, descubrió que, cuanto más acostumbra una persona a hablar de sí misma, tanto mayor es la posibilidad de que sufra una trombosis. Contar las veces que alguien decía “yo” fue una manera ingeniosa de cuantificar el egocentrismo. Para mí hay algo muy adecuado en el hecho de que el corazón sufra más cuanto menos se abra a los otros. Según la conclusión de Scherwitz, el antídoto era ser más generoso: “Escucha con atención a los otros; brinda a otros tu tiempo y tu energía; deja que los otros se salgan con la suya; obra por otros motivos que los de satisfacer tus propias necesidades”. Con esas palabras va más allá de los datos cuantificables, pasando a temas de amor y compasión, muy atractivos a nuestra sensación intuitiva de que una persona abierta y afectuosa debería envejecer bien»⁴¹.

UNA ANÉCDOTA

«Fue en la selva, en la Amazonía ecuatoriana. Los indios *shuar* estaban llorando a una abuela moribunda. Lloraban sentados, a la orilla de su agonía. Un testigo, venido de otros mundos, preguntó: “¿Por qué lloran delante de ella, si todavía está viva?” Y contestaron los que lloraban: “Para que sepa que la queremos mucho”»⁴².

UNA PROPUESTA

«Nacemos con ojos, pero no con mirada. Para ver basta con dirigir los ojos hacia el estímulo en cuestión. Para mi-

41. Deepak CHOPRA, *Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo*, Ediciones B, Barcelona 2006, 107.

42. E. GALEANO, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid 1999, 126.

rar hay que poner en marcha también el corazón» (J.M. Fernández-Martos).

¿Qué pasaría si empezáramos a fijarnos en los rostros de la gente, en sus ojeras, en las caras de frío o de angustia, en el miedo o la tristeza que se refleja en los gestos contraídos, en los pies fatigados, en las espaldas dobladas por el cansancio o el dolor, en los andares firmes, frágiles o temblorosos de las personas con las que viajamos en el metro o nos cruzamos por la calle...?

Re-conocer otro nombre para el agradecimiento



Re-conocer: volver a conocer de una manera nueva. Tener detrás mucha historia de años vividos es una ocasión para darnos cuenta de que todo en nuestra historia ha sido don y gracia, como también lo han sido las energías que nos han hecho trabajar y esforzarnos y conseguir metas pequeñas o grandes. Tiempo de revelación, como la que tuvo Jacob: «*¡Dios estaba aquí, y yo no lo sabía!*». Estaba ahí: en el aire que respirábamos, en las personas que nos han querido, en las energías que nos han hecho trabajar y crecer, en las pruebas, noches oscuras y túneles que hemos atravesado, en su fidelidad que nos ha sostenido... Releer así nuestra vida se inserta en la línea trazada por los creyentes bíblicos, para quienes la memoria juega un papel central en su encuentro con el Dios vivo. Su primer acto religioso consiste en escribir su historia y retomarla incesantemente para mantener «leíble» de generación en generación la experiencia de alianza. Desde un pasado que tienen delante de sus ojos —y que el israelita visualiza «delante de sí» porque ya lo conoce— y en el que han experimentado la presencia amorosa de su Dios, confían en que en el futuro, que tienen detrás y aún no conocen, Dios se comportará con la misma fidelidad y misericordia. En el

episodio de Betel, al despertar de su sueño, Jacob realiza un tránsito de la ignorancia al reconocimiento: *«Al despertar, dijo Jacob: “Realmente, el Señor estaba en este lugar, y yo no lo sabía...”* (Gn 28,16). Y al final de su vida confesará: *«El Señor me ha guiado desde mi nacimiento hasta hoy...»* (Gn 48,15).

También lo hará José al narrar ante sus hermanos su pasado común, no como una serie inconexa de acontecimientos regidos por el azar, sino como una historia conducida y guiada por Dios:

«Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. Pero ahora no os preocupéis ni os pese el haberme vendido aquí; para vuestro bien me envió Dios delante de vosotros, para que podáis sobrevivir en este país, salvando vuestras vidas de modo admirable. No fuisteis vosotros quienes me enviasteis acá, sino Dios; me hizo ministro del Faraón, señor de su casa y gobernador de todo Egipto. [...] Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso. Así que no temáis: yo os mantendré a vosotros y a vuestros pequeñuelos» (Gn 45, 4-8; 50,19-21).

Re-conocer es identificar a Aquel que está en el origen de esos dones: *«Es el Señor»*, dijo Juan al ver la red llena de peces después de una noche de trabajo estéril: la abundancia y la esplendidez se habían convertido en signo del desconocido que les aguardaba en la orilla y que no podía ser más que Jesús (Jn 21).

Y cuando creamos que hemos terminado de reconocer y agradecer, el autor del Eclesiástico nos recomienda:

«Los que ensalzáis al Señor, levantad la voz, esforzaos cuanto podáis, que aún queda más;

*los que alabáis al Señor, redoblad las fuerzas,
y no os canséis, porque no acabaréis,
quedan cosas más grandes escondidas,
sólo un poco hemos visto de sus obras»
(Eclo 43,30-31).*

Voces en las puertas

UN POEMA DE THOMAS MERTON

*«Cuando aquella noche, Señora,
abandoné la isla que otrora fue tu Inglaterra,
tu amor me acompañaba
aun cuando yo no pudiera saberlo
ni ser consciente de ello.
Eran tu amor y tu intercesión por mí ante Dios
los que preparaban los mares delante del barco,
dejando expedito mi camino hacia otro país.*

*No estaba seguro de adónde iba,
ni podía saber lo que haría al llegar a Nueva York.
Pero tú veías más lejos y con más claridad que yo
y abrías los mares delante de mi barco,
cuyo rumbo me conducía,
a través de las aguas,
hacia un lugar con el que jamás había soñado
y que ya entonces estabas preparándome tú
para que fuera mi salvación, mi refugio y mi hogar.
Y mientras yo pensaba
que no había Dios ni amor ni misericordia,
tú no dejabas de guiarme al centro mismo
de Su amor y Su misericordia,
llevándome, sin ser consciente yo de ello en absoluto,
al hogar que habría de ocultarme
en el secreto de Su rostro»⁴³.*

Desde un lugar físico y espiritual en el que se encuentra a la hora de escribir esta oración (la Abadía de Gethsemaní), calificado como un *hogar*, Merton dirige su mirada en dirección al momento, lejano ya en el tiempo, en que vivió la situación incierta e inestable del tránsito de un continente a otro. Establece un contraste entre su propia ignorancia e inconsciencia de entonces en cuanto a su futuro (*ni saberlo ni ser consciente...; no estaba seguro, no podía saber...; sin ser consciente de ello en absoluto...*), un desconocimiento que abarca tanto el *adónde iba* como el *qué haría*. Y ese «no saber» de aquel momento incluía el desconocimiento de *Dios*, de su *amor* y de su *misericordia*. Por eso el arranque del poema (*Cuando aquella noche abandoné la isla...*) comunica, más que una precisión temporal, una situación personal de oscuridad e incertidumbre.

Y este telón de fondo permite resaltar de manera luminosa la segura rotundidad con que el orante expresa su convicción de que en aquellos momentos «*tu amor me acompañaba..., preparaba los mares..., dejaba expedito mi camino..., tú veías más lejos..., me conducías..., no dejabas de guiarme...*». Merton contempla su pasado envuelto en la protección de María, mediación de la solicitud y el cuidado de Dios; y esta lectura creyente le permite encontrar sentido a lo vivido y le apuntala la confianza.

Cruzando el umbral

CON MOISÉS

«*Moisés subió al encuentro de Dios, y el Señor lo llamó desde el monte y le dijo: “Así hablarás a la estirpe de*

Jacob; así dirás a los hijos de Israel: Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí» (Ex 19,3-4).

A la luz de este texto podemos releer nuestra vida, repasar los acontecimientos de nuestra propia historia y poner palabras a lo vivido, también a las propias heridas: situaciones conflictivas no resueltas, rencores mantenidos, dificultades para perdonar, amarguras...: todo lo que puede estancar nuestras energías y endurecer nuestro corazón. Al recordar cada uno de esos momentos de alegría, de dolor, de oscuridad, de plenitud o de aparente falta de sentido, detenernos un momento para repetir como un estribillo: «*Tú me llevabas sobre tus alas...*». Y emplear el tiempo que necesitamos hasta que situaciones del pasado que nos producen rebeldía lleguen a transfigurarse con esta nueva luz.

Podemos contemplar nuestra vida como «atraída» hacia Dios, más allá de nuestras resistencias. «*Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor...*» (Os 11,4). La atracción es algo muy distinto de la imposición, y quien sabe ejercerla logra lo que los imperativos no consiguen. Lo sabía Jesús cuando decía: «*Nadie puede acudir a mí si el Padre que me envió no lo atrae...*» (Jn 6,44).

A la hora de recordar nuestro pasado podemos recorrerlo como una historia sucesiva de atracción y «tirones» por parte de Dios y de consentimientos o resistencias por parte nuestra. Abrirnos a la posibilidad de que nuestra vida llegue a transparentar el don recibido y, al agradecerlo, permitir al Donante seguir dando aún. Y hacer nuestro este poema de A. Núñez, SJ:

«Cuando te encuentre,
nunca podré cubrir con mi agradecimiento
el vasto abismo
que llenaste con tu misericordia».

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

*«Es bueno dar gracias al Señor
y tañer en tu honor, oh Altísimo;
proclamar por la mañana tu lealtad,
y de noche tu fidelidad,
con arpas de diez cuerdas
y laúdes sobre arpegios de cítaras,
porque tus acciones, Señor, son mi alegría,
y mi júbilo las obras de tus manos»* (Sal 92,3-5).

UN TESTIMONIO

Sobre Pedro Arrupe, SJ:

«Los años de enfermedad han ido minando sus fuerzas, pero sin embargo su cerebro permanece despierto como el primer día, casi agigantado en ciertos momentos, captando con una viva atención el más mínimo detalle de una conversación que le interesa... Se diría que, vencida la crisis de la Navidad de 1985, cuando dos vidas paralelas se entrecruzaron en el interior de este hombre, se aleja de él lentamente su capacidad física, mientras crece ese vacío creado, una energía que progresa hacia otros mundos, más allá de cuanto los seres con nuestra materia podemos controlar. [...] Fue un hombre que, de tan humano, consiguió tener el corazón más grande que el mundo en que vivió; un mundo que, aunque no estaba aún del todo preparado para comprenderlo cabalmente, no pudo resistirse a la hermosa y arriesgada tentación de amarlo»⁴⁴.

44. P. Miguel LAMET, *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, Temas de Hoy, Madrid 1989, 457.

UNA OPINIÓN

«Podemos mirar los acontecimientos de nuestra vida como modelados por las manos de un alfarero que modela su arcilla y que sólo nos pide que nos abandonemos a Él con una confiada obediencia. Podemos contemplar la propia historia, no como una ciega e impersonal secuencia de acontecimientos sobre los que no tenemos control, sino como una mano que nos guía hacia un encuentro personal en el que todas nuestras esperanzas se verán realizadas. Esa mirada nos permite pasar de la sensación de sentirnos aprisionados dentro de una serie de acontecimientos anónimos para escuchar nuestra propia historia narrada por Dios mismo en el secreto de nuestro corazón»⁴⁵.

UN POEMA

«Sin remite me llega una alegría.
Pero yo sé bien quién la envía.
Lo sé,
pues no hay momento gozoso
ni inteligencia ni palabra
que no tenga en ti su fuente o su meta.
Cada instante
es un vehículo frágil de tu gloria
acercándose a todo lo que existe» (A. Núñez).

UNA PROPUESTA

A partir de la propia experiencia, continuar esta letanía:
Gracias, Padre, por haberme quitado todo lo que me sobraba para caminar hacia Ti.

45 H. NOUWEN, *La compasión en la vida cotidiana*, Lumen, Buenos Aires 1996.

Gracias por aquel enemigo que me hizo tanto mal, porque por él aprendí a perdonar.

Gracias por las enfermedades que me hicieron paciente, fuerte y humilde al reconocer mis límites, cualidades, defectos y virtudes.

Gracias por los errores que me hicieron enriquecer mi experiencia.

Gracias por las piedras del camino que me hicieron dar un paso más largo.

Gracias por las decepciones que me hicieron no descansar hasta encontrarte.

Gracias por mis planes frustrados que me llevaron al descubrimiento del proyecto de vida que tenías para mí.

Gracias por el dolor y el sufrimiento que me purificaron, me dieron temple y me enseñaron para siempre que la felicidad no consiste en no sufrir, sino en aprender a hacerlo por aquellos que amamos.

Gracias por las quiebras y los despojos, por las pérdidas y las carencias, pues éstas me hicieron libre para anhelar los bienes mayores que perduran...

Una habitación con vistas



Hablando de los últimos años de Moisés, el narrador bíblico señala como dato curioso que «*no había perdido la vista*» (Dt 34,7). Sería buena cosa que pudieran decirlo de cada uno de nosotros, porque eso significaría que hemos mantenido esa otra capacidad de visión que nos permite mirar y estar atentos a los otros... y a la vida que se mueve más allá del estrecho horizonte de nuestro yo.

«Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia pudo subir a lo alto del cielo. A su vuelta contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. “*El mundo es eso*”, reveló, “*un montón de gente, un mar de fueguitos*”. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca se enciende»⁴⁶.

46. Eduardo GALEANO, *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid 1999, 1.

«Arder la vida con ganas»: una preciosa metáfora del «*elegir la vida*» que aconseja el Deuteronomio. Supone, para empezar, una invitación a despertar zonas que pueden estar aletargadas en nosotros y adoptar una postura de generatividad y no de estancamiento. «*No ores (no envejecas, podemos añadir...) en una habitación sin ventanas*», recomienda el Talmud.

Podemos pensar, al llegar la vejez, que ya nos hemos ocupado bastante de los demás y que lo que ahora toca es cuidarnos a nosotros mismos y dedicarnos a satisfacer todos los deseos no satisfechos en otras etapas de la vida. Nos asalta la tentación de «cerrar la ventana» a la alteridad, pretextando que a nuestra edad ya no podemos hacer nada para cambiar la realidad, que los problemas del mundo nos superan, y que lo mejor que podemos hacer es centrarnos en «lo nuestro» y desentendernos de lo ajeno, «que ya bastante tengo yo con lo mío...». Hacemos nuestra aquella pintada: «Dios ha muerto, Marx ha muerto, ¡y yo estoy tan malito...!».

¿Qué edad pensamos que tendrían los *magos de oriente* de la narración de Mateo? Fuera la que fuera, debían de vivir «asomados a la ventana», y por eso vieron la estrella. Miraban hacia fuera en medio de la noche, cuando las cosas no suelen aparecer con claridad, pendientes de encontrar pequeñas luces inciertas, y aquella mirada los puso en camino, portadores de las «preguntas de Oriente», de esas inquietudes quizá no oficialmente «religiosas», pero sí profundamente humanas, que parpadean en cada persona; preguntaron, comunicaron lo que habían visto, siguieron adelante en tiempos de oscuridad y, como recompensa de su búsqueda, «*encontraron al Niño con María su madre*» (Mt 2, 11).

Lo mismo que ellos, seguimos siendo capaces de abrir esa ventana que nos conecta con la vida de los otros y nos

permite seguir interesados con apasionamiento (y con lucidez para dar con buenas fuentes de información) por lo que ocurre en nuestro convulsionado mundo. Visitar lugares que quizá nunca tuvimos ocasión de conocer: una sinagoga, una mezquita, un laboratorio, una zona deprimida de la propia ciudad⁴⁷. Conversar con algún aficionado al *piercing*, a los tatuajes o a la música *techno*. Escuchar un CD de algún superventas para tratar de entender un poco mejor a los jóvenes. Seguir sin fanatismo algunos de esos consejos que hoy proliferan en torno a la importancia de caminar y de hacer algún ejercicio físico que ayude, en lo posible, a mantenernos ágiles, sanos y sin incordiar demasiado.

Contactar con gente que se mueve en el mundo de las prisiones, los sin techo, los emigrantes, los enfermos terminales, la rehabilitación de drogodependientes... Porque quizá en alguna de esas tareas, o en una ONG, les venga bien contar con alguien que eche una mano, aunque sea en modestas tareas burocráticas. En todo caso, esos contactos ensancharán nuestro horizonte e impedirán que seamos de esas personas que se mueren a los 70 y las entierran a los 90. Pero, sobre todo, habitarán nuestra oración y nos permitirán seguir escuchando el latido del corazón de Dios en el corazón del mundo.

Voces en las puertas

EL ARTE DE BENDECIR

«Al despertar, bendecid vuestra jornada, porque está ya desbordando de una abundancia de bienes que vuestras

47. Son ideas del «Decálogo del buscador» que propone F. DE CARLOS OTTO en *Qué sentido tiene la vida*, PPC, Madrid 2002, 21-22.

bendiciones harán aparecer. Porque bendecir significa reconocer el bien infinito que forma parte integrante de la trama misma del universo. Ese bien lo único que espera es una señal vuestra para poder manifestarse.

»Al cruzaros con la gente por la calle, en el autobús, en vuestro lugar de trabajo, bendecid a todos. La paz de vuestra bendición será la compañera de su camino, y el aura de su discreto perfume será una luz en su itinerario. Bendecid a los que os encontréis, derramad la bendición sobre su salud, su trabajo, su alegría, su relación con Dios, con ellos mismos y con los demás. Bendecidlos en sus bienes y en sus recursos. Bendecidlos de todas las formas imaginables, porque esas bendiciones no sólo esparcen las semillas de la curación, sino que algún día brotarán como otras tantas flores de gozo en los espacios áridos de vuestra propia vida.

»Mientras paseáis, bendecid vuestra aldea o vuestra ciudad, bendecid a los que la gobiernan y a sus educadores, a sus enfermeras y a sus barrenderos, a sus sacerdotes y a sus prostitutas. En cuanto alguien os muestre la menor agresividad, cólera o falta de bondad, responded con una bendición silenciosa. Bendecidlos totalmente, sinceramente, gozosamente, porque esas bendiciones son un escudo que los protege de la ignorancia de sus maldades y cambia de rumbo la flecha que os han disparado.

»Bendecir significa desear y querer incondicionalmente, totalmente y sin reserva alguna el bien ilimitado, para los demás y para los acontecimientos de la vida, haciéndolo aflorar de las fuentes más profundas y más íntimas de vuestro ser. Esto significa venerar y considerar con total admiración lo que es siempre un don del Creador, sean cuales fueren las apariencias. Quien sea afectado por vuestra bendición es un ser privilegiado, consagrado, entero. Bendecir significa invocar la protección divina sobre al-

guien o sobre algo, pensar en él con profundo reconocimiento, evocarle con gratitud. Significa, además, llamar a la felicidad para que venga sobre él, dado que nosotros no somos nunca la fuente de la bendición, sino simplemente los testigos gozosos de la abundancia de la vida»⁴⁸.

Cruzando el umbral

LA «VENTANA» DE MARIA

«*Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava*», canta María en el Magnificat (Lc 1,48), reconociendo que en esa mirada está la fuente de su júbilo: Dios se ha inclinado hacia ella, la ha envuelto en su ternura y la ha inundado de gracia; y María, al saberse así mirada, se alegra hasta las raíces más hondas de su ser. Pero, sin detenerse ahí, vuelve sus ojos allí donde Dios los tiene puestos, y contempla la historia con la misma mirada en la que se ha sentido envuelta. Se asoma a la «ventana» de la realidad con unos ojos nuevos, con un realismo consciente de la precariedad de las cosas y de la dureza de la vida: hay hambrientos, pobres y humillados; hay ambiciones y poderes opresores que son su causa. Pero ella no se deja engañar por las apariencias, sino que es capaz de perforar la realidad y ver las cosas, las personas y las relaciones tal como Dios las ve. Y por eso se adelanta a contemplar a los hambrientos ya saciados, a los humildes y abatidos exaltados y a los ricos y poderosos despedidos con las manos vacías.

48 P PRADERVAND, *El arte de bendecir Para vivir espiritualmente la vida cotidiana*, Sal Terrae, Santander 2000, 22-25

Estamos llamados a recorrer con ella ese mismo proceso: dejarnos mirar por Dios para sentirnos acogidos y envueltos en su ternura, su perdón y su amor incondicional; a dejar que su mirada haga caer el fardo del «personaje» que llevamos auestas y nos haga experimentar la asombrosa libertad de no tener que representar papeles, ni acumular méritos, ni disimular pobreza. A sentirnos envueltos en la protección cálida de un amor que nos acoge y nos posibilita la existencia y el crecimiento. A emigrar de los viejos suelos que sustentaban nuestro yo, para encontrarnos anclados en otro centro y respirando otro aire. A hacer la experiencia de la relación filial que nos aquieta y ensancha el corazón. Desde ahí, tomamos de nuevo contacto con la realidad y nos asomamos a esa «ventana» con una mirada nueva: la de quien se sabe «hijo» y «hermano».

«A quien tiene a Dios en la lengua, todo le sabe a Dios», decía Taulero. A quien se reconoce hijo bajo la mirada del Padre, todos se le vuelven hermanos.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Rafael dijo a Tobías antes de llegar a casa: “Estoy seguro de que tu padre recuperará la vista. Úntale los ojos con la hiel del pez; el remedio hará que las nubes de los ojos se contraigan y se le desprendan. Tu padre recobrará la vista y verá la luz”. Tobit se puso en pie y, tropezando, salió por las puertas del patio. Tobías fue hacia él con la hiel del pez en la mano; le sopló en los ojos, le agarró la mano y le dijo: “Ánimo, padre”. Le echó el remedio, se lo aplicó y luego, con las dos manos, le quitó como una piel de los lagrimales. Tobit se le arrojó al cuello llorando, mientras decía: “Te veo, hijo, luz de mis ojos”» (Tob 11,7-13).

«Me han enviado una frase de Paco Cuervo, gran amigo del noviciado y de quien recibí en mi primer mes del altiplano una carta que me marcó esos 30 años de pasear por las pampas: Dice Paco: “¿No será la muerte el umbral estrecho que hay que atravesar y que desemboca, impensablemente, en el interior de todo?”. La verdad es que me ha hecho presente miles de momentos vividos en los que, sin saber cómo, me sentía introducido en el corazón de la gente o sentía que el corazón de la gente se introducía en el mío y todo se transformaba. Si la muerte es esa forma tan especial de amar, ese mural estrecho, y uno ha tenido la suerte de vivir cómo la muerte era lo más cotidiano para la mayoría de la gente, de pronto se iban sucediendo encuentros en los que la gente te abría ese umbral, esa puerta, para que entraras en su interior. Y eso, sin querer, te cambia»⁴⁹.

UNA OPINION

«Discutíamos en un grupo de especialistas en torno a los factores que influyen en un envejecimiento satisfactorio; y mientras debatíamos sobre los numerosos estudios que demuestran la importancia del ejercicio a la hora de mantener un cuerpo y una actitud saludables, Leo dijo: “Pero el ejercicio no es el Santo Grial. Si existe un Santo Grial, consiste en la relación con otras personas. De hecho, si hubiera que elegir entre ir al gimnasio o estar con los nietos, yo elegiría a los nietos”»⁵⁰.

49 J M FERNANDEZ DE HENESTROSA SJ, *Cartas desde el altiplano interior*, Cristianismo y Justicia, Barcelona 2005, 30

50 S B NULAND, *El arte de envejecer*, Taurus, Madrid 2007, 46

UN POEMA

Lo que uno retiene sólo para sí
es lo que se corrompe dentro de nosotros
como agua encharcada.

Lo que uno deja pasar hacia los otros
es lo que lava nuestra intimidad
como agua que corre.

Todo lo retenido se deteriora hasta desintegrarse,
y el propio corazón se convierte en carcelero.

Todo lo regalado crece sin fin con vida propia,
y nuestro corazón se convierte en creador.

Guardarse enteramente uno mismo
es la única manera de perderse eternamente
en la esterilidad de la muerte.

Perderse enteramente uno mismo
es la única manera de ganarse eternamente
en el Reino de la vida⁵¹.

UNA PROPUESTA

Comentar esta visión sobre los mayores

«Tienen la hipoteca pagada, los hijos fuera de casa, y son muchos, cada vez más. Se han jubilado y disponen de toneladas de tiempo libre. Por eso se han convertido en unos nuevos reyes del consumo, y por eso las multinacionales se han arremangado para inventar productos y servicios dedicados a un sector de la población que habían olvidado. Los mayores, una categoría de edad a la que nadie

51. B. GONZÁLEZ BUELTA, *Salmos en las orillas de la cultura y del misterio*, MSC, Santo Domingo 1993, 121.

quiere apuntarse, constituyen, en el mundo del mercado, el colectivo formado por quienes tienen más de 55 años. Un grupo que, al convertirse en buen consumidor, escapa de la tercera edad para acceder al elegante anglicismo de *senior*. Antes se dejaba de consumir a cierta edad, pero los mayores de hoy tienen mejor salud, mejor educación y más poder adquisitivo; por eso ocupan buena parte de las mentes pensantes de las empresas» (*El País*, 20-05-07).

¿No acecha el peligro de que el consumo haga pasar la tercera edad en «una habitación sin vistas»?

Sara y Nicodemo: una pareja de escépticos



Supone un gran consuelo para nosotros el que bastantes personajes bíblicos aparezcan con evidentes defectos e imperfecciones. Todo lo contrario de las antiguas biografías de santos que los mostraban llenos de virtudes desde su infancia y que, después de una trayectoria en flecha, morían exclamando «¡Fiat! ¡Alleluia!». Con los hombres y mujeres de la Biblia no ocurre eso, sino que sus reacciones y actitudes son tan semejantes a las nuestras que podemos reconocer en ellos nuestras luchas, resistencias, fallos y búsquedas. Y asistir también a la transformación conseguida por la gracia en ellos nos permite seguir esperando que se produzca también en nosotros.

Sara, la mujer de Abraham, vieja y estéril, puede servirnos de espejo si la vejez amenaza con instalarnos en la actitud escéptica y desengañada de quien está de vuelta de casi todo y acude con frecuencia a la pretendida sabiduría de esos refranes de sabor amargo. Ésa fue la reacción de Sara cuando, sentada a las puertas de la tienda en el encinar de Mambré, escuchó el anuncio de que iba a tener un hijo:

«Abrahán y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus períodos, y Sara se rió por lo

bajo, pensando: “Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?”. Pero el Señor dijo a Abrahán: “¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: ‘¿Cómo voy a tener un hijo, a mis años?’ ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo”. Pero Sara, que estaba asustada, lo negó: “No me he reído”. Él replicó: “No lo niegues, te has reído” (Gn 18,11-15).

La respuesta que recibe va dirigida, no tanto a su risa, cuanto a la incredulidad que refleja y a su realismo, incapaz de trascender sus propios límites. La pregunta *¿Hay algo difícil para Dios?* no va dirigida a las posibilidades de Sara, sino a las de Dios; y su recuerdo encierra una energía subversiva capaz de despertar esperanzas dormidas, invitando a cambiar de perspectivas y de significado: la esterilidad ha perdido su poder de muerte y deja de cerrar el futuro para convertirse en ocasión de irrupción del poder de Dios, dador de vida y de fecundidad. Dios vuelve a revelarse como vencedor de cualquier incapacidad, imposibilidad o límite, porque cuando éstos son reconocidos, aceptados y celebrados, en vez de encerrar en un recinto sin salida, se convierten en la ventana por donde entra la fuerza creadora del Espíritu.

«Allí donde terminan nuestras posibilidades, empiezan las de Dios», nos repiten de mil maneras los autores del Nuevo Testamento: a los de Caná les faltaba vino; los discípulos no tenían más que dos panes y cinco pececillos para alimentar a la multitud; y las mujeres en la mañana de Pascua eran conscientes de no poder mover la piedra del sepulcro. Todos esos «no tener», «no poder contar con», «no ser capaces de...», lo mismo que el «no conocer varón» de María en la Anunciación y la respuesta recibida, irán siempre en la misma dirección: *«No temas... Nada es*

imposible para Dios» (Lc 1,37). «No temas, ten fe solamente» (Mc 5,36), escuchará Jairo de labios de Jesús, casi las mismas palabras dirigidas al padre del niño epiléptico: «Todo es posible al que cree» (Mc 9,23).

Es una suerte para nosotros llegar a tocar el límite en el que ya nos es imposible hacer nada: pasar el umbral de nuestra impotencia exige que nuestro poder limitado sea primero reconocido y tomado en cuenta. La Palabra es capaz de romper los muros de nuestros cansinos pesimismo: el vientre seco de Sara y el nuestro van a poder albergar vida; son el vacío y la pobreza, como lo fue el caos primordial, los que posibilitan a Dios crear novedad; cuando nosotros decimos: «inconveniente», «nunca», «imposible», Él dice: «oportunidad», «ahora», «soy yo quien lo hago».

Dios siempre nos sorprende, siempre excede nuestras estrechas expectativas para abrirse camino a partir de nuestros límites.

Voces en las puertas

«¿Cómo podremos recrear el tono vital en el interior de la Iglesia, cuando estamos sometidos a decepciones que agotan psíquica y emocionalmente? ¿Es posible rehacer la comunión desde la distancia de posiciones y prácticas que duelen gravemente? ¿Seremos capaces de fortalecer el sentimiento de familia sin abandonar legítimas convicciones evangélicas? ¿Quedan espacios para la adhesión leal cuando se vive el exilio interior y la insignificancia social?

»El desgaste del ánimo, la pérdida del entusiasmo y el abandono afectivo no construyen la pertenencia, pero tampoco ignoran las dificultades actuales para sentir con la Iglesia. Si la sumisión y el voluntarismo son caminos cortados, y las amargas o endulzamientos son falsos suce-

dáneos, ¿qué estrategias pastorales se acreditan para construir esperanzadamente la historia y la adhesión al Pueblo de Dios? ¿Dónde se puede cultivar una nueva sensibilidad para sentir con la Iglesia cuando la institución se desgasta y los tiempos resultan otoñales? Cuando todo falla, quedan las “células madre”, aquellas que se identificaron como tesoro escondido, fermento y hontanar de seguimientos. Corresponde a la teología descubrir la capacidad fascinadora de Jesús y su mensaje; y a la pastoral descodificar sus signos ante los desafíos colectivos.

Una de las “células madre” que libera fuerzas motrices para el cambio, pero también conciencia de libertad y responsabilidad disponibles para nuevos dinamismos es la *pasión por lo vivo*: “Dejen el desencanto para tiempos mejores”, reza un graffiti desde un rincón de Centroamérica. Desde el compromiso con la vida no hay espacio para la amargura ni para el desencanto; en ella se alumbran exigencias y esperanzas capaces de suscitar resistencias y nuevas sensibilidades. La fe se ha dado para los descreídos, la esperanza se regala para los desesperanzados, y el amor se pierde cuando no se entrega. La musculatura del ánimo personal y de la resistencia colectiva es la vida misma, trenzada de relaciones y encuentros, de sueños y quimeras, de aspiraciones y deseos. La desilusión y el desencanto se superan mediante objetivos de vida, porque entonces lo secundario y superficial se evapora, las opciones ideológicas se hacen irrelevantes, y el lugar de nacimiento, la clase social y la raza cuentan más bien poco. Cuando los grandes pisotean a los débiles, objetivos de vida son su defensa; cuando la desigualdad entre los países crece, un objetivo de vida es acortar las distancias; cuando niños y niñas malviven en las calles, un objetivo de vida es acercarse a los desvalidos. El desánimo se compadece mal con la pasión por lo vivo. Hay una espiritualidad que sustituye

la relación con lo inerte por la pasión por lo vivo, que se despliega en el cuidado de toda vida, en la promoción de contextos habilitantes y en el reconocimiento de la dignidad de toda persona» (J. García Roca).

Cruzando el umbral

CON NICODEMO

Este personaje, que aparece solamente en el evangelio de Juan, comienza su diálogo con Jesús situándose en el terreno de los «saberes»: «*Dios te ha enviado como maestro, para enseñarnos...*». Pero la respuesta de Jesús debió de resultarle desconcertante: «No se trata de aprender nada, Nicodemo, sino de nacer. El Reino de Dios no es fundamentalmente un objeto de conocimiento: es una vida, una comunicación de vida. No se pasa de la noche a la luz del Reino con un simple progreso en el plano del saber; y del mismo modo que no conoces cómo llega la vida al ser humano dentro del vientre de la mujer encinta, tampoco puedes comprender la obra de Dios que lo hace todo». Frente a la continuidad con un pasado de paciente asimilación, Jesús propone una interrupción, un nuevo comienzo, y echa mano de antiguas tradiciones sobre la acción de un Dios capaz de crear y re-crear, de re-construir, re-hacer y re-novar y que tiene siempre un «agente»: el Espíritu que Dios insufló como aliento sobre el Adán de arcilla y que es capaz de hacer revivir a los huesos secos (Ez 37). Todo el Antiguo Testamento abunda en imágenes de «nuevo nacimiento»: ruinas reconstruidas, heridas curadas, traje de luto convertido en vestido de fiesta, desierto que florece como un jardín, luto cambiado en danza...

Nicodemo responde con formulaciones negativas: la primera, incierta y estupefacta; la segunda, escéptica, re-

velando la convicción de una imposibilidad. Su reacción es «clónica» de la de Sara: la misma resistencia, el mismo escepticismo ante una promesa que supera sus cálculos: se queda con el verbo «nacer», pero lo encierra en la repetición: «*siendo viejo...*», «*volver al seno...*». No es capaz de imaginar nada fuera de una repetición del pasado y lleva la afirmación por el camino de la imposibilidad. Lo mismo que Sara aferrada a su edad, da la vuelta al argumento haciéndolo descansar sobre sus propias posibilidades: se queda en el «*nacer*», pero se le escapa que ese nacimiento es «*de arriba*». Su pregunta es: ¿cómo puede un hombre realizar él mismo ese nacimiento...?

Jesús le responde usando la pasiva: hay que dejar de tomarse a uno mismo como dueño del propio destino, porque todo lo que es verdaderamente importante en la vida no se deja conquistar, sino sólo recibir. Antes de cualquier esfuerzo humano, Dios sienta la base para un nuevo ser del hombre, y por eso no se trata de desandar el camino ni de esforzarse, sino de *ser engendrado*. Es una acción de Dios a la que se responde aceptándola; es una novedad absoluta, muy distinta de poner remiendos, porque de lo que se trata no es de «entrar en el vientre», sino de «entrar en el Reino», es decir, en ese ámbito donde adherirse y vincularse de modo estable a Jesús.

Nuestras propias dudas, escepticismos y torpezas hacen de nosotros unos interlocutores de Jesús tan reticentes como Nicodemo. Como él, nos aferramos a nuestras cerri-les suspicacias: «¿Cambiar a mi edad? ¿Que va a cambiar el otro? ¡Por favor, no me tomen el pelo! Yo estoy con lo del refrán: “Genio y figura, hasta la sepultura...”». ¡Pero si hasta lo dice el Eclesiastés, que ahora le dicen Qohélet: “*Lo que pasó, eso pasará, lo que sucedió, eso sucederá; no hay nada nuevo bajo el sol*”...» (Qo 1,9)!».

Estamos invitados a dejar atrás nuestro aferramiento al pasado, a los viejas prejuicios que niegan a Dios la capacidad de intervenir en nuestra propia vida. Los viejos odres de nuestras convicciones escleróticas pueden estallar ante el vino joven del Reino, si dejamos que irrumpa en nosotros con su novedad.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Un árbol tiene esperanza: aunque lo corten, vuelve a rebrotar y no deja de echar renuevos; aunque envejezcan sus raíces en tierra y el tocón esté amortecido entre terrores, al olor del agua reverdece y echa follaje como planta joven. Pero el hombre muere y queda inerte. ¿Adónde va el hombre cuando expira?» (Jb 14,7-10).

UN TESTIMONIO

«“Por qué te reíste, Sara?” –me preguntó Queturá—. Le respondí: “Tú aún eres joven, pero tu cuerpo te irá enseñando lo que toda mujer aprende al ritmo de la ausencia o presencia de la sangre. Mi risa no era burla, sino sabiduría acumulada en la escucha atenta de mi ser. Yo sabía que la sangre había desaparecido definitivamente de mi cuerpo; que mis tiempos fecundos ya no eran míos, ni tan siquiera como posibilidad; que mis pechos no podían alimentar una nueva vida. El anuncio del final de mi esterilidad tocó la esperanza que latía en mí y halló eco en mi interior. Iba a ser madre de un hijo y matriarca de un gran pueblo. La risa que nacía de una sabiduría acumulada en la experiencia se hacía una con la sorpresa alegre que sentía latir la vida en medio de la muerte. A mi hijo le puse el nombre

de Isaac y se lo expliqué a todos: *Dios me ha dado de qué reír; y todo el que lo oiga reirá conmigo*»⁵².

UNA OPINIÓN

«No se improvisa ser viejo: se va haciendo. Desde el niño, desde el joven, desde el adulto. La vejez tiene dentro todas esas edades ¿Cómo va a estar sola si la acompañan la curiosidad, la sorpresa y la admiración que formaron su infancia; el entusiasmo, la generosidad, el ímpetu que formaron su juventud; la reflexión, la ponderación y la serenidad que formaron su madurez? La soledad del viejo es el producto de las anteriores. [...] Para ello no hay que mirar atrás con insistencia; no hay que empeñarse en que este sentimiento, esta mano, este mediodía hubiesen sido más hermosos hace veinte o cuarenta años: la vida es hoy; lo anterior fue un modo, bueno o malo, de llegar hasta aquí» (A. Gala).

UNA ESTADÍSTICA

«En la actualidad hay casi medio millón de personas mayores de sesenta y cinco años (437.800) que cuidan diariamente niños, el 6,3 por 100 de las personas de edad; pero en los años difíciles del desarrollo y la emigración fueron muchos más. Aunque la encuesta no dice que sean sus nietos, puede imaginarse que es así en la mayoría de los casos. Hoy lo más frecuente es que les dediquen menos de veinte horas semanales, pero algunos les dedican mucho más tiempo, unas veintidós horas semanales. Si las abuelas hicieran huelga de cuidar nietos y enfermos mayores,

52. E. ESTÉVEZ, «Historias de vida. Se convertirá en naciones»: *Cuadernos de oración* 145 (1997), 27.

su efecto sobre la economía nacional sería mucho más decisiva que la huelga de conductores de autobuses o de controladores aéreos»⁵³.

UNA PROPUESTA

Hacer recuento de algunos proyectos frustrados del tipo:

- «Yo siempre tuve en el horizonte aprender a conducir en cuanto tuviera tiempo, hasta que de pronto me di cuenta de que ya se me había pasado la edad».
- «Siempre quise llegar a hablar bien inglés, pero ya he abandonado mi sueño porque, después de tanto esfuerzo, los nativos sólo me entienden cuando digo frases elementales del tipo: «I have a dog» o «My taylor is rich», informaciones por las que suelen mostrarse escasamente interesados».

53. M^a A. DURÁN, *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Espasa, Madrid 2007, 57.

Inconvenientes y oportunidades



En un conocidísimo chiste de Forges, Concha despierta a Mariano diciéndole: «Mariano, las siete», y él contesta: «Que pasen». Parodiando la escena, podemos recomponer esta otra: suena una y otra vez en nuestra puerta el timbre que anuncia la visita casi inexorable de Doña Lentitud y Doña Debilidad y, reacción normal y lógica, decimos: «¡Qué visitantes tan intempestivas y tan pesadas! Diles que he salido, que vuelvan otro día».

El objetivo de este capítulo es despojar de su máscara de ferocidad a éstas y a otras incómodas visitantes y tratar de descubrir su rostro amable (¡tan oculto!) y las novedades positivas de que son portadoras, si es que nos decidimos a encargar a un comité de bienvenida que les reciba de nuestra parte diciendo: «Que pasen».

Como los inconvenientes del envejecimiento están a la vista y en boca de todos, no es necesario invertir tiempo en comentarlos, mientras que el discurso sobre las oportunidades que ofrece es mucho más escaso, y por eso merece la pena dedicarle atención.

No sé cuántos de nosotros estaríamos de acuerdo con esta afirmación aparecida en un periódico francés: «En nuestras sociedades la gratuidad es tan esencial como la rentabilidad, la precariedad como la seguridad, la debilidad y la contemplación como la actividad». Y ya, puestos

a seguir, podríamos añadir: «la fragilidad como la fuerza, la frugalidad como el consumo, la interioridad como la exterioridad...».

Puede ser interesante que nuestro comité de bienvenida haga un *master* acelerado de mentalización y se disponga a cambiar de paradigma para salir a recibir en condiciones a Doña Lentitud, responsable, entre otras cosas, de que nuestros pasos no sean tan ágiles como antes, de que nuestra memoria se esté volviendo torpe y de que tardemos el doble de tiempo en hacer las cosas que antes despachábamos en un santiamén.

Quizá al volver nos comuniquen algunas de las convicciones que expone Carl Honoré en su libro *Elogio de la lentitud*:

«“Rápido” equivale a atareado, controlador, agresivo, apresurado, analítico, estresado, superficial, impaciente y activo; es decir, la cantidad prima sobre la calidad. “Lento” es lo contrario: sereno, cuidadoso, receptivo, silencioso, intuitivo, pausado, paciente y reflexivo; en este caso la calidad prima sobre la cantidad. [...] La filosofía de la lentitud puede resumirse en una sola palabra: equilibrio. Las personas descubren energía y eficacia allí donde quizá menos la habían esperado: en el hecho de hacer las cosas más despacio. Mientras el resto del mundo sigue rugiendo, una amplia y creciente mayoría está inclinándose por no vivir con el motor acelerado al máximo y crear espacios para la lentitud. Todo mejora cuando se prescinde del apresuramiento. Ser lento significa que uno controla los ritmos de su vida y decide qué celeridad conviene en un determinado contexto»⁵⁴.

54. C. HONORÉ, *Elogio de la lentitud. Un movimiento mundial que desafía el culto a la velocidad*, RBA, Barcelona 2005, 21-25.

«Despacio, no tengas prisa –decía Juan Ramón Jiménez–, que donde tienes que ir es a ti mismo».

Enviemos también a nuestro comité de bienvenida a reciclar sus ideas acerca del significado de la *debilidad* para poder acogerla convenientemente cuando toque el timbre. Escuché una vez a Jean Vanier decir que todos nacemos débiles y morimos débiles, pero que nos pasamos la mayor parte de nuestra vida tratando de disimular lo débiles que somos. Posiblemente hayamos cargado demasiado tiempo con un disfraz de personas prepotentes y capaces de todo, pero ahora entramos en una etapa de liberación de roles en la que muchas de esas máscaras se vienen al suelo, y con un poco de suerte empezamos a ser y a dejarnos ver como realmente somos: hombres y mujeres con luces y sombras, con cansancios, fragilidades y equivocaciones, con necesidad de querer y de que nos quieran y nos cuiden.

Voces en las puertas

Jean Vanier, fundador de las comunidades de «*El Arca*», en las que conviven personas con minusvalías psíquicas junto con «asistentes», hace estas afirmaciones sobre «La fuerza de la vulnerabilidad»⁵⁵:

«La persona con una minusvalía, y quizá todo pobre, es una fuente de vida porque, desde esa situación de pobreza en que se encuentra y desde su incapacidad para salir de ella por sí mismo, desea profundamente el amor y la amistad y vive esencialmente de los valores del corazón. Es evidente que ése es el punto central del ser humano, pe-

55. *Christus* (Juin 2006), 210-212.

ro muchos no lo saben. Y es también evidente que sólo así podrá cambiar nuestro mundo.

»Hay personas que nos devuelven absolutamente a la visión esencial, filosófica, teológica y espiritual que es la del Evangelio. En eso consisten las bienaventuranzas: “Dichoso, feliz, amado por Dios, el pobre de espíritu, el que llora, el que tiene hambre y sed de justicia, el limpio de corazón, el que busca la paz, el perseguido”. El corazón del Evangelio, el misterio del Dios de Jesús es su voluntad de levantar a los pequeños y hacer que descendan del trono los poderosos.

»La fragilidad consigue que despierte lo que hay de más divino en nosotros y que comprendamos lo que tenemos endurecido y herido, y eso es una fuerza de vida para la relación: “¿Me amas? ¿Quieres venir a vivir conmigo?” Ésa es exactamente la llamada de Jesús y es la fuerza de la vulnerabilidad. Cuando se es pequeño, cuando se necesita del otro y se es capaz de expresarlo, se descubre la raíz y el cimiento del amor, porque la comunidad está edificada sobre la debilidad de cada uno, que encuentra su fuerza en los demás. Los cimientos de ese cuerpo que es la comunidad son la debilidad, la pequeñez y la vulnerabilidad de cada uno y de todos.

»La fragilidad revela quiénes somos y es un verdadero enigma al que sólo puede responder la fe. Personas que, según los criterios imperantes, carecen de valor, son por el contrario portadoras de valores extraordinarios: los valores del corazón, de la fidelidad, del amor. Son una palabra de Dios para hacernos comprender que también nosotros tenemos limitaciones en el cuerpo, en el psiquismo o, al menos, en el espíritu. En eso consiste su misterio. Cuando acogen su propia pobreza nos están diciendo: “Tienes el derecho de ser pobre”, mientras que la sociedad nunca nos dice eso, sino esto otro: “Tienes que ser rico y fuerte, tie-

nes que ganar dinero y ser competitivo. Si no lo eres, no hay sitio para ti en la sociedad”. En cambio, el pobre nos dice: “Tienes derecho a ser pobre y a acoger tu humanidad: tienes derecho a encontrar tu lugar, no necesitas ser el salvador del mundo, alégrate de ser tú mismo, porque si te descubres a ti mismo, descubres que eres amado por Dios y tienes derecho a ser como eres. No entres en el juego de los engaños, no pretendas ser mejor que los demás: acepta sencillamente que eres un ser humano”».

Cruzando el umbral

CON EL PROFETA JEREMÍAS

Pocos personajes bíblicos acumulan en su vida tantos «inconvenientes», dificultades, conflictos y controversias como Jeremías: no le escuchan, es perseguido y objeto de burla, carece de vida privada en la que refugiarse, su familia se le opone, lo rodean los enemigos y las maquinaciones, padece contradicción, detención y torturas... En muchas ocasiones se queja, hace preguntas, se resiste a vivir contra corriente, expresa sus sentimientos de dolor y soledad, se atreve a cuestionar a Dios, y su propia existencia le parece maldita. Pero lo misterioso de su itinerario reside en la fuerza inquebrantable de una personalidad cuyo oficio se había vuelto problemático; y aunque vivió envuelto en una confusión que le destrozaba, lo aceptó todo en una obediencia que parecía sobrehumana. Fue conducido de la resistencia al consentimiento, y ésa fue su gran «oportunidad».

Una escena de su vida se convierte en parábola de toda su existencia: había ido dictando todas sus palabras a Baruc, su secretario, para que las fuera escribiendo en un

rollo. Aquel rollo representaba toda la misión profética de Jeremías, la obra de toda su vida, el esfuerzo de comunicar la palabra del Señor a Israel. Un día envió a Baruc para que leyese públicamente sus oráculos, que denunciaban la situación de infidelidad e injusticia que estaba poniendo en peligro a la ciudad y sus habitantes. El escándalo que produjeron y el revuelo en la corte fueron tales que ambos tuvieron que esconderse. El rollo fue a parar a manos del rey Joaquín, el cual, en presencia de toda la corte, fue cortando cada columna del rollo con un cortaplumas y arrojándolas a un brasero encendido, hasta que todo quedó reducido a cenizas. El significado del gesto era claro: desprecio absoluto por las palabras del Profeta, intento aparentemente conseguido de aniquilar una Palabra que provenía de Dios pero que resultaba incómoda para sus planes. Y, como consecuencia, fracaso rotundo de toda la actuación de Jeremías. El lector se queda consternado: ¿va a ser éste el destino de la Palabra?; ¿van a triunfar sobre ella el mal y la destrucción?; ¿habrá sido inútil la misión del profeta?

El final del capítulo es sobrecogedor:

«Vino a Jeremías esta palabra del Señor: “Toma otro rollo y escribe en él todas las palabras que había en el primer rollo, quemado por Joaquín, rey de Judá. [...] Jeremías tomó otro rollo y se lo entregó a Baruc, hijo de Nerías, el escribano, para que escribiese en él, a su dictado, todas las palabras del libro quemado por Joaquín, rey de Judá. Y se añadieron otras muchas palabras semejantes» (Jr 36,29-32).

Lo que el narrador, con una sobriedad más elocuente que cualquier ponderación, está diciendo a través de esa sencilla observación es: *la Palabra de Dios permanece pa-*

ra siempre. Más allá de cualquier intento de olvidarla, prescindir de ella o quemarla, se mantiene en pie, y nada ni nadie podrá acallarla. Y con ella, la misión de aquellos que han aceptado ser sus portadores. Jeremías, sin dejarse vencer por el fracaso, se pone a dictar de nuevo su mensaje, y Dios se encarga de añadir *«otras muchas palabras»*.

Ante la derrota y el quebranto, el profeta no cede al desánimo y escoge la tozuda esperanza. Confía en una Palabra más fuerte que su propia frustración y consiente que Dios escriba algo nuevo sobre las ruinas de su primer proyecto. El inconveniente se había convertido para él en oportunidad, y la pérdida en ganancia.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Hijo mío, cuando caigas enfermo, no te descuides, reza a Dios, y él te hará curar; pero da lugar al médico, y no te falte, pues también lo necesitas a él; hay momentos en que de él depende el éxito, y también él reza a Dios para que le dé acierto al diagnosticar y al aplicar la medicina saludable. Peca contra su Hacedor el que se hace fuerte frente al médico» (Sir 38,9-15).

UN TESTIMONIO

«De pronto me puse enferma. Comencé a sentir la fragilidad de mi cabeza. Dudaba yo de muchas cosas y, lo que es aún peor, dudaban los de alrededor de casi todas mis afirmaciones y hechos. Hasta entonces tenía yo una mente bastante ágil, pero desde ese momento paso muchos ratos envuelta en dudas o sentada frente al ordenador, o ante un armario, o ante una persona, sin otra seguridad que la du-

da y con la terrible sensación de que ni yo misma me puedo fiar ya de mí. Algún día mis lágrimas van a producir un cortocircuito en mi ordenador... Hasta ese momento había sido yo la dueña de mi vida, pero desde que salí del hospital, fueron los otros los dueños de mis diagnósticos y mis itinerarios sanitarios. Había perdido ese ritmo acelerado que tanto me gustaba. He sido una mujer que ha exprimido la vida al máximo, que ha vivido locamente “en quinta”..., y ahora tengo que aprender a vivir “en primera”, a ir despaciosamente por la vida y con los otros. Me gustaba ir delante y tirar... Hoy voy detrás, dejándome cuidar y empujar. Esto es lo mejor que me ha traído la enfermedad. De pronto, yo, que iba en cabeza, ahora estoy aprendiendo a ir detrás ayudada por otros»⁵⁶.

UNA OPINIÓN

«En la tradición de la artesanía japonesa se habla del talante artesano como de un estilo de vida y modo de trabajar del que pone en ello toda su alma, gastando tiempo en cada detalle de su obra, produciendo cada objeto como si fuera el único de su clase. El “no actuar” parece que se trata de no hacer nada y quedarse cruzado de brazos, pero no es así. Al contrario, se trata de percatarse de lo mucho que se puede hacer dejando de hacer, dejando estar las cosas y pasar los acontecimientos; y, sobre todo, dejando ser a las personas...»⁵⁷.

56. M.P. AYERRA, «Lo que la enfermedad va haciendo en mi vida»: *Sal Terrae* (Oct. 2003), 735-747.

57. J. MASIÁ, *Aprender de Oriente. Lo cotidiano, lo lento, lo callado*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1998, 19-20.

«David Rooney, director de la sección de relojería del Museo de la Ciencia de Londres, decidió un día abordar su manía obsesiva de medir el tiempo. En vez de inquietarse por los milisegundos perdidos, ahora lleva un reloj de cuerda de los años sesenta que suele tener unos cinco minutos de retraso. Lo ha elegido porque éste simboliza que ha recuperado la dimensión dominante en relación con el tiempo. “Ahora tengo la sensación, dice, de que el tiempo trabaja para mí, y no al revés, y me noto menos apremiado. No me apresuro tanto”»⁵⁸.

UNA PROPUESTA

Contarnos cómo acogemos en nuestra sala de visitas a *Don Ya-nunca* y a *Doña Antes-yo...* Porque podemos hacer que salgan a recibirles *Doña Nostalgia López* y *Don Quintín el Amargao*, que les hacen la visita entre suspiros, recriminaciones y lamentos. Pero disponemos también de otros recursos de recepción: por ejemplo, soltar al bendito humor que sale moviendo la cola y dando lametones a la visita, recordándonos que, desde Atapuerca, llevan los seres humanos envejeciendo... y no ha pasado nada, salvo que se han muerto.

58. C. HONORÉ, *Elogio de la lentitud*, cit., 85.

Mayores en movimiento



El título es un eslogan municipal para animar a la población de mayores a hacer ejercicio y apuntarse a actividades lúdicas y culturales. No está mal la recomendación, porque uno de los peligros de la tercera edad es el estancamiento y el abandono de la actividad física, con sus nefastas consecuencias. Pero como de esto ya se ocupan bastante las instancias cívicas y sanitarias, podemos reflexionar aquí sobre otras «atrofias» que nos afectan más allá de nuestra corporalidad: esa retahíla de sentimientos negativos que se hacen presentes al tomar conciencia del proceso de envejecimiento (apatía, lamentos, amargura, desaliento, malhumor...) y que pueden paralizar nuestra energía. Llamen a nuestra puerta «pensamientos asesinos» del tipo: «he desperdiciado la vida...»; «ya es demasiado tarde para...»; «lo que me espera ahora es cada vez más deterioro y menos fuerzas...»; «ya se ha pasado para mí el tiempo de la ilusión y de los proyectos...».

Somos muy dueños de adentrarnos en esas arenas movedizas que acabarán por atraparnos en su negatividad, pero nadie nos obliga a elegir ese camino, y podemos escoger otras alternativas. Recuerdo una escena de la película *El piano*: la protagonista se aleja de la isla donde ha vivido una terrible crisis amorosa, y la barca que la lleva

transporta también el piano que es toda su pasión. Llevada por la desesperación y deseando la muerte, se ata el pie a una de las patas del piano, lo empuja por la popa y se hunde irremediabilmente con él. Pero, al llegar al fondo, su instinto vital la lleva a desprenderse de la bota que la amarraba al piano y, tomando impulso, vuelve a subir a la superficie.

Lo que sigue es una descripción de alguno de esos «pianos» a los que podemos vivir amarrados y que nos arrastran en su caída: «La cena a las nueve y cuarto, la lámpara al lado izquierdo de la cama, la butaca en ángulo de cuarenta y cinco grados con el balcón. Más de dos y tres ancianos, de los que se creyó que habían muerto de un gran amor, murieron realmente por haber sido privados de algún inveterado hábito»⁵⁹.

Ésa es la tentación, y ahí está el peligro: en el estancamiento y el atornillamiento en las viejas costumbres; en el abandono de proyectos y la estrechura de perspectivas; en la convicción, conservada con cuidadoso esmero, de que ya es demasiado tarde para todo lo que suponga novedad, apertura, cambio o desplazamiento. «Lo que no se usa se pierde»: este lema, tan convincente para estimular el ejercicio físico, vale también para esos otros músculos interiores que mantienen nuestra vitalidad: crecer, buscar, explorar, desarrollarnos, hacernos preguntas.

«Cuando dejas de crecer, envejeces», afirma una persona de 80 años. Los nuevos conocimientos y habilidades, la curiosidad, las nuevas maneras de mirar el mundo... mantienen la mente y el cuerpo en crecimiento; mientras así sea, se expresa la tendencia natural del ser nuevo a ca-

59. J.M. CABODEVILLA, *Treinta y dos de Diciembre: la muerte y después de la muerte*, BAC, Madrid 1969, 64.

da segundo. «No hay punto en la vida en el que pueda abandonarme a mí mismo o darme por vencido; no hay tiempo en el que pueda decir que he terminado o que Dios ha terminado de crearme. Si la vida eterna significa algo, también significa eso: la creación continua a través de todas las etapas y edades de la vida. No soy solamente la obra de arte de Dios, estoy participando de la infinita creatividad; y si Dios es infinito, el sueño de Dios para mí también lo es. Mi muerte es mi último gran nacimiento. Aquí como en un espejo, oscuramente, reflejo a Dios; después, cara a cara, floreceré y daré frutos, Dios se manifestará por toda la eternidad. La vida es en todas sus etapas una gloriosa aventura»⁶⁰.

¿En qué dirección emprender esa aventura? éstas, podrían ser dos de sus direcciones:

- Un movimiento *hacia dentro*, hacia el mundo inexplorado de la interioridad, ese espacio frecuentemente tan desconocido: «A medida que envejezco –afirma Rosa Montero– voy valorando más y más el descubrimiento del propio lugar como medida de la madurez, como conquista fundamental de la sabiduría vital. Ese lugar no es un espacio público, es decir, no tiene nada que ver con el éxito social. Es un sitio interior, algo así como una ligereza en la asunción de todas las capas de lo que uno es, aquellas que sé nombrar y aquellas para las que no tengo ni tendré nunca palabras. Es ese espacio íntimo desde el que no necesito preguntarme quién soy ni representarme para los demás. Un lugar de sereni-

60. A. BRENNAN – J. BREWI, *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2002, 69.

dad probablemente inalcanzable, desde el que se deben entender los secretos de la muerte y de la vida»⁶¹.

El Evangelio viene a decir lo mismo con otras imágenes: Jesús contrapone dos tipos de personas (¿dos etapas de la vida?): las que, pendientes de la opinión ajena, se mueven en la exterioridad de las «*esquinas de las plazas*» y las que son capaces de «*cerrar la puerta*» y «*entrar en lo escondido*», sabiendo que ahí, en lo más hondo de su persona, sólo les alcanza la mirada amorosa del Padre (Mt 6,5-6). Somos una interioridad habitada y contamos con la asombrosa promesa de Jesús: «*Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él*» (Jn 14,23). Santa Teresa decía a sus monjas: «¡Hijas, que no estáis huecas!»; y les hablaba de un «castillo interior con muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma»⁶².

- El otro movimiento sería *hacia arriba*, para ir alcanzando nuestra verdadera «estatura personal». Jung estaba convencido de que la larga vida nos es dada para la plenitud, el desarrollo de la personalidad, el crecimiento de la consciencia, la individualización y la cultura. Hay un desarrollo de la personalidad que puede y debería continuar en la mediana y tercera edad y que sólo puede darse con la prolongación de los años. La vejez es para el desarrollo interior y exterior, no para el declive. Aún quedan vestigios de un modelo arcaico de

61. R. MONTERO, «En busca del lugar»: *El País Semanal*, 7-XI-1999.

62. TERESA DE JESÚS, *1 Moradas*, cap. 1: 3.

envejecimiento consistente en «dejarse estar», sin buscar con imaginación y creatividad una nueva manera de vivir. En los comienzos de la vida somos lo que se nos deja ser; pero la vida adulta y, de una manera más acuciante, «las puertas de la tarde» nos desafían a trascender y completar nuestro verdadero ser y perfeccionar todas nuestras capacidades. Dice Joan Erikson: «Con gran satisfacción he encontrado que la “trascendencia” se hace mucho más viva si se convierte en *trascendencia*, que habla al alma y al cuerpo y los desafía a elevarse por encima de aquellos aspectos distónicos y pegajosos de nuestra existencia mundana que nos cargan y nos apartan del verdadero crecimiento y aspiración. La *trascendencia* puede ser una recuperación de las viejas habilidades, incluyendo el juego, la actividad, la felicidad, la canción y, por encima de todo, un salto enorme por encima y más allá del miedo a la muerte. Nos ofrece una apertura hacia lo desconocido con un salto de confianza. La *trascendencia* es un arte, está viva, canta, hace música, y me abraza a mí misma al oír la verdad que le susurra a mi alma. La gran danza de la vida puede transportar al reino de la actividad cada parte de nuestro cuerpo, alma y espíritu. Estoy profundamente conmovida, pues estoy haciéndome mayor y me siento raída, y de repente nuevas riquezas se me presentan e iluminan cada parte de mi cuerpo, alcanzando la belleza por doquier»⁶³.

63. E.H. ERIKSSON, *El ciclo vital completado*, Paidós, Barcelona 2000, 130-131.

Voces en las puertas

«“Como el roble está latente en el fondo de la bellota, la plenitud de la persona humana, la totalidad de sus posibilidades creadoras y espirituales está latente en el ser humano incompleto que espera en silencio la oportunidad de florecer”. Esta frase del psicólogo I. Progoff expresa una convicción esperanzada en el dinamismo escondido que existe en la naturaleza y en el ser humano para llevar a plenitud aquello que esconde como secreto de su identidad. Hay en la persona un principio de dirección y un lugar profundo que no cesan de impulsar al individuo desde su interior hacia su realización personal y transpersonal. Es la psique profunda, la “semilla de plenitud”. En el protoplasma de cada especie (un roble, un colibrí o un ser humano) hay un principio rector que conduce al organismo en su proceso hacia la plenitud que le es posible en cuanto forma específica de vida. Cuando un ser humano siente el impulso interior de indagar la verdad, escribir libros, pintar cuadros, componer música..., lo hace empujado por ese dinamismo interior. Siguiendo la imagen de Progoff, diríamos que el proceso de transformación de la bellota en roble es posible porque la bellota sabe, a su manera, hacia dónde se dirige y cómo alcanzar esa meta; es decir, cuenta con recursos propios y con la dinámica necesaria para realizar su plenitud específica, a no ser que no dialogue suficientemente con los mensajes que emanan constantemente de sus profundidades seminales.

»La profundidad plena está ya en la semilla de la persona y se actualiza si ésta se permite ser lo que por naturaleza le corresponde ser. Y así como existe un “destino” en la bellota que no puede menos de convertirse en roble y no en rana, un “proyecto roble” que la bellota se esfuerza por actualizar impulsada por su dinámica interior, de la

misma manera hay en el ser humano un proyecto de plenitud que se esfuerza por actualizarse impulsado por su dinámica interna.

»Y así como la bellota no es una entidad aislada, sino producto y herencia de una larga ascendencia de robles, que son a su vez miembros de una especie biológica determinada y piezas orgánicas del universo, tampoco el individuo humano es una entidad aislada, sino integrada en una realidad más amplia de la que recibe energía: la especie humana, el cosmos. Y los creyentes afirmamos: el proyecto creador de Dios y la fuerza de su Espíritu.

»Todos llevamos dentro esa semilla de plenitud sembrada en lo más hondo de nosotros mismos, grávida de todas las posibilidades de esta forma particular de vida que se llama ser humano (hombre o mujer) y constantemente en proceso de crecimiento hasta su plenitud. Es simultáneamente semilla de crecimiento físico y mental, semilla de creatividad en todos los campos accesibles al hombre, y también “semilla de divinidad”.

»La vida humana es un proceso siempre en marcha, es un reflejo del proceso evolutivo del mundo en su conjunto, con sus demoras y sus desvíos, sus ciclos y sus fases, que paso a paso, inexorablemente, avanza hacia su plenitud.

»Por eso cada uno de nosotros debe preguntarse: ¿hacia dónde se encamina mi vida?; ¿qué está mi vida deseando llegar a ser?; ¿qué pide la vida de mí?»⁶⁴.

64. J.V. BONET, «La parábola de la bellota y el roble: la semilla de plenitud», en (C. Alemany [ed.]) *Relatos para el crecimiento personal*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1996, 49-71.

Cruzando el umbral

CON PABLO

«No pretendo decir que haya alcanzado la meta o conseguido la perfección, pero me esfuerzo por ver si la alcanzo, por cuanto yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no me hago ilusiones de haber alcanzado la meta; pero, eso sí, olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno hacia lo que está delante y corro hacia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto por medio de Cristo Jesús» (Flp 3,12-14).

La imagen de este «Pablo en movimiento» nos invita a examinar cuál es nuestra relación con «lo que queda atrás». Volver una y otra vez al pasado es una postura frecuente en la vejez y que posee una gran carga de ambigüedad: puede ser una opción «biófila» que nos llene de agradecimiento y nos proporcione un talante de bendición y de alegría; pero puede convertirse también en una costumbre «necrófila» que nos devuelva el pasado como un peso que nos lastre, un cúmulo de ocasiones perdidas o un rosario de nostalgias irrecuperables. O que nos impulse a magnificar el ayer e idealizarlo, incapacitándonos para descubrir lo que de nuevo y sorprendente nos trae el hoy.

Si esa tendencia nos aletarga, estanca y anquilosa, tendremos que escuchar la propuesta de Pablo: *«Olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno hacia lo que está delante...»*, y darle la razón a las palabras de Isaías.

*«No recordéis lo pasado, no os fijéis en lo antiguo.
Mirad que yo estoy haciendo algo nuevo,
ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,19).*

El futuro es *«lo que viene»*, es *«lo nuevo»* hacia lo que nos empuja el Dios creador, empeñado en completar la

obra que ya tiene comenzada en nosotros y que aún no ha terminado. *«El que comenzó en vosotros la obra buena la terminará»*, recordaba Pablo a los Filipenses (1,6). Y tiene por costumbre *«no abandonar la obra de sus manos»* (Sal 138,8).

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

*«Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti;
en el seno tú me sostenías, siempre he confiado en ti.
No me rechaces ahora en la vejez;
cuando me faltan las fuerzas, no me abandones»*
(Sal 71, 7-9).

UN TESTIMONIO

«Por la mañana, en mi pueblo, suelo salir para comprar los periódicos, aunque luego, como buen jubilado que soy, más los ojee que los lea, o que lea lo menos importante, como son los deportes. Al comprar algo en el súper o en el mercado, alguna de las cajeras me otorga, sin saberlo, el carnet de jubilado al saludarme o despedirme con un “hola, cariño” o “gracias, guapo”: si no estuviera en la edad de jubilado, no me lo dirían; pero se lo agradezco.

Si hace buen tiempo, voy hasta lo que llamo el parque de los jubilados, que es una pequeña agrupación de sillas y bancos donde ellos acuden, hablan, pasan la mañana. Les suele caracterizar el uso del bastón porque su movilidad es precaria, y también un cierto buen humor. Me han admitido como un ocupante más, durante media hora, de sus bancos, Una característica común en la conversación

es el respeto. Cada uno tiene sus problemas, de salud o de convivencia con su familia, pero se habla poco de ello. Como apenas se habla de política o incluso de fútbol o de televisión, parece como si vivieran en un reino aparte. [...] Los jubilados suelen ser más benevolentes al comentar la atención que reciben de sus hijos, mientras que las jubiladas se muestran más quejas, especialmente con respecto a sus nueras. Con todo, para unos y otras, pienso que lo más importante, lo que da un tono distinto a sus vidas, es la relación con sus nietos. Puede ser su gran alegría y también, en muchos casos, su gran servicio. Se levantan del banco, dicen que deben ir a buscar al nieto a la salida de la escuela. Y el nieto viene exultante para abrazar al abuelo. Envidia me da»⁶⁵.

UNA OPINIÓN

«“Todo lo flexible y fluyente tenderá a crecer; todo lo rígido y bloqueado se marchitará y morirá” (Tao Te Ching). La adaptabilidad se puede definir como el estar libre de respuestas condicionadas. Ante un problema, una persona adaptable permite que la solución se presente por sí misma, confiando en su propia capacidad de enfrentarse a desafíos difíciles. Al crear un mínimo de ansiedad, conflicto, preocupación o falsas expectativas, promueven un uso muy eficiente de sus energías físicas y mentales. El denominador común de toda la gente adaptable es que se esfuerzan diariamente en mantener la conciencia abierta. No hay en la vida propósito más elevado que tratar de abrir la conciencia hasta experimentar la realidad en todo su impacto, con toda su belleza, su verdad, su maravilla y su carácter sagrado»⁶⁶.

65. J. GOMIS, en *El Ciervo* (Junio 2007),16.

«Don Bosco era una candela que se iba extinguendo. Le costaba trabajo hablar y respirar. Decía bromeando a los visitantes: “Busco dos fuelles de recambio. Los míos ya o funcionan”. Viene a verle un antiguo alumno y trae a su hijo para que lo bendiga. Cuando sale de la habitación, Don Bosco hace señas a Don Rúa, que se inclina hacia él: “Sabes que pasa sus apuros –le susurra–; págale el viaje en mi nombre”. En el patio, lleno de muchachos, reina un silencio insólito. Hasta los más pequeños miran hacia aquella ventana tras la cual se está muriendo su gran amigo»⁶⁷.

UNA PROPUESTA

Comentar estas sabias palabras de Jorge Luis Borges:

«Después de un tiempo,
uno aprende la sutil diferencia entre sostener una mano y
encadenar un alma,
y uno aprende que una compañía no significa seguridad,
y uno empieza a aprender a aceptar sus derrotas con la cabeza alta y los ojos abiertos,
y uno aprende a construir todos sus caminos en el hoy,
porque el terreno de mañana es demasiado inseguro para planes,
y los futuros tienen una forma de caerse en la mitad.
Así que uno planta su propio jardín y decora su propia alma,
en lugar de esperar a que alguien le traiga flores
Y uno aprende que realmente puede aguantar,
que uno realmente es fuerte,

66. Deepak CHOPRA, *Cuerpos sin edad, mente sin tiempo*, Ediciones B, Barcelona 2006, 113.

67. T. BOSCO, *Don Bosco. Una biografía nueva*, CCS, Madrid 1979, 439.

que uno realmente vale,
y uno aprende y aprende...
y con cada día uno aprende.
Con el tiempo comprendes
que sólo quien es capaz de amarte con tus defectos,
sin pretender cambiarte,
puede brindarte toda la felicidad que desees.
Con el tiempo aprendes
que las palabras dichas en un momento de ira
pueden seguir lastimando a quien heriste, durante toda la
vida.
Con el tiempo aprendes
que disculpar cualquiera lo hace,
pero perdonar es sólo de almas grandes.
Con el tiempo te das cuenta
de que cada experiencia vivida con cada persona es
irrepetible.
Con el tiempo te das cuenta
de que en realidad lo mejor no era el futuro,
sino el momento que estabas viviendo justo en ese instante.
Con el tiempo verás
que, aunque seas feliz con los que están a tu lado,
añorarás terriblemente a los que ayer estaban contigo y
ahora se han marchado.
Con el tiempo aprenderás que intentar perdonar o pedir
perdón,
decir que amas,
decir que extrañas,
decir que necesitas,
decir que quieres ser amigo,
ante una tumba, ya no tiene ningún sentido.
Desafortunadamente, sólo con el tiempo...».

Dinos una palabra



«¡Padre, deme una palabra!». A principios del siglo IV de nuestra era, cuando el cristianismo estaba a punto de convertirse en religión oficial del Imperio e impregnar las costumbres de la sociedad pagana, comenzó a resonar con insólita frecuencia esta petición de desconcertante sencillez en los desiertos de Egipto y de Palestina, de Siria y de Persia. Visitantes ocasionales o hermanos inexpertos acostumbraban a dirigirse así a un “anciano” para pedirle una enseñanza que, nacida de su experiencia de vida en el Espíritu, pudiese resultar de valiosa ayuda en la senda tras las huellas del Señor; *una palabra para la vida* que, exigida por la experiencia cotidiana, pudiese dotarla de un *sentido*; una palabra proveniente del exterior, pero capaz de descender hasta las profundidades del ser; un acontecimiento externo capaz de orientar la interioridad del oyente»⁶⁸.

Al hacerlo, no hacían más que insertarse en la cadena de tradición de sus antepasados bíblicos:

*«Lo que oímos y aprendimos
y nos contaron nuestros padres*

68. E. BIANCHI, *Palabras de la vida interior*, Sígueme, Salamanca 2006, 13.

*no lo encubriremos a sus hijos,
lo contaremos a la siguiente generación:
las glorias del Señor, y su poder,
y las maravillas que realizó
para que ellos sucedieran y se lo contaran a sus hijos,
para que pusieran en Dios su esperanza
y no olvidaran las hazañas de Dios...» (Sal 78,3-6).*

Recuerdo un ejercicio que nos invitó a hacer José Antonio García-Monge en uno de sus cursos: imaginar que iban a ser borradas todas las palabras de nuestro vocabulario, excepto tres que había que elegir para expresarnos y andar por la vida. Tenían que ser palabras esenciales para cada uno, y había que elegirlas despacio, sin forzar nada, ensayando una tras otra hasta encontrar las que mejor expresaran la propia experiencia personal, creyente, de relación... Observar lo que se sentía al pronunciarlas ante las personas con las que se iba uno encontrando e imaginar lo que nos diría Jesús si se las dijéramos a él.

Cuando se está cruzando ya el umbral de las «puertas de la tarde», la propuesta cobra un nuevo interés, porque empezamos a tener la sensación de que no podemos desperdiciar palabras y que nos queda menos tiempo para llegar a pronunciar vitalmente aquellas a las que nos sentimos llamados y que nadie más que nosotros podrá expresar.

A todos nos habita la pretensión de dejar una huella y permanecer de alguna manera en la memoria de otros, y quienes nos rodean pueden desear también recibir una palabra nuestra, ahora que la experiencia de vida nos ha capacitado para ofrecerla. ¿Cuál será entonces esa palabra o palabras que desearíamos decir? ¿Por qué demorar más el momento de elegirlas, de acariciarlas internamente, de preparar el modo de decirlas y de llegar a pronunciarlas, más con actitudes y gestos que con los labios? Podemos

evocar los nombres de hombres y mujeres de Dios y detectar en ellos cuáles fueron las palabras de vida que pronunciaron en su ancianidad, el legado que dejaron, el testigo que pasaron a las siguientes generaciones. Los que convivieron con ellos en su vejez (pensemos en personalidades recientes, como Juan XXIII, Teresa de Calcuta, Pedro Arrupe...) ¿no han dado testimonio de la bondad, anchura de corazón y sabiduría que irradiaban?

Estupenda ocasión, la de los aldabonazos de la edad, para olvidar viejas palabras desgastadas por el uso, pronunciadas para afirmar nuestro yo o para conseguir aprobaciones ajenas y sustituirlas por palabras esenciales, nacidas del espíritu, que salen del corazón y se dirigen al de los otros y en las que resuena un eco de las que hicieron reconocer a Pedro: «*Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna...*» (Jn 6,68).

Voces en las puertas

TRES SENTENCIAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO⁶⁹

«Los hermanos fueron al abad Félix en compañía de unos seglares y le pidieron que les dijese una palabra. El anciano callaba. Instado una y otra vez, les dijo al fin: “¿Deseáis oír una palabra?”. “Sí, padre”, le contestaron. El anciano les dijo: “En el presente no hay ninguna palabra. Cuando los hermanos interrogaban a los Ancianos y hacían lo que se les decía, Dios les inspiraba el modo de hablar. Ahora, como preguntan y no ponen en práctica lo que oyen, Dios ha retirado a los Ancianos la gracia de la pala-

69. *Sentencias de los Padres del desierto*, Abadía de Solesmes (Francia).

bra, y no saben qué decir, porque no hay nadie para ejecutarla”. Oyendo esto, los hermanos se dolieron y exclamaron: “Padre, reza por nosotros”».

«Un hermano vino a ver al abad Teodoro de Fermé y durante tres días le suplicó que le dijese una palabra; pero Teodoro no le respondió nada, y el hermano se marchó muy triste. El discípulo de Teodoro le dijo: “Padre, ¿por qué no le has dicho nada? Se ha ido muy triste”. “Créeme —le contestó el anciano—, no le he dicho nada porque es un traficante que quiere labrar su gloria con las palabras de otros”».

«El abad Lot se dirigió al abad José y le dijo: “Padre, me he hecho una pequeña regla proporcionada a mis fuerzas: un pequeño ayuno, una pequeña oración, una pequeña meditación y un pequeño descanso; y me esfuerzo como puedo en desembarazarme de mis pensamientos; ¿qué tengo que hacer además?”. El anciano se levantó, extendió las manos al cielo y sus dedos se convirtieron en llamas. Y le dijo al abad Lot: “Si quisieras, podrías convertirte en fuego”».

Cruzando el umbral

CON LOS PERSONAJES BÍBLICOS QUE HICIERON TESTAMENTO

Vamos a acompañarlos en sus «últimas voluntades» y también en la naturalidad y ausencia de dramatismo con que enfrentaban la perspectiva de su muerte:

ABRAHÁN

Su principal preocupación antes de morir era dejar bien casado a su hijo Isaac, y por eso envió a Eleazar, su hom-

bre de confianza, a buscarle una buena esposa en su país de origen. El encuentro con Rebeca lo describe Gn 24 en una preciosa escena. Abrahán ya podía morir tranquilo: *«Vivió ciento setenta y cinco años, expiró y murió en buena vejez, colmado de años, y se reunió con los suyos. Isaac e Ismael, sus hijos, lo enterraron en la cueva de Macpela, en el campo de Efrón, hijo de Sojar, el hitita, frente a Mambré. En el campo que compró Abrahán a los hititas fueron enterrados Abrahán y Sara, su mujer»* (Gn 25,7-10).

La narración de Gn 23 sobre la compra de ese campo para enterrar allí a Sara es una curiosa descripción de cómo se hacían en aquel tiempo los contratos de compra-venta.

ISAAC

«Vivió ciento ochenta años; expiró, murió y se reunió con los suyos, anciano y colmado de años, y lo enterraron Esaú y Jacob, sus hijos» (Gn 35,29).

JACOB

A Jacob, como a casi todo el mundo, los años vividos le parecían insuficientes (aunque, según la Biblia, fueron ciento treinta...), y al hacer balance de ellos decía: *«Los años de mi vida han sido pocos y malos y no llegan a los que vivieron mis padres en sus andanzas...»*. Antes de morir dio estas instrucciones a sus hijos: *«Cuando me reúna con los míos, enterradme con mis padres en la cueva del campo de Efrón, el hitita, la cueva del campo de Macpela, frente a Mambré, en Canaán, la que compró Abrahán a Efrón, el hitita, como sepulcro en propiedad. Allí enterraron a Abrahán y a Sara, su mujer; allí enterraron a Isaac y a Rebeca, su mujer; allí enterré yo a Lía»*.

El narrador de la escena ofrece curiosos datos acerca de la postura fetal adoptada en la muerte, así como sobre las costumbres funerarias egipcias: *«Cuando Jacob terminó de dar instrucciones a sus hijos, recogió los pies en la cama, expiró y se reunió con los suyos. José se echó sobre él llorando y besándolo. Después ordenó a los médicos de su servicio que embalsamaran a su padre, y los médicos embalsamaron a Israel. Les llevó cuarenta días, que es lo que suele llevar el embalsamar, y los egipcios le guardaron luto setenta días»*.

A José le había hecho una recomendación especial: *«Perdona a tus hermanos su crimen y su pecado y el mal que te hicieron...»*. Y José la cumplió con creces, diciéndoles: *«“No tengáis miedo: yo os mantendré a vosotros y a vuestros hijos”. Y los consoló hablándoles al corazón»*.

Como José no quería que su tumba estuviera en Egipto, hizo jurar a sus hermanos: *«Cuando Dios se ocupe de vosotros, os llevaréis mis huesos de aquí»*. De momento, lo metieron en un sarcófago, pero, durante los cuarenta años que duró la travesía por el desierto, los restos de José los acompañaban hasta que los enterraron en Siquén (Gn 49-50).

MOISÉS

Moisés, antes de morir, subió al Monte Nebo, y desde allí divisó la tierra prometida, saludándola desde lejos, como dice la Carta a los Hebreos, porque sabía que no iba a entrar en ella. Tenía ciento veinte años: no había perdido vista ni había decaído su vigor; murió como lo había dicho el Señor, y hasta el día de hoy nadie ha conocido el lugar de su tumba. Un juego de palabras en hebreo permite decir que murió *«por un beso de Dios»* (Dt 34,1-8).

DAVID

David, estando ya próximo a morir, hizo estas recomendaciones a su hijo Salomón: *«Yo emprendo el viaje de todos. ¡Animo, sé un hombre! Guarda las consignas del Señor, tu Dios, caminando por sus sendas, guardando sus preceptos, mandatos, decretos y normas, como están escritos en la Ley de Moisés; para que tengas éxito en todas tus empresas, adondequiera que vayas. [...] Durmiese, pues, David con sus padres y fue sepultado en la Ciudad de David»* (1 Re 2,1-11).

PABLO

También Pablo dejó recomendaciones finales a los responsables de la comunidad de Éfeso: *«“Vosotros sabéis cómo me he portado con vosotros todo este tiempo, desde el día en que por primera vez puse el pie en Asia: he servido al Señor con toda humildad, entre las penas y pruebas que me han procurado las maquinaciones de los judíos. Sabéis que en nada que fuera útil me he retraído de predicaros y enseñaros en público y en privado, instando lo mismo a judíos que a griegos a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesús. Ahora me dirijo a Jerusalén, forzado por el Espíritu. No sé lo que me espera allí; sólo sé que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me asegura que me aguardan cárceles y luchas. Pero la vida para mí no cuenta, al lado de completar mi carrera y cumplir el encargo que me dio el Señor Jesús: ser testigo de la buena noticia, del favor de Dios. [...] Ahora os dejo en manos de Dios y del mensaje de su gracia, que tiene poder para construir y dar la herencia a todos los consagrados. No he deseado dinero, oro ni ropa de nadie; sabéis por experiencia que estas manos han ganado lo necesario para mí y mis compañeros. En todo os he hecho ver que hay que*

trabajar así para socorrer a los necesitados, acordándonos de las palabras del Señor Jesús: Hay más dicha en dar que en recibir". Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas con todos y rezó. Todos lloraban mucho y, abrazando a Pablo, lo besaban; lo que más pena les daba era lo que había dicho de que no volverían a verlo» (Hch 20,18-36).

JESÚS

Una de las últimas «palabras de vida» de Jesús fue su gesto insólito y sorprendente de lavar los pies de sus discípulos: *«Era antes de Pascua. Sabía Jesús que había llegado para él la hora de pasar de este mundo al Padre; había amado a los suyos que vivían en el mundo y los amó hasta el extremo. Estaban cenando. El diablo le había metido ya en la cabeza a Judas, hijo de Simón Iscariote, entregar a Jesús. Jesús, sabiendo que el Padre le había puesto todo en su mano, y sabiendo que había venido de Dios y que a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ciñó una toalla; echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que llevaba ceñida» (Jn 13,1-6).*

Durante la cena, les dejará su última recomendación: *«Hijos míos, me queda muy poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: al lugar adonde yo voy, vosotros no sois capaces de venir. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros» (Jn 14,33-35).*

Y muy poco antes de morir deja al discípulo amado, y en él a todos nosotros, su tesoro más precioso: *«Al ver Jesús a su madre, y a su lado al discípulo a quien tanto*

quería, dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Y luego al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Desde entonces, el discípulo la tuvo en su casa» (Jn 19,6-27).

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Dijo Samuel: Yo estoy ya viejo y canoso, mientras a mis hijos los tenéis entre vosotros. Yo he actuado a la vista de todos desde mi juventud hasta ahora. Aquí me tenéis, respondedme ante el Señor y su ungido: ¿A quién le quité un buey? ¿A quién le quité un burro? ¿A quién he hecho injusticia? ¿A quién he vejado? ¿De quién he aceptado un soborno para hacer la vista gorda? Decidlo y os lo devolveré» (1 Sm 12,2-5).

UN TESTIMONIO

«Os propongo, con la gravedad de las palabras finales de la vida, que nos abracemos en un compromiso: salgamos a los espacios abiertos, arriesguémonos por el otro, esperemos con Quien extiende los brazos en la Cruz, que una nueva ola de la historia nos levante. Quizá ya lo está haciendo, de un modo silencioso y subterráneo, como los brotes que laten bajo las tierras en invierno. Algo por lo que todavía vale la pena sufrir y morir, una comunión entre las personas. Sólo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de humanidad hayamos perdido»⁷⁰.

70. E. SÁBATO, *Antes del fin*, Seix Barral, Barcelona 2003, 187.

«Proclamar el Evangelio...: ¿dónde y cómo a nuestra edad? Nuestros ámbitos de influencia se han reducido, y otro tanto ocurre con nuestras posibilidades de actuar. ¿Qué hacer, entonces? Pues bien, cada día nos va a tocar hablar a través de lo que somos. No me resisto a las ganas de recordar una extraordinaria sugerencia de K.G. Durckheim: “Estar presente de manera eminente, rebosante de vida”. Ser ante todo silencio respetuoso y alborozado. Nuestras palabras serán seguramente escasas, pero las que nos salgan valdrán su peso en oro. Hay una misión apostólica que tendremos siempre en nuestras manos, incluso cuando estén ya temblorosas: la de despertar a alguien a la presencia. Ayudarle a estar más presente a sí mismo y, por ese mismo hecho, estar más presente a Dios y a los demás. Por lo tanto, y en primer lugar, llevar adelante esta tarea de interiorización que estará en nuestro poder realizar con todos, a partir de nuestra propia interiorización. ¡Esto es, sin duda alguna, lo que la gente vendrá a buscar en nosotros! Un ser rebosante de vida por estar lleno en su interior. Conquistar esa auténtica interioridad constituye uno de nuestros principales combates otoñales. La discusión y la acción cederán el lugar progresivamente a la simple presencia radiante. “Lo que sois, observaba Emerson, habla más alto que lo que decís”. Si esto es siempre válido, lo es con incomparable mayor razón a medida que se envejece»⁷¹.

71. A. SÈVE, *Inventar el otoño. Meditaciones para la tercera edad*, Verbo Divino, Estella 1991, 139-141.

UNA ANÉCDOTA

«“Dios nos ha dado el lenguaje para que con él aprendamos a conocernos, apreciarnos y amarnos mejor”, decía Juan XXIII. Quizá por eso, en el comienzo de su pontificado, confesó: “Durante ocho días he intentado comer solo, pero esto es contrario a mi costumbre y no me sienta bien. Luego he estudiado en la Sagrada Escritura para ver si realmente el Papa tiene que comer solo. No he encontrado nada sobre ello y, por tanto, renuncio a comer solo sin conversar con nadie»⁷².

UNA PROPUESTA

Compartir las tres «palabras vitales» que cada uno se siente llamado a pronunciar en este momento...

72. R. QUARDT, *Un hombre entre los hombres*, Studium, Madrid 1962, 71.

Fotos de familia



«Hay vidas caedizas y vidas altaneras, hay vidas monótonas y vidas inventivas. Todos somos autores de nuestra propia biografía, que no es más que el diálogo, a veces dramático, entre un proyecto vital y las circunstancias. En una época depresiva, que desconfía de sus propias posibilidades, resulta anfetamínico asistir a vidas que son obras de arte. Sorprendentes, dramáticas, divertidas, ingeniosas, dolorosas, variadas. [...] Dan la impresión de fertilidad vital, de inagotable invención, de vidas logradas que impresionan por su novedad y demuestran, una vez más, que la realidad supera la ficción». Estas palabras de José Antonio Marina⁷³, son un buen pórtico para asomarnos a las vidas de algunos hombres y mujeres a los que la memoria bíblica recuerda como personas que, como el vino, mejoraron con el paso de los años. Alguno de ellos, como Barzilai, será posiblemente un desconocido para casi todos. Tiene en común con las otras dos figuras que vamos a ver, las ancianas Noemí y Ana, la condición de ser «personajes secundarios» de los relatos en que aparecen junto a otros de «más categoría», como David, Rut o Simeón.

73. *El don de arder. Mujeres que están cambiando el mundo*, RB, Barcelona 2004, 9.

Es un personaje del relato del retorno de David a Jerusalén después de su etapa de fugitivo y perseguido por Absalón (2 Sm 19,32-38). El narrador nos informa de lo avanzado de su edad y de su buena posición socioeconómica:

«Barzilai, el galaadita, siguió hasta el Jordán para escoltar al rey en el río. Barzilai era muy viejo, tenía ochenta años; había sido proveedor real mientras David residía en Los Castros, porque Barzilai era de muy buena posición».

David, que ahora va a recuperar el trono y está agradecido a los servicios tan fieles de Barzilai, se dispone a recompensárselos cambiando los papeles: el que socorrió va a ser espléndidamente socorrido; el que se puso de parte del David fugitivo será ahora retribuido por el David rey: *«El rey le dijo: “Tú pasa conmigo, que yo voy a ser tu proveedor en Jerusalén”».*

La reacción de Barzilai es sensata y ejemplar, revelando un sentido común y una sabiduría envidiables: comienza recordando su edad con realismo y describiendo con humor la pérdida del gusto y del oído: *«Barzilai repuso: “Pero ¿cuántos años tengo para subir con el rey hasta Jerusalén? ¡Cumpló hoy ochenta años! Cuando tu servidor come o bebe, ya no distingue lo bueno de lo malo, ni tampoco si oye a los cantores o a las cantoras”».*

Posee la suficiente lucidez como para darse cuenta de que mudarse a Jerusalén «le viene grande» y va a estorbar al rey, más que ayudarle. Desea volver a lo conocido y descansar junto a sus antepasados y, en un alarde de generosa esplendidez, afirma que no reclama recompensa alguna: *«Para qué voy a ser una carga más de su majestad? Pasaré un poco más allá acompañando al rey, no hace fal-*

ta que el rey me lo pague. Déjame volver a mi pueblo, y que al morir me entierren en la sepultura de mis padres».

Pero se siente prolongado en la persona de su hijo y pide, con suma discreción, que el trato de favor que iba a dispensarle pase a él: *«Aquí está mi hijo Quimeán: que vaya él y lo tratas como te parezca bien».*

La sensatez de su demanda es bien recibida, y el rey se compromete a tratarlo como el propio Barzilai hubiera deseado: *«Que venga conmigo Quimeán, y yo lo trataré como te parezca bien. Y todo lo que quieras encomendarme, yo lo haré».*

Barzilai, en un último y esforzado gesto de fidelidad, atraviesa el Jordán con David, y ahí se despide de su hijo y de su rey; y aunque vuelve solo a su pueblo, lo hace abrazado y bendecido: *«La gente pasó el Jordán. Lo pasó también el rey; luego abrazó a Barzilai, lo bendijo, y Barzilai se volvió a su pueblo».*

El que había entrado en escena como «dador», sale de ella como «receptor»; el «proveedor» se vuelve «provisto» de favores; el que «escoltaba» al rey deja su puesto a su hijo y cambia el honor del palacio real por la sencillez de su pueblo natal. Un verdadero modelo de «envejecimiento con esplendor».

NOEMÍ

En el comienzo del libro de Rut, antes de que aparezca su nombre, el narrador nos informa de su «función»: es la «mujer de» Elimélec, y es éste quien toma la iniciativa de emigrar.

«En tiempo de los jueces hubo hambre en el país, y un hombre emigró, con su mujer y sus dos hijos, desde Belén de Judá a la campiña de Moab. Se llamaba Elimélec; su mujer, Noemí» (Rt 1,1-2).

Mueren su marido y sus hijos y, aunque estas pérdidas la ponen en una situación desesperada, no se aferra a sus dos jóvenes nueras, sino que las deja libres: *«Andad, volved cada una a vuestra casa. Que el Señor os trate con piedad, como vosotras lo habéis hecho con mis muertos y conmigo. El Señor os conceda vivir tranquilas en casa de un nuevo marido»* (1,6-7).

A pesar de ser consciente de su extremo desvalimiento, debido a su vejez y su falta de recursos, insiste en su decisión de hacer sola el camino de retorno: *«Volved, hijas. ¿A qué vais a venir conmigo? ¿Creéis que podré tener más hijos para casaros con ellos? Andad, volved, hijas, que soy demasiado vieja para casarme. Y aunque pensara que me queda esperanza, y me casara esta noche, y tuviera hijos, ¿vais a esperar a que crezcan, vais a renunciar, por ellos, a casaros? No, hijas. Mi suerte es más amarga que la vuestra, porque la mano del Señor se ha desatado contra mí»* (1,11-13).

Como Rut decide acompañarla, se vuelven juntas hasta Belén, y las vecinas se alborotan al verla, quizá con velado asombro ante los estragos del tiempo y del sufrimiento en una mujer que emprendió la emigración joven y llena de futuro. Ella, por su parte, no oculta su amargura y expresa con atrevimiento sus reproches al Dios a quien atribuye su desgracia: *«Cuando llegaron a Belén, se alborotó toda la población, y las mujeres decían: “¡Si es Noemí!”. Ella corregía: “No me llaméis Noemí, llamadme Mara, porque el Todopoderoso me ha llenado de amargura. Llena me marché, y el Señor me trae vacía. No me llaméis Noemí, que el Señor me afligió, el Todopoderoso me maltrató”»* (1,18-21).

Rut comienza a trabajar como espigadora en el campo de Boaz, y Noemí, al saberlo, reconoce la mano de Dios en la feliz coincidencia, porque Boaz es pariente suyo

(«nuestro», dice ella, incluyendo a su nuera en el vínculo familiar). A partir de ahí, desempeña con Rut una tarea de consejo y orientación («empoderamiento» es el término que se emplea hoy para describir ese proceso): *«Un día, su suegra le dijo: “Hija, tengo que buscarte un hogar donde vivas feliz. Resulta que Boaz, con cuyas criadas has estado trabajando, es pariente nuestro. Esta noche va a aventar la parva de cebada. Tú lávate, perfúmate, ponte el manto y baja a la era. Que no te vea mientras come y bebe. Y cuando se eche a dormir, fíjate dónde se acuesta; vas, le destapas los pies y te acuestas allí. Él te dirá lo que has de hacer”»* (3,1-4).

Como había previsto Noemí, el encuentro en la era crea un fuerte vínculo entre Boaz y Rut que desemboca en matrimonio y fecundidad. En el comienzo del relato veíamos a una mujer envuelta en circunstancias sombrías de hambre, emigración y soledad, anciana, amargada, sin futuro y con una imagen de Dios muy negativa; en el desenlace la vemos con la alegre tarea de criar al niño que tiene en sus rodillas (como si lo hubiera parido ella) y que, además del futuro honroso de ser antecesor de David, va a ser el descanso y la ayuda de la vejez de Noemí: *«El Señor hizo que Rut concibiera y diese a luz un hijo. Las mujeres dijeron a Noemí: “Bendito sea Dios, que te ha dado hoy quien responda por ti. El nombre del difunto se pronunciará en Israel. Y el niño te será un descanso y una ayuda en tu vejez, pues te lo ha dado a luz tu nuera, la que tanto te quiere, que te vale más que siete hijos. Noemí tomó al niño, lo puso en su regazo y se encargó de criarlo. Las vecinas le buscaban un nombre, diciendo: “¡Noemí ha tenido un niño!”. Y le pusieron por nombre “Obed”. Fue el padre de Jesé, padre de David»* (4,14-17).

Frente a los veinticinco versículos que Lucas dedica al anciano Simeón, al perfil de Ana sólo le corresponden tres, y en ellos se nos informa de que era «*profetisa*», «*anciana*» y poseedora de un nombre significativo: Ana viene del verbo *hanan*, que en hebreo significa «agraciar», «favorecer», y aparece vinculada a un pasado marcado por nombres benditos: *Fanuel* significa «rostro de Dios»; y *Aser*, «feliz» o «afortunado»; pero ser viuda desde tan joven la asocia irremediablemente a una situación de pérdida, vacío y carencia:

«Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana: de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro» (Lc 2,36-38).

Aparece después vinculada al templo y dedicada asiduamente al servicio de Dios... ¡durante ochenta y cuatro años!: «*No se apartaba del templo ni de día ni de noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones*».

Pero, de una manera imprevista, su vida dio un vuelco al acercarse a otro anciano, Simeón, precisamente en el momento en que éste había tomado en brazos al niño de unos galileos pobres y desconocidos llamándole *salvador, luz y gloria*. Junto a los pastores de Belén, Ana recibe las primicias de la presencia de Jesús, y su nombre de «Agradaciada», que sólo poseía como promesa, se hace realidad en ella; y a partir de ese momento, con todo su ser reverdecido y los ojos llenos de candelas, «*daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén*». Quizá decidió aquella mañana que para ella se habían acabado los ayunos, las penitencias y las vigi-
lias: se puso un pañuelo blanco en la cabeza y, como una

abuela de la Plaza del Templo, daba vueltas por allí con la imagen del Niño grabada en sus pupilas y contándole a todo el mundo cómo era. Y sintió quizá también, lo mismo que podemos sentirlo nosotros, que había llegado por fin a sí misma.

Voces en las puertas

«Ahora tengo la oportunidad de hacer lo que tanto he deseado: dedicar más tiempo al corazón que a la cabeza. En el hinduismo entendemos que la vida de la persona se desarrolla en cuatro etapas: el período del estudiante, tiempo de acercarse al conocimiento de Dios. Es una etapa de vida austera, sencilla y disciplinada. La etapa del matrimonio, de la vida en familia, de la profesión y los compromisos sociales. Con la jubilación llega la etapa del retiro, donde la persona busca espacios de silencio, soledad y tranquilidad en que se pueda dar más plenamente al encuentro con Dios. La última etapa es la vida de mendicante, de renuncia a todas las posesiones. Entendemos que la vida de la persona es un proceso circular que se inicia con el conocimiento profundo de Dios a través de las escrituras y concluye con la renuncia al mundo para volver a Dios. Yo he entrado en la tercera etapa de la vida, que significa ir renunciando al apego de la familia, de las metas, del mundo. Es la etapa del total desasimiento y búsqueda de la propia identidad. Todas las actividades de mi vida están dirigidas a la búsqueda de la Última Realidad, a la búsqueda de la Verdad. Gradualmente entraré en la cuarta etapa: vivir totalmente en y con la divinidad, trascendiendo los parámetros del tiempo, del espacio, renunciando a todos los deseos. Es la etapa de vivir en el mundo sin pertenecer al mundo, como la flor de loto, que nace, crece y vi-

ve en el agua, pero siempre está seca. Vivir en el mundo sin permitir que el mundo entre en mí. A eso aspiro»⁷⁴.

Cruzando el umbral

CON JACOB EL COINCIDENTE

La historia de Jacob, desde el vientre de su madre, está marcada por el signo de una preferencia:

«Isaac oró al Señor por su mujer, porque era estéril. El Señor lo escuchó, y su mujer, Rebeca, se quedó embarazada. Pero los niños se agitaban en su seno, y ella se dijo: «Si es así, ¿qué va a ser de mí?» Y fue a consultar al Señor. El Señor le respondió:

*“Dos naciones hay en tu seno;
dos pueblos se separan en tus entrañas;
uno será más fuerte que el otro,
y el mayor servirá al menor”.*

Cuando le llegó la hora del parto, resultó que eran gemelos. Salió el primero, rubio y todo él velludo como una pelliza, y le pusieron el nombre de Esaú. Después salió su hermano, agarrando con la mano el talón de Esaú, y lo llamaron Jacob. Crecieron los niños. Esaú llegó a ser un diestro cazador y un hombre de campo, mientras que Jacob era un hombre de tienda. Isaac prefería a Esaú, porque la caza era su plato preferido, mientras que Rebeca prefería a Jacob» (Gn 25,21-28).

A pesar de esta preferencia de Dios por lo que es menos, revelada a Rebeca y que acompaña a Jacob desde su

74. Surehs A. UPADHYAYA, en *Crítica* 936 (Junio 2006), 102-103.

nacimiento, los relatos sobre él lo presentan tramando toda clase de zancadillas y trampas para apoderarse de la bendición destinada a su hermano mayor. Su comportamiento está siempre dirigido a ocupar el primer puesto, ser el mayor y estar por encima. Pero al final de su vida, ya muy anciano, encontramos por fin a un Jacob «coincidente» con Dios, vencido por sus insólitas preferencias, rendido a su extraña manera de juzgar y de elegir:

«Comunicaron a José: “Tu padre está enfermo”. Él tomó consigo a sus dos hijos, Manasés y Efraín. Israel hizo un esfuerzo y se sentó en la cama. Cuando vio a los dos hijos de José, preguntó: “¿Quiénes son éstos?”. José le respondió: “Son mis hijos, los que Dios me ha dado aquí”. Y Jacob dijo: “Ten la bondad de acercarlos a mí, que quiero bendecirlos”. Los ojos de Israel estaban tan apagados por la vejez que apenas podían ver. José se los acercó, y él los abrazó y los besó. José los tomó a los dos, a Efraín con su derecha, a la izquierda de Israel, y a Manasés con su izquierda, a la derecha de Israel, y se los acercó así. Israel extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su izquierda sobre la cabeza de Manasés, cruzando a propósito las manos, a pesar de que Manasés era el mayor. Y los bendijo. [...] Al ver José que su padre ponía su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, se disgustó y tomó la mano de su padre para cambiarla de la cabeza de Efraín a la de Manasés, mientras le decía: “Así no, padre, el mayor es éste; pon tu mano derecha sobre su cabeza”. Pero su padre se opuso diciendo: “Lo sé, hijo mío, lo sé. También él llegará a ser un pueblo y será también grande; pero su hermano menor será mayor que él, y su descendencia se convertirá en una muchedumbre de pueblos”. Aquel día los bendijo Israel: “En vuestro nombre se bendecirá en Israel,

diciendo: Que Dios os bendiga como a Efraín y Manasés". Y puso a Efraín delante de Manasés» (Gn 48,2-20).

A Jacob le había costado la vida entera coincidir con las preferencias de Dios, pero, por fin, había alcanzado esa «afinidad» con Él. Una larga existencia de contradicciones y discordancias culmina en una identificación ya espontánea con Dios y sus caminos.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Yo siempre estaré contigo, tú agarras mi mano derecha, me guías según tus planes, me llevas a un destino glorioso.

¿No te tengo a ti en el cielo? Y contigo, ¿qué me importa la tierra?

Aunque se consuman mi espíritu y mi carne, Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo» (Sal 73,23-25).

UN TESTIMONIO

«Creí que mi viaje tocaba a su fin, que todo mi poder estaba ya gastado, que ya había consumido todas mis energías y era el momento de guarecerme en el silencio y en la oscuridad. Pero me di cuenta de que la obra de mi Creador no acababa nunca en mí. Y cuando ya pensaba que no tenía nada nuevo que decir ni que hacer, nuevas melodías estallaron en mi corazón. Y donde los senderos antiguos se borran, aparecía otra tierra maravillosa»⁷⁵.

75. R. TAGORE, *Obra escogida*, Aguilar, Madrid 1972, 194.

«Posee la vejez sus valores propios, de grandísimo precio, y triste es confesar que nuestro mundo los desestima o los ignora. Pensemos en esa sabiduría que es sobre todo profundidad y buen sentido, que es incluso reconocimiento documentado de la propia ignorancia, que es incluso olvidado sabio de lo que un día se aprendió; esa capacidad de formular un juicio más exacto, menos apasionado; el arte de manipular con algo mejor que con ideas: con posibilidades; la paciencia, la fidelidad y la aceptación; esa aptitud para descubrir las conexiones entre las cosas, entre los acontecimientos; la convicción de que más vale perdonar que tener razón; la serenidad que no es indiferencia, la benignidad que no es falta de coraje, cierta oposición —que no es sistemática, sino razonada; que no se inspira en el resentimiento, sino en la experiencia; que no se formula con mordacidad, sino con humor—, cierta oposición, digo, a las nuevas generaciones, que no es hostilidad, sino una forma, tal vez penosa, pero muy útil, de cooperación. La vejez que no es vejez, sino vida renovada durante más tiempo. Yo no he envejecido, confesaba Lacordaire; sólo he conocido varias juventudes sucesivas. Hay una porción de cosas muy preciadas a las que el tiempo añade valor: la plata, los violines, el cuero, las pipas, la madera, el tabaco, los barriles, la amistad, la prosa del Arcipreste. ¿Y la vida del hombre?»⁷⁶.

UNA CONFESIÓN

«Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Estabas dentro de mí, pero yo de mí mismo estaba

76. J.M. CABODEVILLA, *Treinta y dos de Diciembre: la muerte y después de la muerte*, BAC, Madrid 1969, 67.

fuera, y fuera te buscaba. Estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Me mantenían alejado de Ti aquellas cosas que, si en Ti no fuesen, no serían. Pero Tú llamaste, gritaste, derrumbaste mi sordera, centelleaste, resplandeciste, ahuyentaste mi ceguera; derramaste tu fragancia, la inhalé en mi respiro, y ya suspiro por Ti: gusté y tengo hambre y sed, me tocaste y me encendí en el deseo de tu paz»⁷⁷.

UNA PROPUESTA

Dice M^a Ángeles Durán⁷⁸ que nos resulta muy difícil hablar tranquilamente de un tema como el del modelo deseado para el final del ciclo vital. Porque nadie duda de que antes o después hemos de desaparecer de la escena, pero unos preferirían la caída repentina, el desplome de toda la población en el último minuto de una frontera de tiempo previamente establecida, y otros prefieren un desgranamiento más lento que vaya mermando las filas poco a poco...

¿Podríamos hablar «tranquilamente» sobre ello?

77. SAN AGUSTÍN, *Confesiones* X, 27.

78. *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Espasa, Madrid 2007, 137.

La primera en llegar



De las cosas de Dios (como de tantas cosas humanas...) sólo podemos hablar con lenguaje simbólico, el cual, más que definir y fijar, evoca y pro-voca nuestra mirada en una determinada dirección. Las cosas de Dios son como una vidriera que nos cuenta algo de la luz que brilla detrás de ella. Al hablar de *Asunción*, empleamos un término que despierta imágenes de movimiento, de atracción hacia arriba, de impulso ascensional; nuestra mirada es atraída hacia la altura, y vemos a María elevada hacia ese ámbito que llamamos «cielo», donde, con palabras de Pablo, están «*las cosas de arriba*», por contraposición a «*las cosas de abajo*» (Col 3,1). Esa manera de verla no la aleja de nuestra experiencia, sino que en Ella se nos hace transparente la suerte que correrá un día la Iglesia entera: en María vemos ahora el cumplimiento anticipado de la transfiguración de nuestro cuerpo. Pero como las imágenes espaciales no son las únicas que pueden aproximarnos a ese misterio, vamos a cambiar de prisma y, sin salirnos del lenguaje bíblico, trataremos de abordarlo desde otras perspectivas:

LA OBRA TERMINADA

Al hablar de la Asunción nos referimos al resultado final y a la culminación del proceso vital de María. Pero la meta

supone siempre un camino; el fruto ha tenido una larga maduración en el árbol; la piedra preciosa ha cristalizado lentamente durante miles de años en la hondura de la roca. Cuando se emprende una obra pública de envergadura, se suele construir una maqueta que muestre el proyecto que va a construirse y se expone en un lugar visible, para que todos puedan ver cómo va a ser el final y «disculpen las molestias» e inconvenientes que la construcción va a traer consigo. Al mirarla, contemplamos e imaginamos la obra ya terminada. Algo de eso es lo que nos transmite la fiesta de la Asunción de María: la Iglesia nos pone ante una «maqueta» que nos muestra el resultado final de la obra de Dios en la mujer que no opuso ninguna resistencia a su acción. Dios había emprendido un proceso, y ella consintió a ese trabajo, el mismo al que hace alusión Jesús: «*Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo*». Su peculiar manera de colaborar consistió en dejar hacer a Dios, y por eso reconoce: «*Ha hecho en mí maravillas el Poderoso...*» (Lc 1,49). Lucas, para invitarnos a «seguirle el rastro» a esa acción poderosa de Dios, ofrece la clave de su secreto en las últimas palabras de María al final de la escena de la anunciación: en ellas descubrimos que el acento no está puesto en su propia iniciativa, decisión o voluntad («Voy a hacer..., haré lo que el Señor me ha dicho...»), sino en el consentimiento a una acción que no necesita más que vacío y receptiva disponibilidad, como la tierra antes de la Palabra creadora de Dios. «*Hágase la luz*» (Gn 1,3), dijo Dios entonces; «*Hágase en mí...*», dice ahora María, la mujer de la Nueva Creación, acogiendo sobre sí la presencia del mismo Espíritu que «*se cernía sobre la faz de las aguas*» (Gn 1,2) en la mañana de la primera creación.

Al dejarse hacer así, entra en la tradición de su pueblo, cuya fe consistía fundamentalmente en el convencimiento

confiado de que su historia era una sucesión constante de actuaciones de Dios en su favor:

«¡Cuántas maravillas has hecho tú, Señor Dios mío, cuántos planes a favor nuestro...!»
(Sal 40,6).

«Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que actuó el Señor, ¡sea nuestra alegría y nuestro gozo!»
(Sal 118,23-24).

En casi todas las narraciones bíblicas, la verdadera protagonista es esta acción de Dios, que se describe como la de un artista, constructor, agricultor, alfarero, orfebre, arquitecto o agricultor. Nosotros somos *«hechura suya»* (Ef 2,10), *«plantación de Dios, edificación de Dios»* (1 Co 3,9), afirma Pablo siguiendo a Isaías, que ya lo había comparado con un viñador que plantó una buena cepa en una colina fértil y la cuidaba con la esperanza de que le diese buenas uvas (Is 5,1-3). Jeremías prefirió compararlo con un alfarero: *«Como barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis manos»* (Jr 18,6), aunque a veces esa arcilla rebelde se empeña en saber más que quien la trabaja, y llega a decir de su Hacedor: *«¡No me ha hecho! ¡No entiende el oficio!»* (Is 29,16). Menos mal que un salmista más consciente suplica: *«¡No abandones la obra de tus manos!»* (Sal 18,8). Y es que, si a todos nos gusta terminar las cosas que empezamos, podemos pensar que a Dios le ocurrirá lo mismo y no dejará fácilmente a medias la obra comenzada. Entre el autor y su obra se crea esa vinculación estrecha a la que aludía el zorro en *El Principito*: *«Es el tiempo que has perdido con tu rosa lo que hace que tu rosa sea tan importante»*.

Cuando Moisés no sabía cómo convencer a un pueblo cansado, escéptico y desmotivado para entrar en la tierra de la promesa, se le ocurrió una estrategia fantástica: envió exploradores a Canaán, que volvieron cargados con gigantescos racimos de uvas dulces, frescas y apetitosas: «*¡Éstos son los frutos de la tierra hacia la que nos dirigimos!*», dijo Moisés al mostrárselos a los israelitas (Nm 13). Algo así hace la Iglesia cuando nos presenta la Asunción de María, como si nos dijera: «Mirad las primicias de la humanidad nueva: ella es el fruto ya granado de la Tierra hacia la que nos dirigimos. ¡Dichosos vosotros por haber recibido la buena noticia del campo donde echa sus raíces el Árbol de la Vida que produce semejante fruto! ¡Compartid con otros ese secreto a voces, ese sabor del vino que llena de alegría!».

La existencia ya glorificada de María y su alegría son los únicos instrumentos de que dispone para decirnos: «*Es una tierra que mana leche y miel. Vale la pena subir a conocerla*».

LA CASA PREPARADA

«*Me voy a prepararos un lugar –decía Jesús–, y cuando vaya y os prepare el lugar, vendré de nuevo a llevaros a mi casa, para que donde yo esté estéis también vosotros*» (Jn 14,2-3).

Si estiramos la imagen, podemos pensar que María, la primera en llegar a la Casa, toma parte con su Hijo en la tarea de preparar ese lugar para que un día, donde ella esté, estemos también nosotros. Ya la tradición sapiencial había presentado a la Sabiduría con la imagen femenina de un ama de casa que prepara un banquete para los pequeños y desvalidos: «*La sabiduría ha edificado su casa, ha*

labrado sus siete columnas; ha preparado su alimento, ha mezclado su vino, ha puesto también su mesa; ha enviado a sus doncellas, y clama desde los lugares más altos de la ciudad: "El que sea simple, que entre aquí". Al falto de entendimiento le dice: "Venid, comed de mi pan y bebed del vino que he mezclado. Abandonad la necedad y viviréis, y andad por el camino del entendimiento"» (Pr 9,1-6).

Podemos escuchar esa invitación como dirigida a nosotros, que nos reconocemos tantas veces simples y faltos de entendimiento, por parte de Aquella que nos espera «a mesa puesta» en ese banquete del que le gustaba hablar a su Hijo.

LA META ALCANZADA

La imagen es de Pablo en su carta a los Filipenses:

«Hermanos, yo no lo he alcanzado aún ni he llegado ya a ser perfecto, sino que continúo mi carrera a fin de poder alcanzar a aquel por quien yo mismo fui alcanzado, Cristo Jesús» (Flp 3,12).

El evangelio nos presenta a María desde el comienzo «*caminando deprisa*» desde Nazaret de Galilea hasta la sierra de Judea para llegar a casa de su prima Isabel, y en aquella primera «meta» de su carrera recibió de labios de Isabel la primera bienaventuranza: «*Dichosa tú, que has creído...*». Y aquello no fue sino un anticipo de la felicitación que iba a recibir en el final definitivo de su trayectoria. Toda la vida de María consistió en dirigirse apasionadamente hacia esa meta definitiva que no podía ser otra cosa que su propio Hijo. Como cuando llega la primavera y el ánade salvaje emprende el vuelo de retorno, y nada puede detener su impulso ascensional.

Voces en las puertas

MIRAR AL CIELO

A los cristianos se nos ha acusado muchas veces, y con razón, de estar demasiado atentos al cielo futuro y poco comprometidos en la tierra presente. De muchas maneras hemos escuchado la pregunta de la Ascensión: «*Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?*» (Hch 1,11).

Hoy son muchos los cristianos que han dejado de mirar al cielo. Las consecuencias pueden ser graves. Olvidar el cielo no conduce automáticamente a preocuparse con mayor responsabilidad por la tierra. Ignorar al Dios que nos espera y nos acompaña hacia la meta final no da mayor eficacia a nuestra acción social y política. No recordar nunca la felicidad a la que estamos llamados no acrecienta nuestra fuerza para el compromiso diario.

Al contrario, obsesionados sólo por el logro inmediato de bienestar, atraídos por pequeñas y variadas esperanzas, podemos acortar y empobrecer el horizonte de nuestra vida, perdiendo el anhelo de lo infinito. ¿No necesitaremos que alguien nos grite: «Creyentes, ¿qué hacéis en la tierra sin mirar nunca al cielo?».

CERCANÍA DEL CIELO

Nosotros no podemos experimentar actualmente el cielo, porque todavía no «vivimos» la realidad última de nuestro ser. No vemos ni tocamos ni penetramos en lo esencial. Pero no por ello es el cielo algo que se pierde en la nebulosa de lo infinitamente lejano.

El cielo es algo cercano que ha quedado ya abierto por la resurrección de Cristo en el interior mismo de nuestro ser. Lo sepamos o no, estamos ya siendo trabajados por la

fuerza del Resucitado, que nos empuja hacia nuestro destino último de felicidad.

Con la resurrección del Señor ha sucedido algo definitivo en lo más profundo de la realidad. El mundo está dirigido interiormente hacia el cielo. Nuestra vida va camino de una felicidad eterna. Tenemos ante nosotros «*una puerta abierta que nadie puede cerrar*» (Ap 3,8). Nada nos puede separar ya del amor que Dios nos tiene en Cristo (Rm 8,35-39). Sólo nosotros podemos hacerlo negándonos a nosotros mismos, rechazando el amor misericordioso del Padre y cerrando la puerta que está ya abierta.

PRESENTIR EL CIELO

«Precisamente porque marchamos ya camino del cielo y nuestra felicidad eterna se está gestando ahora mismo en nosotros, el cielo no es para el creyente una conclusión abstracta que deduce de las promesas de Cristo, sino una convicción vital que puede presentir ya, de alguna manera, en el interior de su experiencia terrestre.

Con frecuencia, los cristianos han proyectado el cielo, a partir de sus frustraciones y resentimientos frente a la vida terrestre, como una especie de “revancha” frente a la felicidad que da el mundo actual. Sin embargo, son los momentos de felicidad verdadera, de alegría limpia, de amor transparente e intenso, los que nos permiten presentir y escuchar mejor en el fondo de nuestro ser el destino último al que estamos llamados y hacia el que somos “dirigidos” por Dios. [...] En el interior de toda experiencia gozosa puede el hombre descubrir ese dinamismo silencioso que nos llama y nos atrae hacia el cielo. Esa “desproporción” de la que habla Pascal y que consiste en que, seres finitos como somos, estamos ya siendo trabajados por el Infinito»⁷⁹.

Cruzando el umbral

CON JOB

*«¡Ojalá fijaras un plazo para acordarte de mí!
Cada día de mi servicio esperaría que llegara mi relevo;
con nostalgia por la obra de tus manos,
tú me llamarías, y yo respondería...» (Jb 14,13-15).*

Esta preciosa imagen de un Dios que siente nostalgia por la obra de sus manos encuentra un eco en este poema de Rainer Maria Rilke⁸⁰:

«¿Qué harás tú, oh Dios, cuando yo muera?
Yo soy tu cántaro (¿y si me quiebro?).
Yo soy tu bebida (¿y si me corrompo?).
Soy tu ornato y tu oficio.
Tú pierdes conmigo tu sentido.

Después de mí no tendrás casa en donde
palabras cercanas y cálidas te saluden.
De tus pies cansados se caerá
la sandalia de seda que yo soy.

Tu gran manto se soltará de ti.
Tu mirada, que yo acojo caliente
en mis mejillas, como en una almohada,
andaré buscándome largo tiempo,
y a la hora del ocaso se echará
en el regazo de unas piedras desconocidas.

Y tú, oh Dios, ¿qué harás?
Yo tengo miedo».

79. J.A. PAGOLA, «Creo en la vida eterna»: *Sal Terrae* (Nov. 1987), 856-858.

80. *El libro de las Horas*, Hyperion, Barcelona 2005, 54.

Es una invitación a sentirnos valiosos ante Dios y deseados por Él. Con el telón de fondo del definitivo encuentro con María según Thomas Merton: «Y todo el ser de María fue abrazado por aquel que ella abrazaba, y se hizo un completo silencio».

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Sostengo, además, que los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada comparados con la gloria que va a revelarse reflejada en nosotros. Sabemos bien que hasta el presente la humanidad entera sigue lanzando un gemitido universal con los dolores de su parto. Más aún, incluso nosotros, que poseemos el Espíritu como primicia, gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos, del rescate de nuestro ser, pues con esta esperanza nos salvaron» (Rm 8,18-24).

UN TESTIMONIO

«Se me pregunta si en mi actual vivencia predomina la nostalgia del pasado o la esperanza del futuro. Predomina la esperanza. Pero, con respecto al cosmos espacio-temporal, una esperanza humilde (de que vaya aumentando el amor abierto y fraterno y disminuyendo el horroroso afán de dinero y el necio egocentrismo de cada cual). Pero mi modo de estar en la existencia es hoy de serena quietud y espera. De un modo muy humilde, me atrevo a hacer mías las palabras del mártir del siglo II, Ignacio de Antioquia, que en su carta a los cristianos de Roma les decía sentir algo así como “un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: ven al Padre”»⁸¹.

«Si la vida es aquel tiempo en el cual nos estamos haciendo, la muerte es el tiempo en el cual nos estamos logrando. La muerte es propiedad del hombre, es lo más suyo que tiene, le pertenece, y nadie tiene derecho a arrebatársela. Es un elemento de la vida y coexistente con ella. No es pasiva, es activa. El hombre es autor de su propia vida y de su muerte, es el biógrafo de su vida y de su muerte. Toda esta grave problemática ha de estar situada en la relación *tener-ser*. En la muerte, todo lo que se tiene se deja. Y se asegura y se lleva todo lo que se es»⁸².

UN POEMA

«No sé lo que ocurrirá al otro lado,
cuando mi vida haya entrado en la eternidad.
Lo único de lo que estoy segura
es de que un amor me espera.

Sé que será el momento de hacer balance de mi vida,
tan pobre y tan sin peso.
Pero, más allá del temor,
estoy segura de que un amor me espera.

No me habléis de las glorias
ni de las alabanzas de los bienaventurados,
y no me digáis nada tampoco de los ángeles.
Todo lo que yo puedo hacer es creer,
creer obstinadamente que un amor me espera.

81. J.M. Díez ALEGRÍA, en *El Ciervo* (Junio 2003).

82. A. OLIVER, en (J. Terrassa) *La muerte, plenitud de vida. Diálogo con el P. Antonio Oliver*, Lleonard Muntaner, Palma de Mallorca 1996, 87-88.

Sé que mi hora se acerca
y puedo esperarla sonriendo,
porque lo que siempre he creído
lo creo con más fuerza
ahora que siento llegar la muerte.

Cuando muera, no lloréis,
porque es ese amor quien me lleva consigo.
Y si veis que tengo miedo, ¿por qué no?,
recordadme sencillamente
que un amor me espera»
(Soeur Marie du Saint Esprit, CD).

UNA PROPUESTA

Comentar este poema de R. Browning, especialmente su
convicción de que «lo mejor está todavía por llegar»:

«¡Envejece conmigo!,
lo mejor está todavía por llegar,
el final de la vida para la cual fue hecha la primera.
Nuestras vidas están en manos de quien dijo:
“Proyecté un todo,
la juventud muestra sólo la mitad”.
Confía en Dios,
observa todo, no temas».

Ensayo general



Los encuentros importantes exigen preparativos: «*Prepárate para mañana* –le dijo en cierta ocasión el Señor a Moisés–: *Sube al amanecer al monte Sinaí y espérame*» (Ex 34,5). El narrador no menciona los aspectos arduos de la subida del monte, ni tampoco el tiempo que duró la espera; pero aquella cita para un encuentro personal era suficiente para poner toda su vida en clave de expectación. Y es eso lo que pretenden tantas imágenes bíblicas: provocar nuestra esperanza y convencernos de que la historia de sus personajes es nuestra propia historia y de que, al hablar de su espera, se está hablando de la nuestra. Por eso, si nos habita esa fe, nos sentiremos subiendo, como Moisés, al encuentro del Señor en el monte; seremos los invitados que se preparan para acudir vestidos de fiesta al banquete del Rey; o el campesino que aguarda impaciente la hora de la cosecha; o la mujer que soporta con entereza los dolores del parto, adelantándose a la alegría de tener en los brazos a su hijo... Nos quedaremos desvelados oteando en la noche, como las muchachas que aguardaban el rumor de la llegada del novio, o regresando llenos de alegría al campo por el que lo hemos vendido todo y en el que nos espera el tesoro escondido.

Pero para eso hay que dejar que la vida teologal imprima a nuestra trayectoria renqueante la «velocidad de crucero» y vayamos aprendiendo a vivir como «*ciudadanos del cielo, que esperan la venida de Nuestro Señor Jesucristo*» (Flp 3,20). Porque la esperanza, la más pequeña de las tres virtudes, pero que es la que sostiene a las otras dos, como decía Péguy, nos va enseñando pacientemente un modo nuevo de existencia en el que el *estar* y *esperar* va remplazando al *hacer*.

No se trata de vivir ensimismados, ni mucho menos de desentendernos de la vida pretextando que estamos esperando al Señor. Ya conocemos el reproche que merecieron los discípulos cuando miraban embobados hacia el cielo: «¡Hay muchas cosas que hacer, bajad en seguida a la ciudad! Que el Señor no os encuentre pensando en la muerte, sino en cómo des-viviros por vuestros hermanos, amando apasionadamente la vida que os dio y esperando serenamente el encuentro con Él».

Cuando le preguntaron al Cardenal Gray, de Edimburgo, lo que sentía ante la muerte, se le volvió el rostro radiante y dijo: «Espero que Él esté tan impaciente de verme como yo lo estoy de verlo a Él». La lucidez de su mirada de fe le hacía ir más allá de los aspectos sombríos y temidos del final de la vida y situarse en la promesa de encuentro que ese momento, como una almendra de cáscara dura, encierra en su interior. Cultivar la seguridad de esa promesa reorienta nuestro deseo y nuestra vigilia, susurrándonos allá dentro la certeza de que el Dios que nos espera desbordará siempre nuestras expectativas.

«*El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí. Y Moisés pronunció el nombre del Señor*» (Ex 34,5). Puede resultarnos dura la subida monte arriba y la espera en la cima, sin saber cuánto va a tardar el Dios imprevisible, y más aún consentir adentrarnos en su nube. Pero el Señor

acudirá a la cita —de Él ha partido la iniciativa del encuentro—, se quedará con nosotros, y nosotros pronunciaremos su Nombre. Y Él pronunciará el nuestro.

Voces en las puertas

PREPARARSE PARA LA MUERTE

«Es frecuente que en los conventos se preparen para la muerte. Nosotros no tenemos tiempo de hacerlo, pero, a pesar de todo, estamos sabiamente preparados. Es la vida la que nos prepara para morir y conoce bien su oficio. Basta con escucharla, verla, seguirla... Ella nos explica la muerte poco a poco, o de golpe, según qué días. Unas veces, sin hacernos ningún daño; otras, dislocándonos de dolor. Unas veces, subrayando nuestras pequeñas muertes cotidianas; otras, golpeándonos con la muerte de aquellos a los que amamos más que a nosotros mismos.

La muerte se aprende cuando, al peinarnos por la mañana, se nos caen los cabellos; cuando perdemos el diente que nos ha dolido tanto tiempo; cuando se nos forman patas de gallo; cuando podemos decir, al contar algunos pequeños recuerdos, “hace diez o veinte o treinta años...”; cuando cada año vienen con unas flores a desearnos feliz cumpleaños, unas flores que tienen un ligero aire a cementerio y que celebran ese año menos antes del último de nuestros años.

La muerte se aprende en cada encuentro con quienes nos conservan nuestra infancia y para los cuales seguimos siendo pequeños; la memoria que flaquea; la inmovilidad progresiva...; aspectos humanos ocupados de antemano por la muerte. Cada vez que volvemos al país de nuestra juventud, se reduce la lista de las visitas a los vivos y se alarga la visita a las tumbas.

La muerte se aprende en cada adiós definitivo a los seres queridos. Porque, aun cuando la fe y la esperanza unidas, e incluso nuestra caridad para con ellos, afirman nuestra alegría por saber que han llegado, nosotros nos quedarnos con nuestra sangre que protesta, con nuestra carne abierta, herida, a la que parece que han matado una gran parte, y con ese horror de la tierra de la tiniebla y del frío que hizo llorar al propio Jesús.

La muerte se aprende cierta noche entre la vigilia y el sueño. Nos revela que está al acecho, acurrucada dentro de nosotros, nos echa su aliento a la cara como para irnos habituando, y nos sorprende tener tanta necesidad de valor.

No es preciso ser poeta para aprender la muerte cada noche, cada octubre, con el viejo perro al que hay que hay que sacrificar, y esos extraños pequeños cadáveres de ratones y lagartos, aplastados sobre el asfalto por las ruedas de los coches. La vida es nuestra maestra de muerte. Pero, a su vez, la muerte se convierte en maestra de vida para nosotros, que conocemos la penitencia humana. Como la madre que sufre el alumbramiento de lo que nace, como el padre suda para alimentar al niño que vive, así llevamos nuestra muerte empezada y pronto terminada como nuestro propio y definitivo alumbramiento. Pero se trata de nacer bien cada vez que morimos, de nacer un poco cuando morimos un poco, y de nacer mucho cuando morimos mucho. Se trata, en este trato con la muerte, de aprender a tratar con la vida. Se trata de virar hacia lo eterno, como el negativo de una película, en el que todo lo negro se vuelve blanco. Se trata de abrir los ojos de la fe allí donde nuestros propios ojos están cegados.

Del mismo modo que al mirar nuestro jardín no nos aflige el amarillear de una brizna de hierba, interesémonos lo bastante por los “siglos de los siglos” como para que el tiempo de nuestra vida nos sea indiferente y para que todo

lo que amamos esté ya transferido a una eternidad tranquila. Así aprenderemos a morir de muerte para vivir de auténtica vida»⁸³.

Cruzando el umbral

CON PABLO

Cuando escribió la segunda carta a los Corintios, debía de tener unos sesenta años, y se diría que está pensando en alto sobre su propia muerte y experimentando ya el declive de su cuerpo: «*nuestro exterior*»; pero es consciente también de la novedad que se va instaurando en «*lo interior*»:

«No nos acobardamos; porque, aunque nuestro exterior va decayendo, lo interior se renueva de día en día. Porque nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa sin medida, y nosotros no ponemos la mira en lo que se ve, sino en lo que no se ve; porque lo que se ve es transitorio, y lo que no se ve es eterno» (2 Co 4,16).

Al contraponer *penas* y *gloria*, *momentáneo* y *eterno*, se atreve a proclamar que lo segundo posee un peso que, aunque invisible, es capaz de sostener su ánimo y hacerle proclamar con valentía: «*No nos acobardamos*». Se siente arrastrado simultáneamente por dos movimientos: uno descendente, que se apodera de su cuerpo (quizá su estatura ha comenzado a disminuir, está más cansado, los límites empiezan a hacerse presentes, le falla a veces la memoria, le parece que los demás hablan cada vez en voz

83. Madeleine DELBRÊL, *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander 1997, 142-144.

más baja...). Recurre a los símbolos de la morada y del vestido. No puede ser más gráfico en la manera de exponer los aspectos dolorosos de lo que está viviendo: *derrumbamiento y desnudez*, y eso le hace *suspirar abrumado*. Confiesa cuál sería su deseo en cuanto al tránsito de una vida a otra: no tener que perder nada de lo que «lleva puesto», recibir lo nuevo como una túnica que se superpone y, en vez de ser despojado, ser revestido:

«Es que sabemos que si nuestro albergue terrestre, esta tienda de campaña, se derrumba, tenemos un edificio que viene de Dios, un albergue eterno en el cielo no construido por hombres. Y, de hecho, por eso suspiramos, por el anhelo de vestirnos encima la morada que viene del cielo, suponiendo que, al quitarnos ésta, no quedemos desnudos del todo. Sí, los que vivimos en tiendas suspiramos abrumados, porque no querríamos quitarnos lo que tenemos puesto, sino vestirnos encima, de modo que lo mortal quedase absorbido por la vida. Quien nos preparó concretamente para eso fue Dios, y como garantía nos dio el Espíritu» (5,1-4).

En la conclusión tenemos la impresión de que la convicción creyente de Pablo («*nos guía la fe, no la vista...*») se impone a cualquier otra sensación o preferencia y le permite repetir dos veces algo tan insólito como esto: «*¡siempre estamos animosos!*», y proclamar una vez más cuál es su deseo dominante: «*vivir con el Señor y agradarle*»:

«En consecuencia, siempre estamos animosos, aunque sepamos que, mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados del Señor, porque nos guía la fe, no la vista. A pesar de todo, estamos animosos, aunque preferiríamos el destierro lejos del cuerpo y vivir con el Señor. En todo caso, sea en este domicilio o en el destie-

rró, nuestro mayor empeño es agradarle, porque todos tenemos que aparecer ante el tribunal de Cristo y cada uno recibirá lo suyo, bueno o malo, según se haya portado mientras tenía este cuerpo».

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Por lo que a mí toca, no me falta mucho para soltar las amarras. He competido en noble lucha, he corrido hasta la meta, me he mantenido fiel. Ahora ya me aguarda la merecida corona con la que el Señor, juez justo, me premiará el último día; y no sólo a mí, sino también a todos los que anuncian su venida» (2 Tm 4,6-8).

UN TESTIMONIO

«Desde hace una década, me hace buena compañía un pensamiento, no sabría decir si amargo o realista, de Hermann Hesse: “Cuando uno ha llegado a viejo y ha cumplido su parte, la tarea que le queda es hacer, en silencio, amistad con la muerte; ya no tiene necesidad de los hombres, ha conocido suficientes”. El ovillo de mi existencia se ha extendido entre dos acontecimientos fúnebres: la muerte de mi padre cuando yo tenía seis años, y la de mi madre cuando tenía 69. Dentro de este espacio brilla el paso pentecostal del papa Juan. Llevo así colgado desde siempre el ángel de la muerte, y no es un esqueleto con la guadaña en la mano; es un rayo de luz que rasga las tinieblas. Mi hora no puede tardar. Pienso cada día en la muerte, quizá con una pizquita de melancolía, y me dispongo al juicio sin presunción y sin temor. No soy tan estúpido de tenerme por un “justo”. Conozco lo suficiente el balance final. Repito a menudo: *“He combatido el buen combate,*

he concluido la carrera, he guardado la fe" (2 Tm 4,7). Conservo confianza en la suerte del planeta Tierra. Sigo proponiendo atenuantes para las culpas de la humanidad, no por inclinación al vituperado buenismo, sino por deber de justicia templada por la misericordia. Sobre la partida de mi querido retiro y de las personas amadas, me embiste el inflamado amor de San Francisco por todas las criaturas: "Quisiera guiaros a todos al Paraíso"; y me confirma en la fe el "credo" del papa Juan: "Mi jornada en la tierra termina, pero Cristo vive, y su Iglesia continúa su obra en el tiempo y en el espacio". Veo nítidamente la breve parada de mis despojos sobre el suelo diamantino de la capilla doméstica y el salmodiante recorrido hacia el soleado y desnudo cementerio de montaña; veo el ataúd descender en la tierra desguarnecida y oigo las voces de los acompañantes decirme píamente "adiós" con la cara llena de lágrimas y la sonrisa en los labios, conscientes de que todo es bello y nuevo en el fulgor del Resurgir: todo es gracia»⁸⁴.

UNA OPINIÓN

«No hay ninguna medida de tiempo; un año no cuenta, y diez años nada son. Ser artista es no calcular y no contar; madurar como el árbol, que no apura sus savias y que está confiado entre las tormentas de primavera, sin la angustia de que no llegue otro verano. Llega, sin embargo. Pero solamente llega para los que tienen paciencia y viven despreocupados y tranquilos, como si ante ellos se extendiera la eternidad. Lo aprendo diariamente; lo aprendo en medio de dolores a los cuales estoy agradecido. Paciencia es todo»⁸⁵.

84. L.F. CAPOVILLA (secretario de Juan XXIII), en *El Ciervo* (Abril 2007).

85. R.M. RILKE, *Cartas a un joven poeta*, Siglo XX, Buenos Aires 1959, 29.

«Deme las agujas, voy a tejer. Y la doncella, asustada porque cree que la señora ha empezado ya a perder la cabeza o no es consciente de su extrema gravedad, le advierte con dudosa discreción: “Pero, señora, ¡si va usted a morirse...!”. “Eso no es –responde la baronesa– una razón para perder el tiempo»⁸⁶.

En la misma línea, mi madre, un año antes de morir, me comunicó que había decidido ponerse a estudiar inglés con una profesora vecina, y de vez en cuando me la encontraba escuchando su lección grabada en una «cassette». Tenía 91 años.

UNA PROPUESTA

Hacer un «Testamento Vital» en el que se manifieste la propia voluntad sobre tratamientos médicos que se desea recibir o no recibir, en caso de padecer una enfermedad irreversible o terminal que lleve a un estado que nos impida expresarnos por nosotros mismos. Existen varios modelos, como éste de la Conferencia Episcopal Española:

«A mi familia, a mi médico, a mi sacerdote, a mi notario:

Si me llega el momento en que no pueda expresar mi voluntad acerca de los tratamientos médicos que se me vayan a aplicar, deseo y pido que esta Declaración sea considerada como expresión formal de mi voluntad, asumida de forma consciente, responsable y libre, y que sea respetada como si se tratara de un testamento.

86. J.M. CABODEVILLA, *Treinta y dos de Diciembre: la muerte y después de la muerte*, BAC, Madrid 1969, 438.

Considero que la vida en este mundo es un don y una bendición de Dios, pero no es el valor supremo absoluto. Sé que la muerte es inevitable y pone fin a mi existencia terrena, pero desde la fe creo que me abre el camino a la vida que no se acaba, junto a Dios.

Por ello, yo, el que suscribe (nombre y apellidos del testador) pido que si, por mi enfermedad, llegara a estar en situación crítica irrecuperable, no se me mantenga en vida por medio de tratamientos desproporcionados o extraordinarios; que no se me aplique la eutanasia activa ni se me prolongue abusiva e irracionalmente mi proceso de muerte; que se me administren los tratamientos adecuados para paliar los sufrimientos.

Pido igualmente ayuda para asumir cristiana y humanamente mi propia muerte. Deseo poder prepararme para este acontecimiento final de mi existencia en paz, con la compañía de mis seres queridos y el consuelo de mi fe cristiana.

Suscribo esta Declaración después de una madura reflexión. Y pido que los que tengáis que cuidarme respetéis mi voluntad. Soy consciente de que os pido una grave y difícil responsabilidad. Precisamente para compartirla con vosotros y para atenuaros cualquier posible sentimiento de culpa, he redactado y firmo esta declaración».

Firma:

Las manos del trapequista



«Cuando algo se me cae desde la ventana,
aunque sea lo más menudo,
¡cómo se precipita la ley de gravedad,
fuerte cual el viento del mar,
sobre cada brizna, sobre cada baya,
y las conduce al corazón del mundo!
Cada cosa está vigilada por un hada pronta a volar:
así cada piedra, y cada flor,
y cada niño por la noche.

Solamente a nosotros, henchidos de soberbia,
nos urge abandonar estas correspondencias
para ir al vano espacio de alguna libertad,
en lugar de entregarnos a las fuerzas prudentes
y de elevarnos como un árbol.
En vez de acomodarnos, dóciles y tranquilos,
a las rutas amplísimas,
nos enlazamos de muchas maneras,
y el que se aparta de los círculos
queda indeciblemente solo.
Debe aprender entonces de las cosas,
a empezar nuevamente como un niño.
Pues ellas, que pendían del corazón de Dios,
de él nunca se alejarán.

El que osó superar
en el vuelo a los pájaros,
otra vez una cosa debe saber: ¡caer!
Pacientemente descansar
en la gravedad»⁸⁷.

Saber caer, soltar... Difícil aprendizaje para nosotros, que nacemos con un fuerte instinto prensor y a lo largo de nuestra vida solemos ejercitarlo en sus mil modalidades de agarrar, apoderarnos, retener, sujetar, asir, prender, hacer presa, aferrar, controlar... Nada nos es tan ajeno como ese «pacientemente descansar en la gravedad» y «pender del corazón de Dios». Como en aquella historia del alpinista que, en medio de la noche, se deslizó por un helero agarrado a su cuerda, quedando suspendido en el vacío. Cuando le pidió a Dios que acudiera en su auxilio, escuchó su voz que le decía: «¡Suelta la cuerda!». No se atrevió a hacerlo hasta que, al amanecer, ya casi congelado, se dio cuenta de que sólo la distancia de medio metro le separaba del suelo. Pero preferimos «morir congelados» antes de hacer ese gesto sencillo de abrir las manos y soltar.

Quizá fue eso lo que más debió de deslumbrar a Pablo de Jesús: aquello de que, «*siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios...*». El término que emplea podría traducirse como «aferrar una presa o un botón», algo que nuestras manos posesivas conocen bien, mientras que Él parecía ignorar en qué consiste ese gesto, porque en Él todo era apertura, abandono, descentramiento, capacidad de entrega y de acogida. Y es ése el gran aprendizaje que tenemos que ir haciendo a lo largo de nuestra vida, algo que el Salmo 46 llama «rendirse»:

87 R M RILKE, *Cartas a un joven poeta*, Siglo XX, Buenos Aires 1959, 54

«*Rendíos y reconoced que yo soy Dios*» (46,11); y el verbo empleado significa también abandonar, soltar, ceder, cejar, permitir, consentir...

Lo refleja bien esta anécdota que cuenta Henry Nouwen: «Los Flying Rodleigh son unos trapecistas que actúan en el circo alemán Simoneit-Barum. Cuando el circo llegó a Friburgo hace dos años, mis amigos Franz y Reny nos invitaron a mi padre y a mí a ver el espectáculo. Nunca olvidaré cuán extasiado quedé cuando vi por primera vez a los Rodleigh moverse en el aire, volando y agarrándose como elegantes bailarines. Al día siguiente, regresé al circo para verlos de nuevo y me presenté a ellos como uno de sus grandes admiradores. Me invitaron a asistir a sus sesiones de práctica, me dieron billetes de entrada gratis, me invitaron a cenar y me sugirieron que viajara con ellos durante una semana en un futuro próximo. Lo hice, y nos convertimos en buenos amigos. Un día, estaba yo sentado con Rodleigh, el jefe del grupo, en su caravana, hablando sobre los saltos de los trapecistas. Y me dijo: “Como saltador, tengo que confiar por completo en mi portor. El público podría pensar que yo soy la gran estrella del trapecio, pero la verdadera estrella es Joe, mi portor. Tiene que estar allí para mí con una precisión instantánea, y agarrarme en el aire cuando voy a su encuentro después de saltar”. “¿Cuál es la clave?”, le pregunté. “El secreto —me dijo Rodleigh— es que el saltador no hace nada, y el portor lo hace todo. Cuando salto al encuentro de Joe, no tengo más que extender mis brazos y mis manos y esperar que él me agarre y me lleve con seguridad al trampolín” “¿Que tú no haces nada?”, pregunté sorprendido. “Nada —repitió Rodleigh—. Lo peor que puede hacer el saltador es tratar de agarrar al portor. Yo no debo agarrar a Joe. Es él quien tiene que agarrarme a mí. Si yo aprieto las muñecas de Joe, podría partírselas, o él podría partirme las

mías, y eso tendría consecuencias fatales para los dos. El saltador tiene que volar, y el portor agarrar; y el saltador debe confiar, con los brazos extendidos, en que su portor esté allí en el momento preciso”.

»Cuando Joe dijo esto con tanta convicción, en mi mente brillaron las palabras de Jesús: “*Padre, en tus manos pongo mi espíritu*”. Morir es confiar en el portor. Cuidar de los moribundos es decir: “No temáis. Recordad que sois los hijos amados de Dios. Dios se hará presente cuando deis el salto. No tratéis de agarrarlo; él os agarrará a vosotros. Lo único que debéis hacer es extender vuestros brazos y vuestras manos y confiar, confiar, confiar»⁸⁸.

Voces en las puertas

«En la muerte, como en un océano, vienen a confluir nuestras disminuciones bruscas o graduales. La muerte es el resumen y la consumación de todas nuestras disminuciones: es *el mal*. Mal simplemente físico, en la medida en que resulta orgánicamente de la pluralidad material en que nos hallamos inmersos; pero mal moral también, puesto que esta pluralidad desordenada, fuente de todo roce y toda corrupción, se engendra, en la sociedad o en nosotros mismos, debido al falso empleo de nuestra libertad.

»Superemos la muerte descubriendo a Dios en ella. Y lo Divino se hallará con ello instalado en el corazón de nosotros mismos, en el último reducto que parecía poder escapársele. Cristo ha vencido a la muerte, no sólo reprimiendo sus desafueros, sino embotando su aguijón. En virtud de la Resurrección, nada hay que mate necesaria-

88. H. NOUWEN, *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander 1999, 146-147.

mente, sino que todo en nuestras vidas es susceptible de convertirse en contacto bendito de las manos divinas y en bendita influencia de la voluntad de Dios. En todo instante, y por muy comprometidos que nos tengan nuestras faltas, o por muy desesperada que sea nuestra situación debido a las circunstancias, podemos reajustar el mundo en torno a nosotros mediante una reparación completa y continuar favorablemente nuestra vida. “*A los que aman a Dios todo se les convierte en bien*” (Rm 8,28).

»Energía de mi Señor, Fuerza irresistible y viviente, puesto que de nosotros dos Tú eres infinitamente el más fuerte, a Ti es a quien compete el papel de quemarme en la unión que ha de fundirnos juntos. Dame todavía algo más precioso que la gracia por la que todos los fieles te ruegan. No basta con que muera comulgando. Enséñame a *comulgar muriendo*»⁸⁹.

Cruzando el umbral

CON JESUS

«*Jesús, inclinando la cabeza, entregó el espíritu*»
(Jn 19,30).

Inclinar la cabeza es el gesto de Jesús que evoca su actitud de consentimiento absoluto al Padre, el final coherente de su apuesta arriesgada de confiar en Él por encima de todo. El que había hecho de su vida entera una donación, *entrega* ahora su última espiración, con el abandono del niño que se duerme en brazos de su madre.

89 P TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino ensayo de vida interior*, Taurus-Alianza, Madrid 1981, 51-61

Contemplando el final de Jesús, podemos hacer el ejercicio de «inclinarse» nuestra cabeza con todo lo que hay en ella de obsesiones por conocer todos los «porqués» y dominar todos los «cómos». «Inclinarse» ante la «lógica de Dios», tan distinta de la nuestra. Darle nuestro asentimiento, no como una manera de saber o de comprender, sino como la decisión de ir más allá de la posesión de certezas constatables. Pronunciar el «sí» de quien, por encima de todo, se sabe seguro y al amparo del Padre.

Nuestra existencia, que comenzó con una inspiración y acabará con una espiración, expresa con ese ritmo vital que todo consiste en acoger la vida y entregarla. Al tomar conciencia de nuestra respiración, podemos simbolizar en la inspiración nuestra acogida de su presencia y de su don, y en la espiración el deseo de vaciarnos, de desposeernos y de entregarnos confiadamente a Aquel de quien recibimos la vida.

Podemos aflojar también la tensión de nuestras manos y hacer el gesto silencioso de abrirlas exponiendo ante Dios nuestra pobreza. Y diciéndole una vez más nuestra seguridad de que Él cumplirá su promesa de estar a nuestro lado cuando llegue el momento de «dar el salto». Sin tratar de agarrarlo, porque será Él quien nos agarre. Convencidos de que lo único que tenemos que hacer es extender nuestros brazos y nuestras manos y confiar.

Tertulia de pensionistas

UN TEXTO BÍBLICO

«Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día va ya de caída. Él entró para quedarse con ellos...» (Lc 24,29)

«“Cómo me habría gustado hallarme en mejores condiciones al encontrarme ahora entre ustedes. Ya ven, ni siquiera puedo hablarles directamente”. Con estas patéticas palabras comenzó Pedro Arrupe su mensaje a los padres congregados al presentar su dimisión como Superior General de la Compañía de Jesús el 3 de Septiembre de 1983. Y continuó: “Me siento, hoy más que nunca, en las manos del Señor. Toda mi vida, desde mi juventud, he deseado estar en las manos del Señor. Y todavía hoy es lo único que deseo. Pero ciertamente hoy hay una gran diferencia: hoy es el Señor mismo el que tiene toda la iniciativa. Os aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una experiencia muy profunda”.

»Un poster colocado en su habitación de la enfermería expresaba muy bien esta situación suya: representaba la crucifixión cabeza abajo de San Pedro y llevaba esta leyenda: “*Cuando eras joven, te ceñías e ibas adonde querías. Cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará donde no quieres...*”»⁹⁰.

UNA OPINIÓN

«Mientras era joven, la persona podía todavía imaginarse que era ella misma la que iba al encuentro del Señor. La edad debe ser para ella la ocasión para descubrir que, en cambio, es el Señor quien le viene al encuentro para asumir su destino» (K. Barth).

90. I. ECHÁNIZ, en (Gianni La Bella [ed.]) *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús*, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander 2007, 959.

«¿Dónde está tu victoria, muerte extraña?
¿Dónde está tu derrota, muerte amiga?
Nos llevas, te llevamos, en la entraña,
grano en tu surco, de tu surco espiga.
Juntos crecemos. Tú hacia el ocaso,
cumplida la misión que nos fecunda.
Nosotros hacia el día, por el “paso”
de tu garganta abierta. La profunda
soledad de tu abismo se ha llenado
con el grito del Dios crucificado,
con tu muerte en Su muerte redentora.
¡Victoria derrotada en Su agonía,
oh hermana temporal, vientre del Día,
umbral de los “levantes de la aurora!»⁹¹.

UNA PROPUESTA

Compartir cómo vive cada uno este «secreto de familia...»:

«En este largo proceso de ruina, mientras van desplomándose las casas, los imperios, los alfabetos, he aquí que persiste, obstinada, terca, conmovedora en su fragilidad, una voz que es casi un susurro, una voz que es casi un secreto de familia, esa certeza que van transmitiéndose las generaciones: *Creo en la resurrección de los muertos*.

»Y todo va confluyendo dichosamente: la decadencia del cuerpo, la soledad progresiva del corazón y ese creciente ímpetu que los días veloces imprimen en la vieja plegaria: *¡Ven, Señor Jesús!»*⁹².

91 P CASALDALIGA, *Sonetos neobíblicos precisamente*, Nueva Utopía, Madrid 1996, 59

92 J M CABODEVILLA, *Treinta y dos de Diciembre la muerte y después de la muerte*, BAC, Madrid 1969, 114